



ARTICULOS DE ESCRITORIO Y LIBRERIA

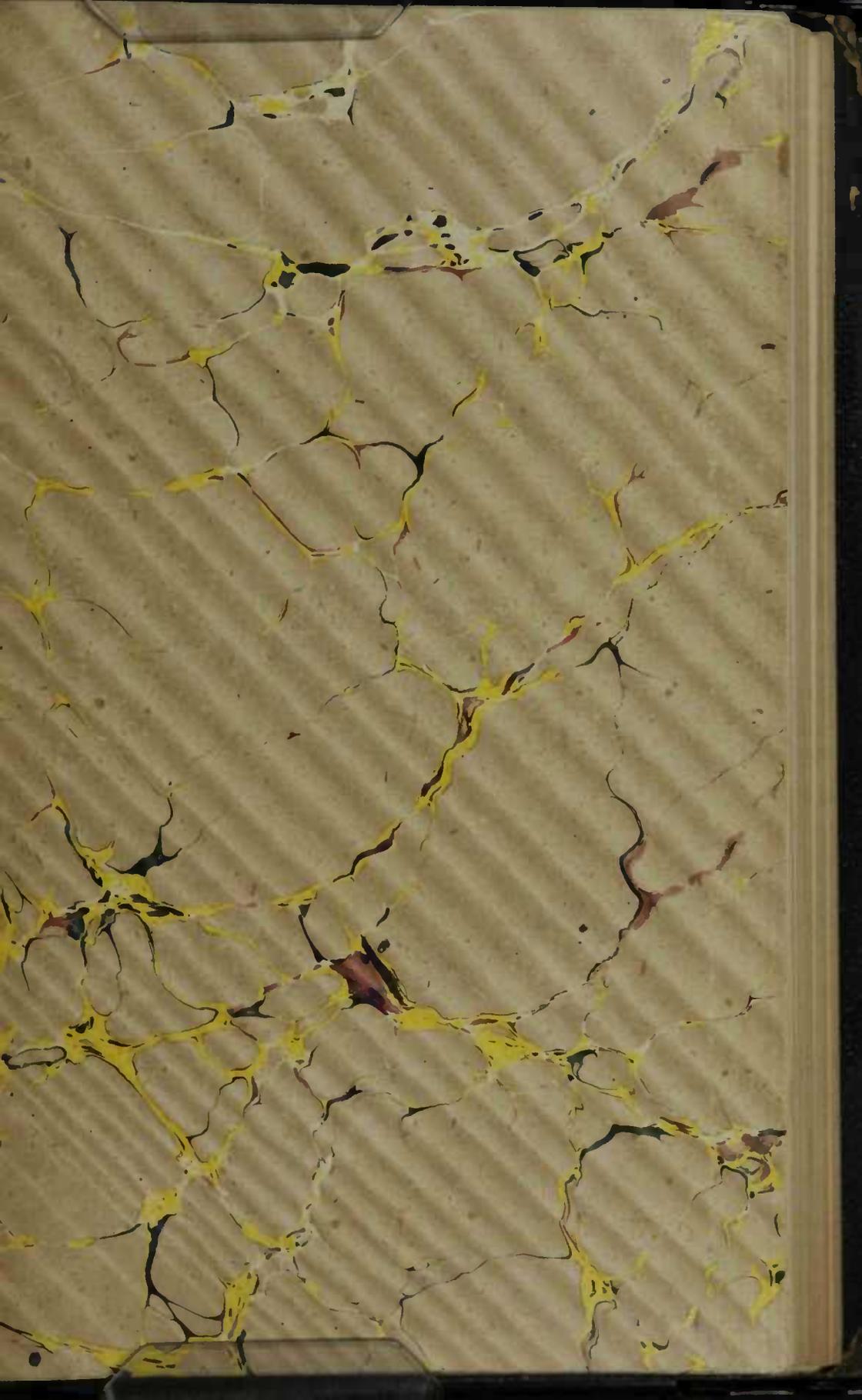
EL PEQUEÑO MERCURIO

F. VICTORERO Y C.^o

ESMERALDA, 63 (antes OABO)

VALPARAISO







Carmen Oliver de Gelabert

VIAJE POÉTICO

A

PETROPOLIS

VIAJE POÉTICO

Á

PETROPOLIS

escrito en español

POR

Carmen Oliver de Celabert



RIO-JANEIRO.

—
IMPRESA DEL APOSTOL, RUA NOVA DO OUVIDOR N. 16 Y 18.

1872.

VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

IMPERIO DEL BRAZIL

PROLOGO

Rio-Janeiro, 8 de Mayo de 1870.

Amada lectora mi buena hija: Con la confianza que inspira el amor maternal, tomo la pluma para escribirte; mas, ante todo, me parece bueno advertirte que el contenido de este escrito que vás á leer, es puramente para darte una esplicacion tocante el pintoresco y hermosísimo terreno brazílero, ó por mejor decir, sin falta de sinceridad, yo que con tanta delicia he observado estas partes de este bello y pomposo país, y habiendo encontrado la superior belleza indecible, de manera no siendome posible apartar de ella por su encanto, lo que no es extraño, por su grande y escelente mérito. Como siento tan sublime delicia entreteniendome mi pensamiento con el dulce recuerdo de mi favorito gusto, no obstante veo que es egoismo

mio, ocupándome constantemente de este delicioso y pintoresco cuadro sin salir del punto.

Sin embargo, hija mia, talvez no sentirás la menor ilusion á respecto de mi asunto pastoril ; no es extraño : para gozar es preciso verlo, y entonces es cuando se siente su agradable efecto, que con evidencia yo tambien senti, cuando me vi por entre aquellos bosques, impresion desconocida y en extremo maravillosa se apoderó de mi á la vista de aquellos terrenos fértiles bajo cielos azulados.

Ahora bien, hija mia ; confiada en tu prudencia, que será suficiente para disimular mi estilo, que es bastante vulgar, por la pobreza de ciencia, jamás puedo ser tan desgraciada que la lectura de estas páginas te sea fastidiosa en razon de su demasiado sencillo lenguaje. ; Ah ! si esto pienso y para agradarte, mi bien, tendré que esforzarme, para esplicar, no con vanidad, mas al contrario, por el unico sentido, esto es, para que mi discurso sea algo semejante al asunto que será desde ahora el objeto de nuestra ocupacion ; sobre todo, como he de referirme á tanta grandeza como efectivamente es la de esa zona preeminente, y á cuya descripcion brevemente daré principio, mas por ahora continuaré él prólogo.

Pues si los terrenos brazileros son tan preciosos, mayormente estes petropolitanos, ; oh ! magnifico piélagos de riquezas, por eso me faltan frases para declarar tan magnifico cuadro, y no me atrevo á pasar adelante en mi escrito ; sin embargo, eso voy á hacer, y por tanto, lectora mia, te suplico, por Dios, que no me tengas por filosofastra ; mi profunda humildad se resentiria demasiado, y por lo mismo, antes prefiero pasar por cotorra. Por último, lo que voy á esplicar,

por ejemplo, la lozania de este hermosísimo territorio. ¡ Oh, que lindo entretenimiento sería leer esta descripción, pero con frases escogidas por un talento ilustrado que poseyese las ciencias propias, por ejemplo, la cosmogonía, y sin dudarle diría que Dios, sábio Criador, reserva la esencia poética para regalarla generosamente á su privilegiado Brazil !

Mi amada hija Barbarita : tú que tendrás la bondad de ser mi lectora, principia á revestirte de paciencia ; ¡ oh, mucho sentiria hacértela perder niña de mis ojos. Vaya, no perdamos tiempo con rodeos ; vamos á dar la primera palabra de principio á nuestro asunto, y que esta sea la de mas mérito, pues esta palabra será la de Dios. Pues si, gracias á Dios, dulce Nombre, quanto mas sea el reiterarlo, tengo el placer de escribirte esta obrita titulada *Viaje Poético á Petropolis*, ciudad moderna del Brazil, y puesto que tu ausencia te ha privado de hacer este viaje conmigo, te enteraré con qué objeto yo hice esta interesante romería : fué con la intencion de visitar á mi hijo Pepito, que allí está entre montañas, rios y bosques, en aquel precioso lugar, tan propio para paraiso, siendo algo lejos de esta córte. Tanto es el placer que he encontrado á vista de los magníficos panoramas que se descortinaban durante mi viaje, que no pude prescindir de hacerte á ti, mi buena hija, sabedora de esta novedad ; con este motivo he tomado la pluma, dándole el movimiento necesario á fin de bosquejar claros y oscuros, que para mí serán dificultosos. De consiguiente, hija mia, si acaso insensiblemente, me aparto de la gracia que naturalmente posea, ¡ oh ! lo siento mucho, porque injustamente le estoy robando el mérito que heredó de la mano del Criador.

Efectivamente; todos los sitios que indispensablemente han de pasarse para hacer un viaje á Petropolis, todos ellos son verdaderamente encantadores: selvas virgenes, hermosos árboles frondosos, raras plantas parásitas, matorrales misteriosos, manantiales deliciosos, arroyos que desde la cima de altos montes van bajando con ímpetu, siendo todo realmente bello y puro, es la admiracion del viajero, que graciosamente tiene siempre agua á la mano, cristalina y de tan ricos hontanares.

Pues sí; un viaje á Petropolis merece muy bien ocuparse de él, por ser un lugar tan ricamente lleno de poesía; mas como yo, hija del pueblo, desprovista de la ciencia necesaria para dar el estilo que merece este discurso, para ser mas elocuente y al mismo tiempo no carecer de este natural que emana de la practica ó discrecion, cierto que todo eso felizmente me serviria en esta ocasion que mi deseo es estenderme, pero como he dicho, con un lenguaje bonito, que marchase acorde con el asunto, de suerte que con esos esfuerzos saldrian escritos que serian dignos de ser leidos por sabios; pero ¡ah! mucho, sí, mucho siento desgarrar la ilusion de la poesía ofreciendo una literatura que mucho le falta por causa de la ignorancia. ¡Oh! nunca el pesar de ser mujer me habia disgustado tanto como ahora, porque pienso que siendo hombre, naturalmente instruido y lleno de méritos adquiridos por grandes estudios, á esta edad, práctica en las ciencias, y mayormente en la cosmografía, talvez así me explicaria á medida de mi deseo, y ahora no me veria acertada en la ocasion que deseo estenderme; ¡oh! presa está mi mano entre mis pobres tonterias.

En efecto: para hacer una descripcion exacta nece-

sario es, no solo ser una grande literata, si que tambien ser una escogida por el Criador, que al darle el ser hubiese sido con un distinguido favor angelical de poseer las ciencias secretas, así como ha privilegiado con el don de lo sublime, que poseen desde el dia de su creacion, los terrenos que tanta admiracion me causaron durante mi viaje.

En mi manuscrito, que principié á escribir en los primeros dias de mi llegada al Brazil y que todavia no he concluido, me acuerdo que hice un simple bosquejo de la novedad que naturalmente senti cuando paseaba con mis compañeras por la sombra de las altas palmeras del Jardin Botánico ; mas cierto es, que en aquella época ignoraba que partes del mundo fuesen á tan alto grado de sublimidad ; esta poesia que no cabe porque cabida no tiene en ninguna cabeza, por discreta que sea, ni tampoco la alcanza la exaltacion del poeta que continuamente tiene idéas grandes y con todas ellas no pasan de un ideal que es fantasia en medio del ardor de sus ideas doradas. Vá, yo, aunque muchos sueños exagerados en sentido poetico, han exaltado mi imaginacion, nunca he alcanzado á gozar, ni en sueños, cosa semejante á esta preciosa obra de Dios. ¿Qué imaginacion puede llegar á comprender la limitacion de estos terrenos petropolitanos, con la grandeza y riqueza de su vegetacion? Realmente es cosa tan sublime, que cuando se vé, no es posible dejar de exclamar : ¡ Oh, que hermoso, nunca tanta belleza ni siquiera la imaginé ! Es verdad, esto todo es hijo de la superioridad del real gusto del Divino Jesus el que en la cueva nació. ¿Y cómo he de poder yo esplicar con la temblona pluma esta firmeza, esta preciosa grandeza estendida pomposamente por el Criador, por los montes, valles,

rios caudalosos y tantas cascadas risueñas, formando por sus encantos un gusto celestial?

Efectivamente, lo que en mi imaginacion no tiene cabida, escusado es el procurar yo frases nuevas, bien sé que no las encontraré... Vá, está visto; no obstante, dime, amable lectora, ¿cómo es posible explicar lo que con exactitud no comprendo, por ejemplo, lo que tiene en su poder el Sábio Criador, ni cuantos secretos encierra? y con todo, con evidencia nos dá pruebas de sus sublimes y sábios privilegios tan superiores á lo que nosotros damos el nombre de precioso; no obstante, á manos llenas, eso ha derramado por estos terrenos de que ahora nos ocupamos.

Con razon apoyaré lo que digo, pero ¡ah! ni los ilustrados entendimientos son capaces, con sus profundas ciencias, ni siquiera de dar una imitada explicacion á respecto del precioso gusto que contienen todos estos terrenos que yo pasé por ocasion de mi viaje á Petropolis, porque esto es indecible, porque el lenguaje tartamudéa, y fuerza es que se respete el secreto que solo á la vista propia se descubre su altivez con la mas hermosa claridad. Verbi-gracia: principia la sorprendente admiracion desde el punto en que yo partí, que fué por mar, dando vuelta por Entre-Rios. Cierto, que es el mas bonito viaje, pasando, por supuesto, por la estrada de D. Pedro II; ¡qué magnifico es todo quanto yo allí vi! aquellas altas subidas por los montes, despues bajarlos, y para colmo de admiracion pasar por la Barra del Pirahy, y sobre todo, tanto antes como despues, me dejó bellísimos recuerdos aquella zona tan riquisima de preciosidades. Si fué muy grande la sorpresa que me causó, mas aun estrañé, por ser en cierto modo estraordinario el mag-

nífico paso que me facilitó un delicioso y fresco ambiente, gozando por la primera vez aquella atmósfera cuya humedad era tal como el rocío que cae del cielo ; esta frescura era mucho mas agradable por ser emanada de las entrañas de tan soberbias montañas ; refiérome con esto á los tunels ; ¡ oh, cuán poético es todo aquello ! grandes y prolongadas cuevas sin fin, son las atrevidas aberturas que, minando las montañas, sirven para dar paso á los wagones de los caminos de hierro. Las magnificas obras de estes tunels, honran por cierto á los hijos de este país, porque ellas son otros tantos testimonios de su talento, certificando la mas aprobada inteligencia para campear con tan rica natura, que brota sin cultivo zéfiros y brillantes.

Muchos estranjeros viajan de propósito para visitar esos lugares, y allí observan y admiran, entre otras cosas, las entradas de los tunels, con especialidad la del numero 4 a 2 ; no diré nada del magnífico portal superior del tunel grande, visto de cierta distancia ; es el cuadro mas perfecto que nunca jamás se verá, aquella magnífica y moderna obra ; su grande boca, con muros de fortaleza, que entra por las tinieblas dejando sondear sus entrañas, que á pesar de estar yá minadas, sostienen con solidez las casas que edificaron en la cumbre. Tambien ofrece una vista admirable la montaña *A. Direita*, que forma otro cuadro enteramente diferente ; vista que impone, que inspira en aquella soledad ideas nuevas, á qual mas estraña, pero siempre bonitas.

CARMEN OLIVER DE GELABERT.

VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

PRIMERA PARTE

IDA.

CAPITULO I.

Viaje delicioso á la nueva ciudad de Petropolis, que antes era colonia, siendo ahora la mas pintoresca ciudad del Brazil.

Serian las dos de una tarde apacible del mes de Abril, cuando se metieron en un carruaje alquilado un hombre, una mujer, una jóven y un niño, apeándose para embarcar en el vapor *Maud*, que poco despues de tener los pasajeros á bordo, salió abandonando el puerto de la plaza de la Peña con la confianza de alcanzar otro mucho mas pintoresco.

Efectivamente; despues de una travesia magnífica, la cual te-esplicaré en breve, el vapor llegó á su puerto rústico, y dió libertad á sus pasajeros.

No puedo dejar de ser franca, y por lo mismo diré que la cuadrilla mencionada, compuesta de un hombre, una mujer, una jóven y un niño, el primero era tu padre, la segunda tu madre, la tercera tu hermana y el cuarto tu hermanito Sebastian, el cual no dejó la mano de su madre durante la travesia: No puedes, ni siquiera aproximadamente calcular la alegría que yo

sentia solo al pensar que me dirigia á Petrópolis para ver á mi hijo Pepito, tu amado hermano, el niño gracioso y el mayor travieso que se conoce. Tú bien sabes de sus ocurrencias puesto que él fué tu compañero fiel é inseparable durante vuestra infancia.

No sé si te acordarás Barbarita, mi amable lectora, de cierto dia, que yo bien marcado lo tengo, porque fué el del Espiritu Santo.

Estava yo peinándome en mi pobre gabinete; en aquella época viviamos en la isla de Mallorca mi país natal; pues como decia, me peinaba para ir á la Catedral á oír misa, no apresurándome porque todavía era temprano, y arreglaba mis trenzas, bastante tranquila, delante de un espejo.

De repente hirió mis oidos un grito, que pareció un dardo que me atravesó el corazon, pues aun cuando de voz infantil, no dejaba de ser horriblemente desgarrador, porque fué cabalmente el anuncio de una desgracia; pues sí, hija mia, aquel lamento ansioso fuistes tú quien lo habia dado pidiendo socorro con desespero.

Efectivamente, yo con velocidad corri, acudiendo de repente al lugar en que tú estabas y te ví, pobre niña, pálida, trémula y desfigurada por los violentos esfuerzos que hacias para asegurar por los piés á tu hermano, que, en aquella fatal ocasion, solo de tí dependia su existencia, y tú, espirituosa niña, buen cuidado tenias de asegurarlo, siendo este un milagro, por que eras mas pequeña que él, aun cuando tienes un año mas de edad, siendo él mucho mas robusto; lo extraño fué que tú lo salvastes, logrando detenerlo cuando caía por la ventana, que era muy alta, teniendo por bajo un pozo abierto; su cuerpo colgaba para

fuera, y únicamente le faltaban los piececitos para terminar su vida de un modo desastroso, si estos tú los apretabas á tu pecho y; me dijistes despues, que hubieras sucumbido antes que abandonarlos. ¡Oh! gracias á Dios, y á tus esfuerzos, mi buena hija, debo la vida de ambos.

Te recuerdo esto, y perdona: mi arenga aunque de mal gusto, tiene el mérito de ser un amable recuerdo de familia que tal vez está enteramente borrado de tu tierna memoria; si acaso algo recuerdas de este caso, será confundido como las sombras de un sueño infantil, lo que no seria extraño por el tiempo que vá transcurrido desde aquella época, nada menos que 9 años, y sin embargo, yo tengo tan presente ese recuerdo, como si hubiese sido esta semana. ¡Oh! fué muy fuerte la sensacion que yo senti cuando tomé de tus manecitas mi sereno travieso, al que acto continuo estreché entre mis brazos. ¿Qué mas diré? basta espresar que con tan grande sensacion, dióme un vértigo y por último desmayé.

Dios sabe, querida hija, lo mucho que he sufrido desde que soy madre, y, por desgracia, siempre he carecido de una mujer fiel, que haya querido tener la molestia de ayudarme en los cuidados de casa; así es, que cuando mis hijos me han visto ocupada, ellos se han aprovechado de la ocasion, haciendo toda clase de diabólicas travesuras; ¡ah! tal vez no hubiera sufrido tanto si no fuese tan estremosa con las cosas familiares y que son obligatorias; sin embargo, para cumplir con su deber hay ciertos metodos pacíficos que son los que no debilitan el espíritu, y uno de mis mayores defectos, ha sido siempre el ser horriblemente excesiva, como acontece á toda mujer demasiado mo-

rena como soy yo, y de intensos sentimientos aprovados por las circunstancias algo tristes, y con todo; lejos de agotarse mi vehemencia, al contrario, únicamente han contribuido para redoblar el raudal de amor y de sentimientos que naturalmente está poseido mi fisico.

Mas, en fin, ¿ por qué ahora me ocupo de lo erótico apartándome, sin querer, del asunto pintoresco que es el verdadero objeto por el cual he tomado la pluma? Paciente lectora, pronto remediaré mi falta, y solamente añadiré algunas palabras, las cuales espero me disculparán de la brusca interrupcion, visto que son para recordarte, hija mia, el amor que ambas profesamos á Pepito, y recordándote tú del grande amor que yo siento por él, no es dificil formarte una idea de la alegria que experimenté en esta ocasion que felizmente estaba tan próxima á verlo.

Avanzando de continuo para llegar á Petropolis, ¡ Jesus mio, qué buenos metodos de viajar fueron aquellos que acortaron la ausencia y me proporcionaron tener la entrevista mas dulce y la conversacion mas amorosa que puede tener un hijo con su madre!

Dejemos la retórica y prosigamos la poesia del viaje.

Pues como llevo dicho, nos embarcamos en el puerto de la plaza de la Peña, y con la mas bonita bonanza, corrió por las aguas saladas de la hermosa bahía de Rio-Janeiro el vapor *Maud*, portador de mas de 100 pasajeros. Este vapor, que tiene la forma de una casa ambulante, mas con una grande chimenea, está ostentosamente surtido de todas las comodidades; fonda en la proa, su saloncito en la popa, con sus gabinetes con los chismes del uso habitual, y todo lo demás necesario para el servicio de los pasajeros.

Cuando estuve sentada reparé que allí, varias eran las personas conocidas mias, y sobre todo en mas crecido numero eran los extranjeros que los nacionales; las conversaciones eran en idioma aleman, inglés, portugués y austriaco, habiendo un francés que con el mas gracioso descaro entonó la marsellesa; de suerte que como yo no consentia perder de vista ni siquiera un momento, el interesante panorama que se ofrecia á mi vista alucinada con aquella deliciosa expectativa, no presté la menor atencion á las conocidas que, despues de saludarme, me hicieron conversacion; pero yo, impolitica y tal vez egoista, tenia toda mi atencion en aquellas riberas maravillosas por su lozania, con preciosos árboles y lucientes flores, distinguiendose, aunque á cierta distancia, con el brillo de los luceros del firmamento, tanta amenidad, que á un punto tan delicioso, solo es comparable con el Eden.

De suerte, repito, que miraba aquellas cercanas riberas con tanto interés, como si fuese una ladrona avara, hasta el punto de no querer perder ni una chispa del inmenso placer que gozaba y deseaba reconcentrar para siempre poseer el recuerdo. Ahora bien, no hagas burla de mi, lectora mia, porque me creerás una *badogue*; mas tan preciosas riberas, que tanto llaman la atencion por sus atractivos, cierto que causan la admiracion general, no es estraño que yo abriese mas los ojos de lo que es natural, y hallándome tan poseida, tanto los esforzaba, que los cansé, resultando que los pobres vertian lágrimas; mas como no eran de tristeza, ni siquiera pensé en enjugarlos hasta que vi mi abanico mojado; mas aquella lluvia que caia de mis entretenidos ojos era fresca como las gotas que

caen de los árboles, de consiguiente seguia en mi observacion.

¡Oh, cuán bello es viajar por mar, cerca la tierra y en tiempo bonancible! Siéntese un poder sobrenatural como si el Dios de las aguas conduciese el navio, el cual vá vogando sin el menor balanceo; el viajero pensador, permanece quieto y físicamente distraido con la vista de los variados y hermosísimos panoramas que presenta la bahía de Rio-Janeiro, que es sin comparacion el puerto mas delicioso del mundo. Un viejo milord, que hacia 19 años viajaba sin cesar, únicamente por recreo, cuando entró por la barra de Rio-Janeiro exclamó: *Válgame Dios, vista mas pintoresca nunca vi jamás veré, porque nunca saldré de este país!*

Efectivamente : llegó á Rio-Janeiro, y en la actualidad se halla gozando las delicias de Petropolis, teniendo por morada su grande palacete.

Pues como decia, los dias de bonanza forman aquellas lindas riberas entre las aguas trasparencia en donde se ven inmensos espejos que despiden reflejos tantos como el sol que hermosea los árboles, siempre ricos de verdura, sin que el rigor de las estaciones se atreva á desnudarlos de su hermosa frondosidad; las palmeras y otros árboles, las plantas con flores, todo es fértil y productivo, en virtud de la riqueza de la tierra madre que los produce. Las rocas, que firmes mas que centinelas salen de aquel liquido salado, presentan su superficie cubiertas de un verde cespced matizado de flores, asemejándose por su perfeccion á la rica alfombra de la Persia, muestran la sabiduría del Supremo artífice que la ejecutó. Cuanto mas se internavan mis ojos por aquellas riberas, divisando por entre el ramaje el fondo de tan bello cuadro, mas aumentaba mi ad-

miracion profunda, llegando á sentirme conmovida como si hubiese escapado de un naufragio, y mi alma agradecia á Dios el gozo que me hacia sentir rodeándome de tan encantadora poesia, que no me parecia estar embarcada; como estaba tan cerca de tierra, sentia la ilusion de que estava en un teatro universal, contemplando las mas perfectas decoraciones.

De repente, los armoniosos acordes de una banda militar atravesaron el espacio, y oyóse una marcha de la Norma tocada con la mayor maestría por unos jóvenes militares que se veian sobre cubierta en un buque de guerra brazileroque estaba en la bahía; algunos mozos nacionales que estaban á bordo del vapor *Maud*, cuando vieron sus patricios que se paseaban por la cubierta de su buque mientras los otros tocaban, se quitaron los sombreros y agitándolos, saludaron á aquellos jóvenes que eran voluntarios recién llegados de la concluida guerra del Paraguay, que alegres y orgullosos por su apetecida victoria, jugaban en la cubierta de su fortaleza, que efectivamente lo era el grande buque encorazado. Algunos hurras dados por las robustas voces de ellos, correspondieron de un modo entusiástico á los saludos de los del *Maud*, que entonces, animados, gritaron á porfía :

¡ Viva la nacion Brazilera !

¡ Viva el Emperador !

¡ Viva el Conde d'Eu !

Y los vivas se reiteraban animosamente, hasta que por fin solo se oyó por el eco.

Lectora mia, este libro, aunque únicamente contiene un débil bosquejo, no obstante, á medida que vás leyendo, crearás con mas fundamento lo agradable que fué mi viaje á Petropolis, siendo favorecido de todas las

circunstancias, pues hasta las rocas del mar, que al parecer no tienen nada de interesante, por ser mas inferior el cuadro que ofrecen, con todo, las que yo vi, eran tan bonitas, que desde luego se veia su mérito ; la de grado superior, ¿cual no era su belleza? aquel verdor tan vivo y tan espeso, formaba una rica coronacion de cadenas de esmeraldas, cuyo conjunto es imposible de describir, ni hay colores tan vivos ni mano tan poderosamente selecta practica segura de su fino pincel aunque por grandes esfuerzos que haga ; no puede ni aproximarse ni siquiera en una leve imitacion ; no deja el pintor de hacer artisticos cuadros dignos del mayor elogio no obstante se puede trastornar la cabeza el artista, por su grande imaginacion, pero nunca jamás conseguirá tener á su mano los utensilios ni talento que le alcance, pues no fué ni es posible sacar cópia de tan poderoso original.

Yo, cuando vine de Europa y entraba por la barra, despues de haber conseguido de Dios que apaciguase la agitacion de la alta mar, miraba, una mañanita, á la luz de esa patética claridad que se llama crepúsculo, miraba por un lado y por otro desde la cubierta del buque, y á la vista de tantas fortalezas con tantos cañones me espanté ; ! oh ! dije yo, el Brazil está preparado para defensa ; entonces fijé mis ojos en las riberras, y aquella amante poesia me hirió las fibras del corazon y lloré dulces lágrimas porque eran de consuelo, y al mismo tiempo sentí algo de doloroso ; ¡ ah ! soy extranjera, dije en mi interior, no conozco á nadie en esta tierra tan linda, tan hermosa y que tanto me gusta, que desde yá la amo ; pero ¿quién sabe si en breve la dejaré ? ¡ Ah, recuerdos misteriosos son los que vagan por la mente de una pobre mujer que se

considera desgraciada por haber dejado su pátria, y se vé en un puerto extranjero tan generosamente consolador por su poesía! ¡Oh, bendita atmósfera que aviva esperanzas que aunque no muertas, estaban profundamente dormidas en un lugar monótono, y la risueña y muy graciosa poesía de las riberas de Rio-Janeiro fué poderosa porque me despertó estes sentimientos, y lágrimas simpáticas vertieron mis ojos y sin embargo, con muy humilde amor, saludé estas ricas riberas sorprendida por tantas pintorescas islas cerca unas de las otras, la de las Cobras, la de Paquetá, las del Gobernador y la de D. Juan, de suerte que se vé allí una Sicilia; la isla de los Amores es mas bonital que una perla, mas rica que el oro, útil como el sol y mas poética que la luna; nido de aves cariñosas produciendo de la natura, que alimenta preciosos pájaros de estos que aun despues de muertos los conservan para adornar costosos muebles de ostentosos palacios, y cabalmente los árboles silvestres que en ellas vegetan, producen la mas sabrosa fruta, como son las mangas, castañas, piñas, limas y de muchas mas clases, palmito, del cual se hace mucho uso, y plátanos que producen con superabundancia.

La isla de los Amores, por ser un paraje precioso, fué escogida por un ermunio antiguo, de manera que este lugar en la actualidad es una especie de solariego delicioso; altos árboles, talvez de mas de 150 palmos de elevacion y de bastante corpulencia, completa variacion de plantas con flores estrañas que exhalan la mas suave fragancia, donde se refugian una multitud de aves acuáticas y revolotean hermosas y grandes mariposas de color suave esta isla encantadora que

brotó la mas preciosa poesia, oculta entre su arboledo una casa que cuasi, cuasi, apenas se puede distinguir, y esta fué en otro tiempo la residencia del ermunió que allí murió, dejando ignorados la causa ú objeto para que se ocultaria tan misteriosa subrepcion varios dicen que fué un grande autor de imaginacion brillante que encontró en la isla tradiciones magnificas, y escribió, durante 50 años, dejando en su biblioteca una infinidad de volúmenes, todos ellos referentes á la preciosidad y poesia de estos sitios.

El vapor pasó bien cerca de la isla, sitio palmifero y una suave brisa traia hasta nosotros un delicado y voluptuoso aroma del ananaz.

Con efecto; de cada vez aumentaba mi sorprendente admiracion y permanecia sentada en un banco de popa bendiciendo con el corazon todo cuanto veia, y disfrutando al mismo tiempo; qué caramba, como fué este viaje todo placer, todo delicia, no salió el vapor del interesante panorama, como si anduviese siempre á procura de la complacencia.

Otro cuadro mas soberbio llamó mi atencion; los altos montes. ¡Jesus mio, qué poderosos son! ¡qué ricas murallas guardan la entrada de Rio-Janeiro! por ejemplo, principiando por el Pão de Assucar, castillo sólido que durará hasta el fin del mundo, su poderoso arquitecto fué la mano de Dios. Pues vamos continuando por los montes Tijucanos, Armasão, la Babilonia, que á tan bonito fastigio conserva un telégrafo, Urca, el Morro de la Viuda, y sobre todo muchos son los montes que rodean la playa de Rio-Janeiro.

En la bahia de esta plaza, se encuentran siempre grandes buques y escuadras estranjeras, navios de

todas las naciones, colosales vapores, y millones de barquillos. Muchos pescadores se procuran la vida pescando y ganando buena plata, producto de su pesca, y entonces tranquilos descansan en sus casitas que cobijan los altos árboles de la ribera, allí á la vista del espacio, entre el verdor y las aguas del océano, comen su puchero.

Efectivamente, con facilidad descubrí en aquella amenidad de fresca arboleda casitas colocadas acá y allá, todas blancas, y por sus alrededores gallos y gallinas; ví también unas industriosas pescadoras que, colocadas en la superficie del agua y sujetas á las rocas, tenían una especie de redes para aprisionar los peces. Estos chismes, aunque rústicos por lo natural, no carecían de cierto estilo agradable y bien risueño, de suerte que brindaba á los aficionados á la pesca, y, por ejemplo, no se negaría á ese entretenimiento Fernando, rey de Nápoles, que fué fervoroso con la caza y mucho más á la pesca, y cierto que no gozaría de tanta delicia por aquella parte de mar del monte Posilipo.

Vamos ahora, lectora querida, á partir de un punto que nos conducirá á Petropolis.

Unas dos ó tres horas de navegacion habian pasado cuando el vapor llegó á su desembarcadero; todos los pasajeros se apresuraron para saltar á tierra y tomando su saquito con su pequeño equipaje, velozmente corrieron para colocarse en el vapor de tierra que esperaba dispuesto para recibir los pasajeros. Seguía la misma direccion cuando me paré para ver unas hermosas frutas muy frescas que esperaban comprador, y mientras tanto ví también una porcion de muchachos algo parecidos á los pastores, pero con estilo avivado que desmentía que fuesen

montañeses, y me presentaron sus cestillas de juncos que tenían en las manos; así fueron presentando á aquellos transeuntes para que les comprasen su simple mercancía frutal, de manera que, como he dicho, fui humildemente invitada; compré una cestilla llena de piñas, que muy bien colocadas estaban entre las hojas. Poco despues de colocados los pasajeros cerraron las puertas del tren, y entonces este fué andando. De suerte que la variacion del gusto del hermoso terreno no se diferenciaban con el lindo gusto que poseen las riberas, impidiéndome la rapidez del correr continuamente, el poder satisfacer por completo mi curiosidad; no fué prolongada esta carrera; pronto llegamos á la falda de un monte magestuoso como el planeta Júpiter; su elevacion era tanta, que lo dominaba todo dando cierta oscuridad á aquellos terrenos donde habia un edificio acompañado por algunas rústicas casas.

En este punto nos apeamos para pasar á un carruaje de dos tiros que fué el que nos subió por la sierra.

En seguida de estar llenos los carruajes, los animales emprendieron el trote, pero pronto cansados por su carrera, continuaron mas despacio, teniendo que hacer muchas pausas por las repetidas vueltas que daba el camino. Este estaba de ambos lados, ricamente poblado de frondosos arboles á cual mas alto, y para mayor lucidez y risueña lozanía, brotaban por entre las peñas troncos ondulantes que son verdaderas enredaderas, que enlazando los árboles en toda su elevacion, en ellos se apoyan y estienden por la superficie, de cierta hermosa manera, formando como paredes, adornando su verdor claro preciosas flores.

Efectivamente; son tan sumamente caprichosas estas enredaderas, que en verdad son los mas hermosos

modelos de floricultura, crescen por sí, y libremente toman la mas poética direccion, formando desde la cima de los altos y estraños árboles, ricos doseles dignos de cobijar un príncipe.

¡ Oh ! qué conjunto de lozania brilla en aquella diversidad de belleza, y mucho admira el capricho de la bonita enramada. ¡ Jardin magnifico y sin jardinero, de mérito realmente inimitable ! Ricas montañas, bosque encantador, tanta maravilla es unica en su grandeza, cierto que no tiene rival. Tanta belleza inspira los pensamientos mas sublimes, y mientras tanto un pobre mortal goza en estos sitios vírgenes ese vientecito zéfiro que no impide sentir los patéticos murmullos de risueñas cascadas que continuamente corren por entre firmes rocas.

Estos bosques que brotan la mas apetecida riqueza, recuerdan tantas cosas...

Por ejemplo : Agar y su hijo Ismael, cuando ambos huian por los desiertos, antes de llegar á la Arabia Petrea, habiendo salido de la casa de Abrahám prevenidos de provisiones, y desgraciadamente, habiéndolas agotado, y para aumento de afliccion, madre con hijo desesperados estaban porque no encontraban agua para aplacar su ardiente sed, muertas ya sus esperanzas y perdido el tiempo en aquellos áridos y secos arenales devastos desiertos, triste páramo y pobre sobretodo que hasta carecia de un pequeño árbol para dar un poco de sombra á los desgraciados peregrinos. ¡ Miserables tierras aquellas sin un ápice ni siquiera de yerba ! ¡ Cruel tierra que deja en la ardua hasta de morir de necesidad á los descendientes de la hermosa Eva !

Valgame Dios, cuanta diferencia hay de aquellos pobres lugares maldecidos por la desesperacion que

causan ! ; Oh, benditos sitios brasileiros, ricos por todo concepto, con abundancia de todo, no tan solamente alimentan las sabrosas frutas que produce, si que tambien cria saludables yerbas que por su virtud medicinal dan vida á los moribundos y sustentan la multitud de pájaros que se solazan en las ramas.

¡ Benditas tierras brasileiras tan fértiles siempre ! Fuentecitas de aguas cristalinas brotan de los huecos de las peñas manantial de gozo, que forma riachuelos ornados por las veras que los aprisionan por estar llenas de rubis, perlas y brillantes ; sobre todo aquellas claras corrientes son suficientes para mitigar la sed á un ejército entero. La atmósfera que se respira es el magnifico aroma que exhalan tantas flores juntas y de diferentes colores, pero todas aromáticas como el azahar.

A cierta elevacion se distinguan, por su mayor grado de hermosura las azucenas, esas ricas flores tan esmeradamente cuidadas en los principales jardines, y sobre todo, qué bien colocadas por si solas, las vi adornando la selva, preciosa virgen ; ; qué verdes, qué frescas, con mas ostentacion de belleza que las que son cultivadas con los mayores cuidados ! Silvestres azucenas caprichosas y graciosas por su estilo y sin perder nada de lo botánico, que ese es el mayor gusto pintoresco. Estas flores reunidas con otras regalan su odorifero, y sin embargo, talvez solo de esa rica aroma es percibida la atmosfera, porque naturalmente los transeuntes únicamente admiran de paso, el conjunto que orma el todo de tantas preciosidades.

Como ya habiamos subido á bastante elevacion, es decir, que poco faltaba para encontrarnos en la cima del monte ; de manera que al tiempo de dar la vuelta.

el carruaje miré por allá abajo, y cuán lejos descubrí, cuando solamente habia pasado el corto espacio de tres horas desde que ya habia visto en punto grande todo cuanto veia entonces tan disminuido que parecia un átomo.

¡ Jesus, qué bella y espaciosa vista, á punto de perderse en lontananza, me permitió la altura de aquel monte ! Entonces me quedé con los ojos fijos en la hermosa lozania de la sierra descubriendo á distancias lejanas y por entre los árboles algunas casitas ; ¿quién viviria allí en un lugar tan retirado ?

Yo pensaba de ese modo cuando otro pensamiento mas súbito me recordó haber oido decir, que en uno de los montes de la sierra de Petropolis, hay una simple casita donde vive un grande personaje casado con una pobre jóven huérfana, que no tiene mas que una pierna, habiendo perdido la otra en su infancia en uno de sus ejercicios gimnásticos. Esa jóven dicen que es un ángel que está en el mundo ; una vez la vi y puedo decir que su hermosura atestigua su bondad.

Ahora bien, el tal noble caballero que ya he mencionado, en cierta ocasion conoció á la jóven, y movido á compasion amorosa, y creido que su riqueza, junto con su amor harian la felicidad de la pobre jóven, casó con la desgraciada, logrando desde aquel dia que concluyese su desgracia ; pues sí, se ejecutó ese acto bajo el concepto filantrópico y resultó que del matrimonio nació una niña, hija de la filantropia de parte de su padre, y del agradecimiento de parte de su madre, ambas virtudes suficientes para formar la verdadera paz. Sin embargo, ciertas miras sociales obligaban aquella familia á vivir retirados entre montes que algo tienen de tristes, y con todo, vi yo la ventajosa recom-

pensa, de rebosar cierta poesia que hasta llega al mas alto grado de lo sublime en tan misterioso encantador paraiso, donde un filósofo puede meditar los secretos de las ciencias; de suerte que estos retiros son los mas propios para los estudios filosóficos, sin mas distraccion que la poesia.

¡ Oh, sin duda por esas lindas selvas criadas como por admiracion entre las mayores ciencias, tan simpáticas por los sábios y poetas, de suerte que para ellos esos lugares son la gloria por lo mucho que alcanzan, de modo, creo, que se puede pasar el tiempo de la vida admirando, y mas diré todavia: Estos magníficos terrenos brazileros, esencialmente amenos y de tal cierto modo preciosos, son especialmente criados para detener el curso de los altivos que con audacia desprecian lo criado, creyendo orgullosamente que ellos poseen fondos superiores, sin embargo, como no están satisfechos procuran la novedad en lo desconocido, y nunca llega el colmo de lo que con tan ávido deseo procuran.

Ahora bien, creo que en estos lugares hay lo bastante para que el fondo de un filósofo pueda llenarse, y continúe admirando lo que vé superior á los hombres.

En el monte Carmelo recobró el profeta Eliseo su grandeza de alma imitando á Elias primitivo modelo de anacoretas cristianos.

Moisés decia: *Señor, en la soledad, soy poderoso*; y por eso nunca abandonó las montañas de la Idumea, ni las azuladas cimas del Libano. ¿No fué tambien en los montes que mandó á su jóven virgen y unica hija el guerrero Jefté, para que en la soledad encontrase la resignacion de su sacrificio? ¡ ah! si, efectivamente, en los desiertos la encontró.

¡ Dios mio, y qué superior es todo eso que contiene ese monte brazílero ! Los pobres desgraciados engañados por sus semejantes, y no obstante confiados porque su desgracia les detiene en un negro punto de torpeza, hasta que por fin, tantas variaciones toma su infortunio, que por último, se ven desnudos y amenazados como se vió el primer hombre, avergonzados horriblemente, y burlados por engaños ridiculos; y entonces, desesperados, procuran un retiro, lejos de la sociedad, y eso para ocultar su terrible bochorno provocado por las zumbonas miradas del prógmo. ¡ Oh, sí, pobres hijos de la desgracia, que no estais desprovistos de dignidad ! en los montes de Petropolis encontrareis asilo para ocultaros y no perecer de miseria. Como estos montes son ricos y sumamente productivos, el retiro que ofrecen es el Eden que Dios dió á Adan ; de suerte, que el hombre que se vé noblemente cobijado, aunque sea providencialmente, sin embargo, abre su corazon. Con agradecimiento desahoga su alma en la soledad, por ejemplo, mejor si es en las puras entrañas de una montaña, y allí llora como un hijo en el regazo materno, sin repugnancia de ser yá ridicularizado, pues el bosque todo lo oculta con su misteriosa frondosidad, y eso es con toda la mas noble humildad.

Evidentemente, todos los que en el bosque se internan por su triste objeto, encuentran buena acogida, yá por el cantar de los pájaros, y sobre todo por un sin número de delicias.

¡ Oh, bosque ! tú eres la providencia, porque á los que les falta un lugar bienhechor, tú les proporcionas tus cuevas, frutas, aguas y mucho mas de lo que consuela un humilde desgraciado que cabalmente con me-

nos se resigna. Lo mejor de todo es el sociogo; esta calma que respeta con profundo silencio los sentimientos de la desgracia; huía errante un desertor, y por último se internó en el bosque. ¡Oh, generoso bosque, lugar ameno, agradable para los rústicos, y delicioso para los principes aficionados á la caza!

¡ Ah! ; Cuántos misterios difíciles de comprender, encierran los sólidos y antiguos peñascos! ; Qué influjo se encuentra en la fresca frondosidad, cuando las hojas de los árboles, sin mas dueño que Dios, son movidas por una ténue y risueña brisa, y ese puro movimiento todo lo recrea de una vez.

Pues sí, mientras tanto yo daba cabida á esos pensamientos, seguía el carruaje dando sus vueltas por las montañas y continuando enseñando tan bonitos cuadros, de manera que una vez paré mi atención en la carretera, consiguiendo verla por completo; felizmente me encontraba en la cima, y desde aquella elevacion la vi hasta abajo, pues aquel camino abierto por entre tan espeso verdor con tantas vueltas, mucho se asemejaba á una fara que deja detrás de sí el surco.

El firmamento estaba encapotado, sin embargo, no tenía el menor recelo de una tempestad, á pesar de presentarme la casualidad á mi vista dos pinos derribados por un rayo.

Las nubes estaban tan bajas que en cierta ocasion las alcanzamos, confundiéndonos con aquella atmósfera nublosa que formaba una trasparencia que solo permitia ver lo que estaba cerca de nosotros; tales nubes despedían frio, de manera que en buena ocasion me sirvió mi capote que estendi apresuradamente en mis hombros, y gracias á este abrigo no esperimenté el rigor del frio, que tal vez me hubiera sido sensible esta

sensacion despues de salir de los puntos calorosos como son los de Rio-Janeiro.

Por último llegamos á las Aguas Verdes, bonita fuente de aguas cristalinas, caprichosamente adornada por sus plantas verdes y tiernecitas, todas floridas con una coleccion de preciosas flores.

Nos apeamos para tomar un refrigerio, y efectivamente sacando los vasos del estuche se llenaron (siendo unos de oro otros de cáscara de coco) entonces bebimos aguas virtuosas como las que brota Cison, sin dejar de agradecer la delicada galanteria de los caballeros pasajeros que sirvieron á sus compañeras.

Por un gusto especial subí á unas rocas, siendo el objeto ver de cerca la canal de la fuente, y con efecto la ví perfectamente, aunque fué por entre el verdor ; corría formando una cascadita regalando copiosamente graciosos arroyuelos.

Exactamente propio, decia yo, es el nombre que han dado á esta fuente, y qué patétio es su murmullo !

Eso decia, cuando otro objeto ocupó mi atencion y es lo que sigue :

Llegó el último carruaje, es decir, uno de los seis que subian la sierra, y de él se apeó una jóven ricamente vestida y notablemente hermosa, con ojos dulces como las vírgenes antiguas, y en aquel momento los tenia fijos en un anciano de actitud humilde que estaba sentado en un banco de piedra cerca de la fuente, como si allí estuviese esperando alguno ; la jóven habia sacado un vaso, y lleno de agua lo ofreció á aquel interesante anciano, que desde luego se levantó y lo bebió agradeciendo con los ojos. Este acto me recordó á Rebeca dando agua á Eliezer.

Finalmente, estando yá todos satisfechos por nues-

tro descanso, y habiendo fumado los hombres, fuimos ocupando nuestros puestos y continuó el viaje.

Cuanto mas me acercaba á Petropolis, mas lindo, mas poético, y cada vez mejor, encontraba el monte.

¡ Oh ! Y el monte Talor ¿ seria tan hermoso como ese? Dejo esta pregunta suelta, hasta que mi paciente lectora se digne contestar.

Por último llegamos á la villa Teresa, y allí ví grandes depósitos del café que viene de las quintas de aquellas cercanias.

Pues si, desde aquel punto principié á descubrir chácaras, es decir, residencias de personas opulentas que por recreo viven en aquellas delicias. Cada casa de aquellas posee un magnifico verjel, dejándose ver perfectamente por estar rodeado de rejas de hierro; hay algunas que son doradas, sirviendo de pared para guardar, sin impedir de satisfacer la curiosidad ó la observacion de los viajeros. Efectivamente, ví que nada faltaba para llenar aquellos verjeles de todo el gusto campestre; surtidores, estanques, estatuas, etc., copiosamente se veian esas frioleras jardinescas que tanto agradan, y sin embargo, aquella superficie vegetacion, aunque de fértiles tierras, observé y me pareció que todo aquello era plataforma que perdia su mérito al pié del natural panorama inimitable que yá habia admirado.

Con todo, seguia la poesia, de suerte que de por entre la espesura de los árboles, sin duda estaria algun guarda cabras, porque dejaba oír perfectamente su patética gaita, con cierto sonido melodioso; no era necesario ser filarmónico para sentir cierta novedad á la delicadeza de aquel suave sonido que nada tenia de rústico, al contrario, eso sí, mucho de encanto, y a

más, de mas lejos, le respondia una flauta que se asemejaba á un ruiseñor. ¡Oh! eso oido en los circuitos petropolitanos, y á más, en las sombras del bosque, tenia mayor encanto que el de una música pastoril.

Como todavia nos faltaba para entrar á Petrópolis, dar una vuelta á la montaña, al tiempo de darla vi perfectamente los valles, habiamos seguido la cordillera que bajaba, y merced de la atmósfera mas despejada, habiendo dejado las nubes, ví que no estaban abandonados; por el contrario, estaban tan poblados que realmente dá gusto ver aquella llanura de tierra, guardada entre los altos montes; allí habia huertas con plantas domésticas magnificamente cuidadas para la produccion de tan buenas legumbres. Es verdad; casi parece imposible la bonita vista que ofrecen los valles, siendo así que por lo regular son lugares lúgubres, eran por el contrario alegres, animados por cuadros pintorescos con un variado conjunto de verdor, y por caseríos y huertas imitando las de la villa de Soller por la espesura de los naranjales, como tambien bonitos higuerales semejantes á los de Inca. ¡Oh! por cierto que al ver esto me causó tal sensacion como si estuviese á la vista de Mallorca, recordando las cosas de allí. ¡Jesus, qué variaciones de cuadros americanos vecinos á los europeos! ¡qué ganados de gordos corderos ví tambien pastar por los prados, casi enterrados entre las altas y espesas yerbas!

Por último, lo primero que descubrí al estar cerca de Petropolis, fué tres ó cuatro carretelas descubiertas, paradas para dejar pasar los carruajes que llegaban llenos de pasajeros; mucho admiré el lujo de las señoras tan ataviadas y sentadas voluptuosamente en sus carretelas, y ví algunas con trajes propios

y adecuados, mas otras, no comprendi para qué tanta garambaina como habia en sus ricos trajes ; me pareció supérflua tanta cosa, siendo así, que por lo regular, los que entran en el pais, evidentemente poetizados por las consecuencias hijas de los encantos que por lo natural proporciona la pureza de tan atractivas campiñas, hermosas por tantas flores purpúreas, no reparan, así lo creo, en la supersticiosidad de las señoras que con tanta gachoneria esperan los transeuntes para ver si buenamente dirigen alguna mirada á ellas, que por lo regular son jóvenes solteras.

Como es natural, desean agradar, pero como Petropolis no tiene rival, siendo él el único que ocupa toda la admiracion de sus visitantes, no es difícil acreditar que se quedan las aristocratas señoras sin una pobre conquista.

Ahora bien ; vi un batallon de caballeria, sin ser soldados los ginetes ; eran sí, atrevidas amazonas con mucho donaire y graciosas ondulaciones de cuerpo, para demostrar, sin duda, su practica de equitacion, y mientras tanto, no dejaban de correr, sin que las faldas de sus negros y elegantes trajes de terciopelo hiciesen el menor movimiento, manteniéndose firmes, merced á un peso de piedras hermosas y muy finas que adornaban el rededor de la falda, formando como una guarnicion, al mismo tiempo que la sujetaba sin vuelo, de suerte que únicamente el velo del sombrero era lo que volaba por aquellos vientos frescos.

Me parece, Barbarita, amada lectora mia, que de todo lo que vi á la ida á Petropolis, excepto lo circunfuso, creo haberte dado una idea ; dirás tú y con razon, que bien podia circunscribir mi relato ; sin embargo, recuerda mi advertencia del principio, y si acaso la has

olvidado, vuelve algunas páginas atrás y encontrará la disculpa, y así evitaremos reiterar.

Continuámos mas un corto rato hasta llegar á un rio, el cual tiene las riberas con fileras de altos tilos y mas otros árboles frondosos y de lustrosos troncos, corren las aguas por en medio, dejando por ambos lados los caminos ; en uno de ellos ví grandes preparativos, ó por mejor decir, ya estaban levantadas unas altas y magnificas pirámides, sosteniendo trofeos y hermosos arcos de triunfo que formaban cuadros ; en el centro de los adornos, á respetuosa elevacion y resguardados por doseles, estaban los retratos de la augusta familia imperial, dueños de estos amenos terrenos. No estrañé esto ante escrito, porque en la córte acontecia lo mismo ; de suerte que todos estos ornatos festivos se aprontaban para celebrar la llegada del grande héroe el ilustre Conde d'Eu, que se esperaba de cada dia, y todos en general, nacionales y extranjeros, con ávido deseo esperaban dar curso á su entusiasmo para celebrar su entrada triunfal, con motivo de ser el Conde, vencedor en la guerra con los Paraguayos.

Pues como decia antes, al mismo tiempo que descubrí los arcos pasamos por en cima de un puente que atravesaba el rio. Entonces el carruaje paró y nos apeamos para entrar en la fonda de Braganza.

Efectivamente ; sin rodeos ni el menor cumplimiento, con la natural libertad que por lo regular tienen los pasajeros cuando entran en una hospederia, que por esperiencia bien saben lo caro que la pagan, por consiguiente entramos como Pedro por su casa.

Serian las siete de la tarde quando llegamos, y principiaba á llover ; por este motivo no fuí inmediatamente al colegio de Kopke, para procurar á mi hijo y

tu hermanito, pero fué tu papá. Mientras tanto yo arreglaba mi equipaje en la habitacion que habia de ocupar.

Poco tiempo despues oigo una voz dulce que me llamaba de *mamãizinha*. ¡ Caramba, ya lo creo que corri! ¡ Oh, si era Pepito, que á cada paso que daba me llamaba, y como le sali al encuentro, le cubri la boca con un beso.

¡ Cuán sublimes son los momentos en que los brazos de una madre se enlazan con los de un hijo querido! ¡ Oh, creo que Dios, desde el cielo, bendice el amoroso grupo!

Atendia yo á las familiares preguntas que me hacia el muchacho, cuando nos avisaron que la comida estaba preparada. Pasamos á la sala comedor, y vi la mesa perfectamente compuesta, con grandes jarrones de la China, llenos de dalias y rosas, y sobretodo no habia la menor falta de estos preparativos gastronómicos. Naturalmente me senté; á mi lado derecho se sentó tu papá, á la izquierda tu hermano.

La comida no fué mala, mas de esto no me ocuparé; dejaremos la filatería para los otros asuntos. Ahora bien; ya era de noche, y se pasó el resto de la velada en el salon, yá jugando ó tocando el piano; yo hablaba, como lo tengo de costumbre, y despues de tan simples tareas, pasamos por otra todavia mas descansada, por ejemplo, la de acostarnos. Efectivamente; serian las diez cuando nos despedimos dándonos la mano y diciendo: buenas noches, que Dios nos guarde.

Cada cual tomó una vela encendida, y dirigiéndose á sus cuartos, oyóse poco despues cerrar, reinando entonces un silencio claustral.

Mi habitacion nada tenia de particular; todas estas cosas de primera necesidad, y todo con aseo.

Pasé la noche sin dormir ; perdi el sueño y estaba con frio ; habia apagado la vela, y tenia los ojos habier- tos ; ¡ qué tontería ! ¡ para qué apagué la vela sabiendo que no dormiria ? bien convencida estoy por la espe- riencia, de que nunca he dormido estando fuera de mi casa ; de consiguiente, con ávido deseo esperaba que amaneciese cuanto antes, y así lo pedia á Dios ; de ma- nera, que estaba en el balcon de mi cuarto cuando ví la pálida aurora, por grados insignificantes tomar su color. Entonces ví el terreno húmedo por el rocío, ví los pajarillos absorber las gotitas que destilaban las hojas de los árboles que tan cerca del balcon tenia. ¡ Jesus, qué ambiente tan dulce y tan grato ! ¡ Oh, cierto que es magnífico !

¡ Jesus, qué cuadro tan vivo por la impresion, y poé- tico por la observacion ! Miraba por la primera vez á Petropolis, y él abria tan perfectos cuadros enseñándo- los á mi, que sola estaba ; nadie distraía la eficaz ob- servacion que felizmente tenia con tan puros objetos, veia llorar los tilos y como los consolaban los cariño- sos pajarillos con su gorjeo melodioso, bonito y muy alegre himno matinal ; por último, ví correr con fuerza el rio que muy crecido estaba.

Petropolis es una ciudad moderna hermosísima ; las calles muy anchas, largas y derechas, las fachadas de las casas muy caprichosas, muchas de ellas ornadas, y sobretodo construidas con el mas bonito estilo mo- derno, que causa admiracion por la novedad. Cada casa goza de su jardin de diferente estilo, muchos de ellos imitando los de Londres. Pocas son las ventanas que carescan de pastoriles ó caprichosos adornos ; unas con ricas cortinas de seda, y otras hay no menos bo- nitas, por que son naturales enredaderas que cobijan

jaulas con hermosos pajaritos que son puros é inocentes prisioneros. Continuamente se ven bajar por los sitios de la montaña risueñas cascadas.

La mayor parte de los moradores son muy ricos, pero de esos aristócratas que se conocen por los puntos de América.

Petropolis es montañosa, y antes de formarse esta magnífica ciudad, era todo montaña ; por consiguiente, cuántas extraordinarias dificultades, á cual mas difícil de vencer, costarian las llanuras que se apoyan en los montes. ; Qué hermosas son las calles principales que conducen á algunas praderas, tan perfectamente llanas á trabajo corporal ! De suerte que todo se consigue en ese país, punto de las maravillas y riquezas ; aunque parezca un imposible, visto está ; en la actualidad Petropolis, es un verdadero modelo de lo mas selecto.



VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

SEGUNDA PARTE

PERMANENCIA.

CAPITULO II.

En un gabinete de una mujer elegante se descubre un secreto.

Vamos á partir de un punto, y será el rio que nos servirá de derrotero, ese que constantemente pasa por la ciudad refrescando con las aguas, y de ellas seguiremos su rumbo, interrumpiéndonos yá para pararnos á admirar los altos y espesos bambús, tan patéticos como hermosos, que naturalmente se inclinan encontrándose unos con otros, formando verdes arcos con tanta perfeccion, que nadie ha de creer que aquella belleza sea silvestre; antes dirá que son adornos simétricamente plantados para aumentar la pomposa hermosura de las riberas del rio, y tambien, ¡ cómo es bonito ver aquellas serranías de subida suave, que lindan por los paseos donde se ven mujeres elegantes, rigidamente vestidas á la moda, con el mayor lujo! Usan mucho, de trajes de seda negra con adornos de encaje de guipur, y sombreritos sencillos.

La primera visita que hice cuando salí del hotel, á mi permanencia en Petropolis, fué, por supuesto, al colegio donde está de pensionista Pepito, muchacho de 10 años cuando entró, habiendo 3 que vive en ese lugar que ofrece una sorprendente vista.

La construccion del edificio es linda, y la idea muy apropósito por el sitio en que está. Por ejemplo ; un paisaje bonito es ver aquella rica pradera sosteniendo tan altas paredes muy blancas, ornadas con una porcion de ventanas que forman el mayor gusto arquitectónico, y á mas, aunque está algo separado de la ciudad, eso no le quita nada de lo hermoso, porque se vé resguardado por altos montes, recreado por un poéticorio, todos sus alrededores amenos y sobre todo deliciosos.

La residencia esta que ahora nos ocupa, pertenece al Sr. Kopke ; es grande como un convento, aunque la forma es de palacio ; y en cuanto al interior, vale mucho mas, porque hay sábios profesores que instruyen á los alumnos de muchas ciencias ; y en cuanto á limpieza y aseo, eso es imposible verla mas luciente.

Para recreo de los alumnos el director les permite plantar para tener flores, como tambien tienen sus pajareras en el jardin, como me dijo mi Pepito, que él tenia un canario coloro-virado, dos ticuticos, un ca-deal y una oropéndola ; de suerte que me alegré de su lícita distracción que tambien es cuidar los árboles y flores que los muchachos escojen para que sean sus favoritos, mientras tanto ejercitan el activo movimiento sin perder tan bonito entretenimiento ; todo eso es bueno, y mas, porque se goza de tan saludable clima ; de suerte que la robustez emanada de la perfecta salud que disfruta Pepito, lo atestigua ; así es que merced á esto dicho, este mi hijo hace valentias de todas clases,

sin tener que rendirse despues por cansado su cuerpo. Siempre dispuesto á lo extraordinario, todos los dias, aunque llueva, ó por fuerte que sea el viento, no es eso un motivo para dejar de tomar su baño cotidiano que es en el rio.

Dirás mi paciente y amada lectora, que podia ese muchacho escusar este baño, que solo es costumbre tomar los dias de calor ; pero Pepito, hablando conmigo, me recordó esta consecuencia diciendo así :

« Cierto que Petropolis es un lugar frio, pero yo, mamá, quiero vencer cierta impresion pueril ; ¿ sabe por qué método ? refrescando la sangre del cuerpo con baños de aguas corrientes de estas puras que de altos montes bajan ; eso naturalmente, vá venciendo el frio, junto con la pereza, de suerte que en el dia yá he conseguido hacer ese sacrificio, y para lo futuro creo estar libre. Como yo soy estudiante, tengo necesidad de librarme de toda clase de tonterias, y mucho necesito sobre todo el despejamiento fisico, y prepararme antes de amanecer la aurora ; de modo que cuando entran los primeros rayos del sol, dando un hermoso color de ambar á los cañaverales, felizmente me encuentro con la aptitud necesaria para la comprension de mis estudios, esos principios de mi carrera que tanto cuestan, pero que me darán á su tiempo un puesto si Dios quiere. »

Cierto, lectora, hija mia, que eso que dice tu hermano es de primera necesidad ; las buenas obras han de ser los principios de la infancia, accionando y adquiriendo ciencias, tan necesarias para los hombres que tienen que representar mas tarde en la sociedad su bonito papel. Y mientras tanto nosotras ¿ qué hacemos ? Nada ; comer y dormir para pasar la vida, sin tomar el

trabajo de ilustrarla. ¡ Oh ! y ¿ de qué sirve la vida de la mujer ? La de los hombres tiene, por supuesto, un elevado objeto: penetrar los fondos y colocar allí las piedras de su castillo, y buen cuidado tienen para que sea sólido.

¡ Ah ! qué triste está la mujer, y qué poco espera del mundo ! la única esperanza de la pobre es ser madre de un varon y eso á veces le cuesta la vida. ¡ Ay ! ¡ qué pocos apoyos encuentra la debilidad !

· Sin embargo de ser todos hijos de Eva, únicamente la mujer ha heredado su castigo y los hombres, á pesar de su pecado, han sido perdonados por Dios hecho hombre, con toda la gracia de lo sublime, y cierto es, ese recuerdo les hace felizes y satisfechos viven .

Efectivamente ; la grandeza, el poder reina en los hombres, mientras tanto la mujer se resigna de lo que sufre, por que no tiene otro remedio á no ser llorar en los rincones de su casa.... Nó, eso nó ; antes la pobre procura desvanecer sus debilidades siendo diligente, y pasa adelante con la esperanza de elevarse con la creencia, aunque infundada, que vendrá dia que por su dignidad merecerá la atencion general.

¡ Oh ! peor es su esfuerzo porque la desvia de su natural posicion, su mente se confunde con un sin número de disgustos, que sin escrupulo de martirizarla más y más, y por último la atacan mas que de duro, y á esa frente la pobre no combate, eso es, al contrario sí, que se retira antes de sucumbir de dolor.

El seco femenino, en la infancia principia á sufrir contradicciones que hacen pesado su pobre destino; ese es por lo natural estar sentada y ocupada con tareas, aunque simples, muy incómodas, á veces hacen su

labor con lágrimas porque se ofenden de las riñas de sus mamás que las apresura para que concluyan su trabajo porque yá les tienen otro aprontado; aquel atropellamiento trastorna la niña porque es una ton-tuela y carece de valor, y sobre todo porque con natural está condenada á sufrir tristes y muy amargos pesares.

Si, mi amada hija; es preciso, yá que he tocado esta cuerda sensible, que desahogue mi impulso, que es darte buenamente un consejo, y circunstanciadamente te lo daré.

Encierra en tu tierno corazon los sentimientos, y ten valor, hija mia, aunque tu dolor sea lastimarte, y entonces llora que Dios te consolará; deja las pretensiones que pueden confundirte con el caos de creencias infundadas que destruyen la inocencia; en una palabra, observa con el mayor rigor la circunspeccion.

Solo así, puedes tú, pobre niña, ser interesante, porque visto está; las virtudes son las flores de nuestro cerrado jardin.

En resumidas cuentas, yá he dicho bastante, y sin embargo, de estas consecuencias, sacaremos mas esta paradoja:

El flaco destino de la mujer, es vulgarmente como el de una gallina doméstica, eso es referente á la hija del pueblo, no á las de alto rango, que bien sabemos que una distancia muy grande separa unas de las otras; pero con todo, todas ellas tienen alma á cual mas fervorosa, y que el deber religioso manda consagrar á Dios y al prójimo. Ahora bien; si esta alma siente el deseo de hacer bien, mas las tristes cerraduras del serrallo sujetan la mujer que esta alma tiene, bien se vé que es sujeta á su pesar. ¡Ah, cuán desgarrador

es eso para una hija del pueblo que tanto estima al prójimo y se vé injustamente presa á su desgracia!

Bah, esto es una impertinente retórica; antes bien, mejor será pasar un velo por encima de un asunto que yo no sé esplicar porque no estoy ilustrada para eso, ni tú, hija mia, tienes la suficiente comprension, porque tu corta edad no alcanza. De consiguiente nos apartaremos de este asunto echándole el velo y mientras tanto, pasaremos al anterior.

Como decia que visité el colegio de mi estudiante, y por supuesto, pedí algunas informaciones á respecto de las costumbres que observan, y me dijeron lo siguiente:

—Al tercer signo de campana los alumnos se levantan; esto es á las seis de la mañana. Consagran á Dios los primeros ratos del dia; los segundos al aseo corporal, y en el rio Biabanha aprenden á nadar.

—Oh, dije yo, eso sí que será del gusto de mi hijo.

—Cierto que lo es, me respondieron. El se baña dos ó tres veces por dia, por eso se parece mas á un marino que á un estudiante.

—¿Mas ese tiempo que pierde en nadar, no le hace falta para los estudios?

—No, mujer, me dijeron; las horas que él gasta por el rio, son las que el director concede para recreo.

En fin, en otra ocasion mas oportuna nos ocuparemos de las ocurrencias traviesas y á veces atrevidas de este estudiante. Cierta estoy de que deseas verlo, mas por ahora no es posible. Contentate con saber que continúa con sus ideas vivas á cual mas alegre, y siempre muy ingenioso.

Bah, dejemos los infantiles asuntos y continuemos el curso de nuestro circunloquio.

Me parece natural darte una idea á respecto de la breve permanencia á Petropolis. Pues sí; desde ahora principiando por las partes principales, recordaremos, por ejemplo, la calle del Emperador, siendo este el punto mas apropósito para partir desde allí á otros puntos de Petropolis; esta calle es hermosísima y muy prolongada; sigue siempre derecha, hasta otro punto llamado Concepcion, en aquel extremo hay un valle, y aproximadamente se ven dos rios, el Quitandinha y el Corrego Secco. Como parten de puntos diferentes los ven correr apresuradamente, van á hacer barra, y juntos despues siguen la corriente por la misma direccion.

Efectivamente; de dos rios se forma uno, siendo así que es mas poderoso, de manera que los extranjeros llaman este rio de *Tour de force*; ahora bien, ante todo esto, te habia de decir, mas como no lo dije lo diré ahora. La calle del Emperador tiene el grande mérito de estar magnificamente construida y con sólidos piés de muralla en ciertos puntos muy elevados para que siga siendo horizontal. Cabalmente, con facilidad al ver estas perfectas obras entre las montañas, se comprende las dificultades y mayores obstáculos poderosos que hubieran de vencer para la hermosa construccion sólida y al mismo tiempo para la conservacion y resistencia de los chaparrones de agua que casi todos los dias caen de las nubes que pasan por entre los montes, así es, que está todo aquello tan limpio que luze, y con todo, despues de la lluvia, el sol dá su resplandecimiento á las montañas cuando ellas tan patéticamente dan su sombra á las calles. Cuánta belleza, que mérito ver aquella llanura á fuerza de trabajo ejecutada con la mas perfecta simetria de gusto.

La calle de la Emperatriz sigue hasta llegar á la falda del monte Belvedere : por allí se pierde la vista entre tantas cosas pintorescas.

Estando en una salita de la fonda para dejar pasar la lluvia que en aquella ocasion era regular, habiéndonos impedido el determinado paseo, sin embargo esperaba yo con el sombrero en la cabeza resuelta de luego pasada la lluvia seguir. Mientras tanto unos caballeros que allí estaban tenian esta conversacion.

— Señores, yo soy geógrafo por los estudios y las experiencias. Cabalmente puedo dar una exacta descripcion de los terrenos, ya por mis continuas viajes por el mundo solo por objeto de observar ; yo soy anciano, habiendo encanecido ausente de la familia ; y sin embargo, si yo no hubiese escrito antes de venir á Petropolis que me esperasen este año, yo viviria perfectamente en esta amenidad, que con evidencia veo esto es la dicha del recreo.

— Y sin duda no seria Vd. el primero, porque ha de saber que esta ciudad ya se hallenado de extranjeros ricos y esto solo por objeto de vivir tranquilos en la proceridad de estos sitios.

Esta conversacion se hizo general, hablando con entusiasmo todos.

— Si, señores, buenos paseos tengo dado, hoy por la mañanita, montado en mi caballo, he seguido el riachuelo de Almeida Torres hasta que me tengo internado en el bosque, hubiera pasado el dia allí mas como estaba solo conocí que era demasiada la soledad.

— Y Vds., señores, ya han visitado la gruta llamada de las Saudades?

Como yo era una que habia entrado en la conversacion por motivo de haberme dirigido la palabra res-

pondi ; que no la habia visto. Tomando la palabra un jóven que me pareció poeta dijo así :

« De la gruta de las Saudades quiero hacer una descripción particular :

« Esta es la reina poeta y se oculta de las miradas vulgares ; los que dispuestos están para visitarla, trabajo cuesta entrar en el misterioso lugar que Dios la colocó para librarla de impuras miradas ; por consiguiente, los que guiados por la curiosidad ó interés que solo el nombre de la gruta inspira, tienen que bajar una empinada serrazuela y bajo encuentran un valle ; pues bien guardado por los gigantes respectivos y enormes árboles y muchas plantas estrañas pero hermosas, llenas de flores en este lugar ameno y sobre todo palmífero, patético, tanto que con evidencia es el manantial de los amores. Allí en los subterráneos se ocultan las diosas hijas y algunas madres del amor, de suerte sus hijos los Cupidos, cuando van á la gruta y ven aquella soledad, lloran allí por las tristes saudades y falta de amor que ellos no gozan porque permanece con la mas completa dormicion en los fondos de la gruta ; mientras tanto los anhelantes Cupidos con ávido deseo y de cada vez aumenta, esperan en las patéticas sombras de las palmeras creyendo ver salir las poéticas figuras radiantes de gozo. ¡ Ay ! en vez de esto, surgen de los peñascos frias aguas, tan virtuosas, que son á propósito para apagar repentinamente el Vesubio. Y por último, allí reina el sociego, y por este motivo el fisico del visitador permanece tranquilo ; entonces si con esta ilusion del poeta de estos cuerpos lánguidos por recuerdos del sueño encantador como es ver diosas heridas por las flechas de los Cupidos, y lejos de incomodarse las amables diosas, hermosas deidades, salen

de su cueva cariñosas, abrazando á los que las han herido. »

— Bravo, exclamaron todos á un tiempo los que esta descripcion del entusiasmo juvenil escucharon.

— Pues señores, mañana vamos todos á cazar por aquellos puntos, que superabundancia hay de magníficos pájaros.

— ¡ Oh ! Si, escelente idea; vamos á cazar; recuerdo haber visto por entre los espesos matorrales muchas gazaberas de tiernos conejos y que por cierto de muy gordos se ven correr por aquellas selvas.

Bah, como yo continuamente miraba por una ventana si paraba la lluvia, vi con placer que yá no llovía, entonces salimos á paseo.

Entrando en un carruaje descubierto, andando merced del cochero, habiéndole dado la orden de (á pasear) sin citar lugar ; vi un bonito jardin llamado el Paseo público, observé los montes de cruzeros tan bellos por sus raras plantas parásitas. ¡ Jesus ! Cuántos ojos se habrán fijado en tal puro verdor dejando un poético pensamiento de estos que solo siente el corazon y con todo los árboles y palmeras de estos puntos Petropolitanos en general están enterados poéticamente porque se vén en muchos lisos troncos de árboles, hechas con punta de corta-plumas, letras que claramente espresan juramentos de amor.

Muchas son las calles, algunas te citaré : la de S. Januario, la de D. Francisca, la de D. Auliana, calle Barbosa, la de Constitucion, la de Funileiros, la de Mineros, bah ; muchas mas calles de las que he mencionado contiene la grande y bella ciudad de Petropolis, pero escusaremos nombrarlas porque á menudo se muda el nombre, por consiguiente pasaremos sin

mencionarlas. Como hay tantos extranjeros industriosos, de manera de hacer sus buenos negocios, por ejemplo, fuimos á una tienda de la plaza de D. Pedro de Alcántara, que por cierto es muy hermosa, con filas de espesos y corpulentos árboles de hojas grandes y sobre todo de magnífica frondosidad; de suerte cuando yo fui allí era hora del sol dominar aquel terreno entero, mas no fué esto; al contrario, la vi toda sombrosa, merced á la espesura verde que proporcionaba la comodidad de ledamente pasear, como efectivamente vi algunas parejas andando y la mujer pasaba su mano por el brazo de su compañero y este le hablaba elocuentemente. No habia necesidad de sombrilla porque como he dicho se paseaba por allí sin peligro de tomar una estuosidad; de suerte mas bien uno se sentía en aquellas sombras tan fresquitas merced una brisa suave dando un risueño movimiento á las hojas de los árboles cayendo de los serbales algunas serbas maduras á nuestros piés; en efecto era un recreo permanecer allí observando las parejas lindas, las flores y las chucherias que tambien habia.

¡Cómo era bonito aquel golpe de vista! á mas de ser una plaza grande, que por cierto no tiene rival, está ajardinada con simetria, y tambien hay muchas fuentes rehosando las aguas, pecinas esmeradamente cuidadas con sus crias de caprichosos peces; en los estanques nadaban cisnes y una multitud de raros bichos hermoseados por sus plumas de colores vivos, que cuando salian de las aguas, como estaban mojados, entonces secaban las álas á fuerza de sacudir las.

Como decia, que por último entramos á la tienda que vi toda ocupada de chismes de cristal, un cajero

nos enseñó una porcion de servicios lindisimos, por ejemplo, unos vasos y copas grabados en la misma tienda con los nombres y apellidos de los que aquellos objetos compran, no tan solamente esto, mas habia en tan finos cristales, vi grabados magnificos, es decir, cualquier de los cuadros ó panoramas de estos de Petropolis : los mas perfectos que vi, fué un servicio entero de mesa, de cristal musulina color de rosa, con el palacio imperial grabado en las piezas grandes, y las pequeñas del uso habitual estaban grabadas con un blason: esto era un rico regalo que se hacia á un capitán de voluntarios recién llegado del Paraguay, que se casaba con una jóven rica de la córte : de suerte esto antedicho era un regalo de bodas que le hacia un marqués tío de la novia.

Este punto cétrico, en toda la estension de la palabra escelente, se habia formado un palacete espresamente para vivir el grande hombre, el mismo que tantas dificultades venció pasando adelante su obra dejando el plano digno de admiracion que él habia inventado, consiguiéndolo por mérito de sus ciencias y á más las disposiciones que acompañaban para el trabajo.

Pero dicen que desgraciadamente este hábil ingeniero fué víctima de una horrorosa catástrofe imposible de prever, siendo ella repentina y cruel, porque esto fué el resultado de la muerte del fundador de Petropolis llamado Julio Federico Kœler. Siendo jóven todavia no contaba mas de 43 años de edad.

Me acordé de que vivia en Petropolis una conocida mia, y que le era deudora de una visita antigua, de manera buena ocasion se presentó para devolverla: al día siguiente de estar allí, con un carruaje alquilado

salimos por la barrera de la Sierra llamada Estrella, y por una de aquellas travesías seguimos hasta llegar en el punto que Aura, este es el nombre de la señora que vamos ahora á ocuparnos.

Efectivamente ; la casa está plantada en el centro de la hacienda que es algo mas que regular, pues ví un grande palacete. Allí fuimos conduzidos por ser la residencia de Aura ; al llegar nos apeamos y entrando á un patio, viendo un criado, le pregunté por la señora.

— No está en casa, dijo el muchacho que me pareció aleman luego que le ví ; mas, continuó diciendo, no tardará en venir ; ¿ quieren Vds. esperarla ?

Á pesar de ser contra mi costumbre esperar á nadie fuera de mi casa, al hacer una visita, si no los encuentro, lo único que hago es dejar una tarjeta ; mas como yo especialmente deseaba ver á Aura, y viviendo ella como vivia muy lejos de la fonda que yo estaba hospedada, siendo cierto que no tendria tiempo para verla, es decir, para visitarla segunda vez, de manera me decidí á esperarla.

Ante todo has de querer saber qué clase de mujer es esta ; pues bien, Aura es hija de un banquero muy rico ; su madre era española, su padre inglés, y casada con un francés tan opulento como bueno : en cuanto méritos personales, Aura los posee todos : hermosa, elegante é instruida. Su lenguaje es elocuente y correcto en los cinco idiomas que habla.

Pues como decia antes, el rubio aleman nos condució á un magnifico salon riquisimamente amueblado, hermoso cortinaje de nobleza azul claro con fleco dorado adornaba los balcones y mas entradas de aquel esplendido salon, todo alfombrado de un campo de flores aterciopeladas ; grandes espejos venecianos ador-

naban las paredes forradas de rico y oscuro papel que resaltaba mas el mérito de los muebles recientemente dorados, figuras griegas, un precioso conjunto de ricos caprichos de Luca, mas un capricho sin duda invencion de Aura me llamó la atencion ; esto fué un piano fuerte colocado entre unas figuras de cera ricamente vestidas y realmente preciosas, de manera que cuando vi aquellas figuras, pensé si serian visitas, asemejándose á personas vivientes, yá por la perfeccion del bulto, yá por sus propios trajes.

Por último, prefiriendo la vista campestre á aquel lujo artificial, sali á una galeria donde habia en una caprichosa pajarera una multitud de cantores que á pesar de ser muy chicos tenian su pico melodioso como los ruisenores; observaba los animalitos voletear por entre las ramas de pino verde, cuando vi por el centro de la alameda que conducia á la casa, un lindo y muy moderno carricoche de cuatro ruedas y dos caballos que tiraban, los cuales eran gobernados por Aura. Luego de haber llegado en el patio, la mano firme de la jóven sujetó los caballos permaneciendo ellos quietos ; entonces el aleman y otro criado bajaron los niños del carricoche: mientras tanto yo observaba sin que Aura me viese, casualmente las persianas que estaban cerradas impedian ser yo vista y me daban libertad para ver. Aura vestia elegantemente un traje, rigidamente moderno y de gusto gracioso, de color de rosa claro y los adornos de terciopelo negro igual al sombrero y lo demás competente ; los niños vestian sus graciosos y muy ataviados trajes y estaban monitos.

Supongo que el aleman le diria, que en el salon habia visitas, porque ella se apresuró á entrar como estaba en donde estaba yo. Luego que me vió me

agradeció la visita, demostrándolo con la espresion de sus ojos y ademan alegre, y luego abrazándome con efusion y cariñosamente me dió dos besos.

Mi intencion era de hacer una corta visita ; pero Aura me quitó el sombrero obligándome á hacer una visita prolongada y de confianza ; todavia no eran mas que las cinco de la tarde ; habia mucho tiempo para hablar hasta las diez, mas como la barrera se cerraba antes, nos dijo que nos daría una tarjeta para entregar al vigilante de la entrada de Petropolis y esto nos abriría paso.

Además tambien yo deseaba hablar como efectivamente poco despues la conversacion se refirió á Libania, otra amiga que yo tenía antes de conocer á Aura, la cual en la actualidad es amiga de ambas y reside en el Pa.á, cuya amiga me ha autorizado para yo escribir su vida por ser una historia interesante ; no pudiéndolo ella hacer, porque le falta el brazo derecho resultado de una caida ; ahora bien :

Interrumpió la conversacion las pisadas de un hombre que entró ; fué Valentin, caballero elegante, no tanto como Aura, con todo, este es su esposo que llegaba de la hacienda.

Verbi-gracia pasamos las horas bien : Valentin cantó con el acompañamiento del piano, una ária de los Hugonotes. Aura cantó tambien unas canciones de música española que pertenecen á la ópera del Guarany, compuesta por el autor Carlos Gomes ; aplaudimos el canto que fué muy gracioso con toda la espresion andaluza.

Otra conversacion cayó sobre asuntos familiares : Aura escuchó á su marido que decia que su mujer gastaba demasiado lujo. Entonces ella se quejó de la

poca galanteria del marido. Ultimamente Aura, con gracia, á pesar de conocer que habia algo de audacia en sus modales por ser despreciativos á lo que decia su esposo, se levantó resueltamente diciendo :

— Es verdad, no tengo paciencia para ser mujer.

Viendo Valentin ofendida la delicadeza de Aura, lo remedió diciendo :

— Vamos á ver un cuadro precioso pintado por la hermosa mano de mi consorte.

La vanidosa pintora efectivamente mudó el semblante apareciendo en su rostro la satisfaccion por enseñar una obra hija de su talento, y levantándose con gracioso movimiento de la butaca en que estaba sentada, mirádo hacia mí dijo :

— Cármen, no gastaré cumplimientos, pasaré adelante solamente para enseñar el camino.

Pasamos por una série de habitaciones bien arregladas, despues entramos en la sala de pintura, rodeando las paredes cuadros pintados á óleo, siendo todos ellos obras maestras de suma perfeccion : luego vi que aquello era ideológico, que solo la parcialidad de Aura era capaz de imaginar.

Aura con su natural desembarazo abrió todas las aberturas de aquella espaciosa sala, y como ellas daban al jardin donde habia tan altos árboles, algunas lozanas ramas de anacardo que violentadas por las puertas estaban pugnando para entrar, mas cuando la jóven dejó los balcones abiertos ellas entraron poetizando con su verdor ; mas tambien vi los hierros de los balcones tapizados por trepadoras de carmin y otras plantas cuyo verdor y aroma aumentó el ambiente que se respiraba en aquel lugar perfumado.

Cabalmente un escritor á la vista de aquellos cua-

dros, obras de un ilustrado talento femenino, siendo su único maestro su grande imaginacion, sacando consecuencias de la luz y las tinieblas, y conseguir por la fuerza de talento llenar de ricos cuadros altas y espaciosa paredes, cuyos cuadros pintados magníficamente por la mas hermosa y pequeña mano que rebosa del mas delicado gusto. ¡Oh ! cierto, con el auxilio de tan poderosa proteccion, como he dicho, bien puede escribir un literato una obra inmensa.

Aura con el dedo signó un cuadro recientemente concluido diciendo así :

— Cármen, mira, he querido experimentar si con mi pincel y mi idéa conseguiria sacar una conferencia misteriosa, por ejemplo una de esas cubiertas con el velo tupido y negro de la noche.

Me acerqué para observar las pinturas ; eran muy finas, y con arreglo á tal consecuencia ví la preciosa figura de Venus durmiendo en la cama de oro, Apolo en pié con los ojos enloquecidos de amor mirando tan perfecta beldad. Otro grupo mas cerca que era de punto mayor y separado de ese que he mencionado, ví una figura de mujer medio confundida por las tinieblas y levantando una cortina de terciopelo carmesí, descubria un lecho en un fondo oscuro, dejando ver merced á unos débiles reflejos despedidos de una lámpara, que descansaba en una columna de bronce ; pues sí, la cortina levantada dejaba ver el lecho con un jóven hermoso, de belleza angelical, tranquilamente durmiendo con el pecho descubierto, tan perfectamente pintado que parecia palpitar ; con todo, aquella figura mujeril con ferocidad clavaba un puñal en aquel pecho descubierto, arrancando con su mano pequeña, de dedos lisos, afilados y

sin nudos; bah, una hermosísima y perfecta mano, copia de una hada maldecida por los célos, y con pèrfida audacia arrancaba el corazon del jóven que dormia mientras tanto su sangre se veia brotar que parecia natural. ¡Ah, qué pintura entre claro y oscuro, qué drama misterioso!

Esto observaba cuando Aura poniendo suavemente su mano en mi hombro me dijo.

— Ea, ¿cómo te parece la noche? Mira Apolo como respeta el sueño de Vénus, mira esa mujer celosa como hunde el puñal sin temer á Dios, sin repugnarla el crimen ni la menor señal de compasion á la vista de la agonía de su victima. ¡Cruel! ¿qué crimen es ese?

— Un asesinato cometido por celos.

— Vaya una alma pésima que pintas en la mujer, eso es un demonio; me parece eso inmoral; cierto que es horroroso á más no poder.

— Sin embargo, contestó Aura, la noche encierra estos bárbaros crímenes, ella los protege con sus tinieblas, mas siendo necesario distinguir los objetos, he dado un claro, que es el que despide la lámpara.

— Cierto, Aura, tu cuadro es una obra maestra, pero á mi no me gusta.

— ¿Por qué?

— ¡Oh! ¿Por qué? eso nó, le dije yo.

— Entonces, ¿dejas de ser franca, mi amiga?

— Nó: pero me parece que lo que oculta la noche, una pura mano como la tuya no debe de pintarlo.

— Entonces, ¿hice mal en pintar este cuadro?

— ¿Cuál? dije yo.

— Este; y Aura signó un cuadro grande que contenia un fatal naufragio que se veia apenas porque aparentaba ser una noche de estas negras y terribles,

partiendo las tinieblas rayos. Este cuadro interesante, aunque penosamente, se dejaba ver. ¡Ah! donde la humanidad luchaba con los peligros de un temporal.

— ¡Jesus, Jesus! exclamé, ¿por qué este cuadro tan triste, que al parecer nadie se puede salvar?

— Vamos á mi gabinete y te haré sabedora de cierta historia que me contó mi primo, español, cuando llegó de la guerra de Africa, cuya historia, Càrmen, te atañe, porque aconteció á Mallorquines. A propósito, dime, ¿como se llamaba tu padre? el apellido lo sé; mas no el nombre.

— Pues su nombre era Guillermo; ¿por qué me lo preguntas? dí, porque me conmueve tu pregunta, y me afecta, aunque sea pintada, la vista de este naufragio.

— Pues bien; yo pinté este naufragio despues de la historia que como he dicho me contó mi primo militar, la cual te la contaré á ti, pero antes tú me enterarás del viaje que emprendió tu padre y nunca mas volvió, como me dijistes al principio que te conocí.

— Todo lo que sé te lo contaré, dije yo.

Por último se continuó la revista de aquella espaciosa casa; no tardó Aura en invitarme para que entrase en su retrete. Efectivamente, entré y vi luego la riqueza bien esparcida que habia allí; cuanto capricho puede apetecer mujer elegante allí estaba; las paredes forradas de raso color de rosa, las guarniciones de relevo doradas, el techo formando arcos que se apoyan á unas columnas de marmol de Italia, el suelo alfombrado de tapiz de seda que muy bien se asemejaba á plantas rastreras enlazando bonitas aves; cortinaje blanco adornaba las aberturas pareciendo finas nubes, figuras altas de bronce completaban el gusto mas ele-

gante, mesas de piedra sostenidas por leones de bronce cuyas mesas, cubiertas de los mas preciosos caprichos de esos que tan voluptuosamente traen la seduccion de las elegantes y se acostumbra hacer uso habitual.

Aura como reina de tan bonita habitacion, con majestad se miraba á un enorme espejo colocado en el centro del retrete bajo un pabellon blanco; una colosal culebra con su circulo servia de marco al mismo tiempo que sostenia el espejo donde se veia toda la habitacion en su clara luna.

Aura me signó una butaca para que me sentase, pero yo permanecia en pié y muy pensativa.

— No quieras, mi amiga, oir lo que te he prometido contar, me dijo Aura con elocuencia y con su semblante dulce.

— ¡ Oh, cierto que lo quiero!

— Pues sientate y tú principia, yo tal vez concluiré.

Aquí reinó una pausa que yo interrumpí.

— Ante todo, mi buena amiga, he de tocar un punto lejano para objetivamente coordinar ciertas cosas, esto es, antes de yo salir de la isla de Mallorca, como la variacion de clima hizo tantos estragos á mi natura, me veo precisada á cojer uno de los hilos que vagan por mi mente. Ah, mi amiga, sali de Mallorca con mi corazon mas negro que la noche, y desde aquella época no me entregué al sueño; este socorro que dá algo de tranquilidad en el espiritu, siempre tengo estado como el gallo que parece un vigilante, aunque de noche está alerta, sin embargo de estar enmarañado con las ramas de la parra que le sirve para no perder el equilibrio y desde la cima descubre las plantas y los bichos nocturnos que despejan del verdor las flores. Bah, aunque no soy gallo pero gallina sí, y de esas

que tienen muchos pollitos, los cuales son mis hijitos que siempre me rodean, y mucho me han enredado, y apartado el don sueño de mis ojos, mientras tanto he tenido mas tiempo, aunque insuficiente, por ser muchos mis cuidados ; sin embargo entre ellos he tenido que deliberar sacando algo de esta consecuencia : como madre de familia me he arreglado con la cohesion ; no obstante no creo haber sido victima de la obsecacion ; nada de eso, felizmente en Rio-Janeiro he tenido ocasiones que me han dado la satisfaccion de convencerme que no era ambiciosa ; sí que me he sentido dominada por un deseo, pero como lo he creido licito me tengo rendido por él.

Cabalmente en mi destino ha habido muchas variaciones y he experimentado un poquito de estos inconvenientes que el mundo es el autor, y cosa estraña, siempre tengo observado en mí una formalidad en mi interior cierta igualdad, mi humilde situacion me ha permitido servir, es decir, vender biscochos á los ricos y entonces he podido regalar pan á los pobres y los he tenido por amigos. Tengo andado distancias inmensas, siempre a pié, otras ocasiones al parecer mas felices me tengo colocado al lado de mi esposo en un bonito carruaje tirado por soberbios caballos y ambos hemos sido conducidos á casas de familias puramente por hacer visitas, donde he sido obsequiada con delicadeza, y lejos de ser herida por la menor torpe chispa de vanidad, estos casos buenamente me han recordado los humildes, los tristes, los que he pasado llorando que sin duda han sido mas frecuentes que los que he pasado riendo.

Veo que te estoy incomodando con mis tonterias ; perdona, mi buena amiga ; á medida que me voy

desahogando, voy coordinando lo que tu quieras. ¡Oh! ¿y quién había de decir que tal conversacion tuviese cabida á un tan lindo gabinete que no será mejor el de Aspasia? ¡Ay! amiga mia, no estando yo aqui no verteria los recuerdos que voy ahora brotando.

¡Oh! ¿quién había de decir á mi madre que dia vendria que su única hija dejaria su país natal? Mira, amiga mia, qué opuestas ideas tenia mi madre de las que yo he seguido.

Cuando yo era niña, mi madre me acariciaba mucho y me decia: Càrmen, tú eres el placer de mis ojos, tus travesuras me apartan de mis tristes pensamientos y una alegre sonrisa bienhechora viene á reemplazar mi llanto. ¡Oh, cuanto, qué mucho sentiria yo que tú fueses varon, porque siendo niña, sujeta permanecerás á mi lado, siendo tú muchacho por lo natural seguirias la carrera de tu padre que era piloto, y la mayor parte de la vida la pasarias ausente de tu madre que no tiene otro consuelo mas que el de mirarte, pobre hija de mi alma!

Cierto que estaba yó bien convencida que mi poderoso cariño era capaz de consolar las lágrimas que vertia con razon mi madre, pobre viuda, que ni siquiera un pequeño retrato de su esposo poseia. Un anillo de cabellos tenia, lo pedi, y me lo dió. Cierta dia me atrevi á pedir una esplicacion del misterioso destino de mi padre, y tal como me la refirió mi madre, á ti, mi buena amiga, te lo comunicaré:

« Tu padre, hija mia, tenia la mas azarosa carrera; á los 16 años ya era responsable de un buque mercante, siendo él su capitan, ganó mucha plata, y entonces compró un buque que solo á él pertenecia; era un hombre feliz, y muy jóven pensó en casarse. » Estas

fueron las primeras palabras que con dolor salieron de un corazón ulcerado por la desgracia. Ahora bien continuémos para explicar lo que me decía mi madre :

« En efecto, se casó conmigo, continuando su carrera, y como era muy activo no paraba ; continuamente hacia sus viajes con tan feliz acierto, que gozaba de un resultado magnífico; tenía un corazón noble, amaba sus compañeros de viaje hasta el punto de ganarse las simpatías de toda la tripulación, que siempre se componía de los mismos marineros, dispuestos siempre á respetarlo y amarlo con pasión. El asunto que ahora voy á explicar, es una de las pruebas mas convincentes del formal lazo que los unía á su buen capitán como ellos decían.

« Ahora bien, había en Mallorca, desde que los franceses habían tomado Argel, una fragata morisca que se conocía había escapado de un combate ; así es que aunque nueva, nadie se cuidó de tal fragata y la dejaron abandonada en Puerto Pi ; de manera que poco tiempo después de ella haber fracasado salvando los de á bordo, ellos mismos la dejaron ir á pique. Este descuido fué observado, resultando que desconfiaron de los señores dueños de la pobre fragata, los cuales, eran moros, que bien se conocía por sus trajes que mucho se asemejaban á húsares.

« El principal era un príncipe, moro también, pero majestuoso jóven ; alto, grueso, y que andaba magníficamente vestido ; ignoro como se arreglaria, cierto es, que gastaba lujo ; llevaba elegantemente colgada una espada con empuñadura de oro, y hermosos brillantes marcan estas letras : — LADI'—.

« Este príncipe andaba acompañado de su ayo y un doctor que era su consejero.

« Con evidencia se dejaba ver que aquellos hombres eran guerreros; aunque todos jóvenes, eran feroces, con semblante pensativo, y al mismo tiempo dominador; me estremecía cuando los veía, sin saber por qué motivo. Dios solo sabía el secreto que encerraba aquel misterio, todavía oculto con la mas negra fatalidad.

« La residencia de estos personajes era en Soller, pero no faltaban emisarios que andaban de un puerto para otro, para procurar un buque para ellos embarcarse, pero todo fué escusado, no encontrando buque para ellos; todo patron se negó, supongo que desconfiaban de aquella gente; no obstante la tripulación andaba por las calles de Palma paseando como una comparsa de cherinolos; uos decian que eran vagabundos, otros desconfiaban, diciendo si serian descendientes de ciertos moros que ya habian sido espulsados posteriormente de la gran conquista del rei D. Jaime; y sobre todo, de todas las cosas que decian de los moros nada habia de cierto, palabras ambiguas eso si se decian muchas.

« Cierto es que su permanencia en Mallorca se prolongaba, y que aquellos cosmopolitas de nada carecian, mas bien diré que gastaban el oro como si lo sacasen de un rio.

« El principe tenia palco en el teatro principal, pero pocas veces lo ocupaba; la tripulación hacia esfuerzos para franquearse la confianza del pueblo, así es que algunos de aquellos moros eran doctores y curaban enfermos, de suerte que eran notadas las curas que ellos hacian en favor de los particulares: á veces los encontraban por los montes de Soller procurando yerbas medicinales. No es eso solo; á fuerza de trabajo

abrieron una mina encontrando aguas calientes donde mas tarde sirvieron para tomar baños, porque en aquel punto se formó una casa á propósito para ese objeto.

« Durante sus escavaciones encontraron enterradas antiguas estatuas como las de Pompeya, las cuales fueron regaladas á un propietario de una quinta de aquellas cercanias. Los descubrimientos que hacian los moros dejaban atónitos los hijos del pais que admiraban aquellos campeadores, no obstante, con evidencia se conocia que los moros estaban enterados por via de algun derrotero debido á sus antepasados moradores de la isla, porque no siendo así, ¿cómo era posible penetrar los fondos y descubrir cosas de valor? Por tales antecedentes calculaban, y era natural, probablemente los moros antiguos, que dueños habian sido de la isla de Mallorca, despues vencidos por la guerra que les hicieran los valientes cristianos, esto es, en los momentos del peligro, no olvidando sus riquezas, procuraron á todo trance evitar que los cristianos gozasen de lo que ellos poseian, y por eso se desprendieron de sus ricos objetos enterrándolos.

« Por último, deseoso el pueblo de terminar aquel enigma que encerraba la especie de espionaje que observaban con los moros, fluctuando entre las opiniones hasta que por fin se decidieron por concluir aquel episodio que yá era ridiculo de parte de los moros. Ciertas consecuencias alarmantes pasando de boca á boca, fué la causa que lógicamente nació un desprecio hacia aquellos atrevidos que la voz pública yá decia que habian incendiado uua cabaña, pero que uno de ellos menos ruin habia salvado tres criaturas del incendio, cuya accion no era meritoria porque aquellas victimas

criaturas eran huérfanos por causa de la barbaridad de los moros. Bah, llegó la ocasion de verse aquellos extranjeros horriblemente repudiados por el pueblo, y ellos desesperados porque toda tentativa para embarcarse fué inútil. Como he dicho, todos los patrones se resistieron á este cargo de carne viva.

« En aquella época todavia no habia vapores que hiciesen la travesia desde Barcelona á Mallorca ; todo transporte se hacia por los buques de vela. De manera como fué general la negacion, despreciando los ruegos y grandes promesas de los desesperados moros, entonces ellos con eficacia apelaron al gobierno, resultando que tambien fueron desatendidos. Bah, los moros que vieron un buque que salia del puerto, cuyo patron les habia negado la embarcacion, mas ellos para vengarse atacaron el buque acto continuo de salir. Tal atrevimiento ocasionó que el pueblo irritado de aquellos lobos, levantaron piedras y los apedrearon matando uno de ellos.

« Entonces el gobierno tuvo que apaciguar la lucha de los cristianos con los moros, hasta que por último el consulado tomó por su cuenta estos ultimos. Bah, otro motin se levantó y ese fué horrible, metiéndose las tropas; de esta consecuencia resultó que fueron presos los moros. Interin el consulado no dejaba de hacer diligencias para arreglar del modo mas conveniente las cosas á pesar de ser ya imposible.

« Muchos miedosos intranquilos soñaban que los moros pasaban á fuego la isla.

« Por último, tu abuelo paternal qué era hombre que habia tomado parte en el grave asunto, siendo él marino, pero retirado, muy práctico en la náutica y esperto hombre de mundo. Amaba con locura su hijo

Guillermo con una pasion infatigable, é incitado por la ofuscacion hizo armas contra su hijo, por supuesto insensiblemente. Aquel padre era orgulloso, y queria hacer alarde del valor de su hijo, donde se cifraba todo su amor propio. ¡ Oh ! ; orgullo que siendo tan grande no encontraba limites ! ; Ah, pobre Guillermo, bendita sea su alma !... »

Pues sí, Aura, en este punto una pausa respetada por un silencio triste reinó en la habitacion en que estábamos mi madre y yo ; aquel imponente silencio debido al recuerdo de actos fatales para nosotras, no me atreví á interrumpirlo. ¡ Oh ! cierto, respetaba el silencio, y una feroz curiosidad se apoderó de mi, que me martirizaba cruelmente, no obstante de haber sufrido muchisimo todo el tiempo de haber escuchado la narracion. Aunque estaba revestida de cierto valor para oir aquellos detalles que pertenecian á un grave asunto hijo de la miseria humana, y por último, como siempre hemos pensado que mi padre fué victima de una desgracia precoz, hija de aquellas circunstancias, fatales sí, y que sobre todo, y á pesar nuestro habian llegado á su predefinicion.

Bah, mi buena amiga, sigamos el discurso hecho por mi madre y oido por mis oidos. ¡ Ah ! ; qué cosa tan estraña ! Has de creer Aura, que en la ocasion que la boca de mi madre ventilaba tan sério asunto, yo temblaba de frio, y tanto me habia acercado en el fuego que ardia en la chimenea, que me quemé sin lastimarme. ¿ Sabes por qué ? porque todas mis sensaciones las embargaba un espiritu, cosa sobrenatural.

— No te pares, Cármen, continúa, me dijo Aura en vista de mi interrupcion.

« Pues sí, una tarde del mes de Febrero, que tu pa-

dre me habia invitado para dar un paseo por la campiña y despues cansados nos retirábamos en casa con pasos acompasados, al entrar en la antesala vi á tu abuelo paternal que fumaba sentado en un sofá.

« ¡Ah! ¿què novedad traerá tu padre? dije; siempre que él viene aquí es para armar nuevos negocios, vamos á ver cual será este; de manera, que cuando eso decia avanzaba para tu abuelo á fin de estrecharle la mano.

« Efectivamente, despues de las atenciones debidas á la politica, mi suegro tomó cierta gravedad de tono, que yo desde luego temi que no fuese su asunto demasiado formal, y dominada de curiosidad tomé una silla y me senté entre padre y hijo. ¡Ah! pronto quedé admirada del despejamiento de mi suegro.

—«Guillermo, dijo, convencido de tu valor he pensado que ahora que tienes una ocasion la has de aprovechar; y esto haciendo, no dudes que te luzirás en la sociedad, porque mañana irás á emprender un viaje que todos le temen porque dicen es arriesgarse; mas tú eres valiente, y vencerás los temores. ¿Es verdad, hijo mio, que tú nunca has parado la atencion en dificultades?

—«Efectivamente, padre mio, el caracter marino es de valiente por la naturalidad y el costumbre de tener su vida entre el peligro, mira placentero todos los temporales.

—«Sí, sí hijo, eso es, lo que te ofrezco es un temporal... porque tal vez tendrás... mas de todos modos son hombres desgraciados... y tú, mi hijo, puedes sacarlos de los apuros en que se ven acosados.

—« Mas ¿de qué se trata, padre mio?

—« Te lo diré: quiero que tú, hijo mio, embarques

en tu buque los moros, y los traslades á Túnez ; esta es la única manera de modificar. Este acto generoso de tu parte será el colmo de mi orgullo, porque veo una garantia por tu porvenir. Tu valor dejará á la patria un recuerdo indeleble el mas digno de elogio, por la poderosa razon de haber valerosamente ejecutado el acto que los otros han encontrado imposible, y sin embargo son unos cobardes ; no siendo así no tendrian tal desapercibimiento con esos pobres extranjeros que están fuera de su patria y tienen su buque en el fondo del mar.

« Este relato, Cármen, hija mia, que salió de la boca de tu abuelo, fué un dardo caido en mi corazon ; ¡ ay de mi humilde situacion, víctima de aquel hombre lleno de orgullo, prescindiendo de razones, dominado enteramente !...

« Una pausa prolongada reinó, mas llegó el crítico momento de ser interrumpida ; la fatalidad habia tomado su decision, á pesar de parecerme que tu padre luchaba con sus pensamientos. ¡ Ah ! cierto que fluctuando estaria entre el apretado deber de esposo cariñoso y de hijo obediente. ¡ Ah ! por último, yo que conocia el fondo de tu padre sentía los impulsos de aquel corazon mas noble que tierno.

— « ¡ Ah, Guillermo, mi buen esposo, nó, no te vayas con esos lobos ! ; ojalá mi amor te detenga !

— « Entonces será un cobarde, dijo su padre.

« ; Oh ! nó, nunca sufrirá un marino palabras dichas con osado sarcasmo en contra de su valentia. Así es, que despues de un grave silencio tomó la palabra tu padre, que con su voz firme dijo á tu abuelo :

— « Padre mio, soy hijo de vuestro valor, comprendo vuestro orgullo, mas permitidme haceros va-

rias reflexiones. Vós sabeis que estos moros son sospechosos ; dejaron ir á fondo su buque que era una enorme fragata con bandera inglesa ; vós no ignorais que los moros carecen de buques, pues ellos se apropiaron de uno muy grande que los desacredita porque lo juzgan robado, yá por el abandono en que lo dejaron, y sobre todo por muchas razones. ¡ Ah ! ¿ serán piratas ?

— « Nô, hijo, no digas eso, ellos son protegidos por el consulado, y haces mal en abrigar semejante sospecha.

— « ¿ Y por qué hay algunos que estan presos ?

— « Porque mataron para defenderse. Ladi que está libre, y que es un grande hombre de honor, está avergonzado de todo lo que acontece. Pues bien, embárcalo tú, y tambien á los demás, y desembarazas la isla de muchos pícaros.

— « ¡ Oh, padre mio ! mejor sería para mí un cargamento de pólvora, estos hombres son del Diablo.

— « Si les temes, Guillermo, llévalos como prisioneros.

— « ¡ Oh ! no consiento á llevarlos como enemigos ; únicamente á bordo admito pasajeros.

— « ¡ Bah ! harás lo que tu quieras, con tal que los embarques, dijo su padre, y con orgullo continuó : de todos modos, tú por valiente llevas la palma de buen marino. Ay, hija mia, nunca jamás olvidaré el agudo dolor que se apoderó de mí cuando mi suegro habló con la altivez rebosada del orgullo.

« ¡ Ah, pobre padre tuyo ! hija mia, has de saber que él era tan valiente, y, en aquella ocasion me inspiró compasion cuando lo ví cabisbajo, humilde, mientras tanto su padre triunfaba del mayor orgullo.

« Por último, tres dias despues vino á casa el príncipe moro con una flor de lis en la mano, y con la mayor galantería me la regaló. Serian las 5 de la tarde, y á las 9 de la noche zarpó del puerto la nave, despues de haber recibido á bordo sus pasajeros moros, los cuales se embarcaron á la vista del pueblo. Como estaba anunciada en el periódico su salida para Túnez, el puerto de Palma estaba lleno de curiosos observando aquel embarque de tropa mora.

« La despedida de tu padre fué tan triste, que no la puedo recordar. ¡Oh! ¿Cómo no serlo? ¡Pobre Guillermo, á la flor de su juventud, dejó la tierra para siempre! ¡Su dulce y postrer adios, dejó tan fúnebre éco en mi corazon, como si fuese un gemido exhalado de su alma dolorida.....! »

¡Ah, pobre madre mia! viuda desde siete meses antes de yo nacer, ¡cuánto ha sufrido desde aquella época que mi padre se fué llevándose en su buque los moros! Desde aquel dia fatal, mi madre es viuda.

Efectivamente, hay lances tan tristes en la vida, sobre todo en la mia, época fatal cubierta de luto. Mi infancia fué como la planta que crece en el cementerio.

— Es verdad, Cármen, dijo Aura, la historia que has contado es muy triste; sin embargo, no la has concluido.

— Todas las circunstancias que han mediado despues, fortuitamente han negado lo que hay de positivo en el desenlace. Sin embargo el valor y la bondad de mi padre dió cabida á lo que sucedió.

VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

CAPITULO III.

La fatalidad se descubre.

Aura mandó traer el cuadro que contenía el naufragio y poniéndolo á mi vista dijo :

— Mira, mira Cármen. ¿ Vés ?

-- ¡ Vaya si veo ! ¡ Qué cuadro tan desgarrador ! Este buque está en un infierno, el mar está bravo y la noche tan fea, y los de á bordo están armados luchando, ¡ oh ! ya te he dicho que este cuadro me estremece, y.....

— Y en él se vé el desenlace de lo que tu has contado sin concluir, y que ahora yo tomaré por mi cuenta.

— ¿ Cómo tú sabes ?

— Sé mucho, Cármen, este cuadro es una cópia de mi capricho y que creo la pinté con arreglo á lo que me contó mi primo.

Entonces Aura tomó el hilo por su cuenta diciendo así :

— Cármen, tu valiente padre fué victima de una traicion ; los moros le hundieron el puñal en el pecho, mientras tanto el buque se sumergia entre olas espantosas, porque el mar estaba bravo por estar á su punto mas tempestuoso. Perdona, amiga mia el dolor que te causaré, mas yo no quiero callar, antes bien debo descubrir un secreto que mucho mérito hace en el autor de tu existencia, y tú puedes consagrar nuevas lágrimas á su triste fin.

Pues sí, cuando los españoles entraron á Tetuan en el año 1860, en la primera ocasion oportuna se presentó un hombre vestido como de campesino á la presencia del general Prim, se inclinó con humildad y le pidió proteccion diciendo que era español.

— ¿ Y cómo es que Vd. está en esta tierra ? le dijo resueltamente el general.

— Señor, si estoy en Africa es bastante á pesar mio, y con todo, mi permanencia aqui emana de años atrás.

— ¿ Y cómo es eso ?

— Señor, lo que se encuentra en mi camino es una historia muy triste, y no obstante deseo hacer á V. E. sabedor.

Siendo dia de descanso para el general, y siendo él tan bueno, rico y lleno de sentimientos, porque los ajenos los abriga, y siempre dispuesto á derramar consuelos de su raudal generoso, gozando felizmente de libertad se sentó, y deseoso de prestar auxilio á su patricio, que pesaroso se demostraba, le dijo con tono de consuelo :

— ¿ Cómo es su nombre, mi patricio ?

— Juan Bauza.

— Pues habla, que te escucho.

— Pues, señor, yá que V. E. lo manda, obedeceré con satisfaccion, teniendo en cuenta no abusar de tanta complacencia; de consiguiente, contaré mi historia con toda la brevedad posible.

Narracion de un marinero mallorquin.

« Siendo yo marinero de 18 años de edad, felizmente dispensado de toda maniobra, motivándolo el hacer mis servicios á popa, y cierto aprecio que me tenia mi patron que era un jóven muy bueno, de bella presencia y muy moreno, con ojos penetrantes, su nombre era Guillermo Oliver, y su patria era la isla de Mallorca. Su buque era una polacragoleta llamada *Cdrmen*, su porte eran 150 toneladas, era nueva y de bonita construccion y lindamente aparejada. El cargamento eran pipas, unas de vino, otras de aceite, todas con la marca del patron, siendo todo lo que ante dicho tengo, de su propiedad.

« Pues bien, salimos del puerto de Palma con un sin número de pasajeros que eran todos moros; á los tres dias de navegacion con vientos frescos, é infelizmente andaba la proa luchando con el viento porque le daba por las narices.

« Bah, indicios eran esos que el buque se aproximaba gradualmente al temporal que bramaba como el bramido del leon enfurecido y amenazador.

« No tardó en llegar la noche funesta, horriblemente oscura, cuando nos cayó encima la mas espantosa tempestad, desplegada por todos lados, cielo, mar y viento, todo enfurecido, terribles enemigos sin contar los que estaban á bordo. Peligros evidentes nos amenazaban mientras el trueno imponia; lenguas de fuego salian de las encadenadas nubes, partian las tinieblas y daban á las vergas de la nave, el color del fuego; horrible fatalidad que me hacia ver el buque entre un vesubio.

« Cierto que me horrorizé cuando á la claridad infernal ví perfectamente cuatro moros de los de popa que estaban observando el timonel. No sé por qué presentimiento, en aquel momento me atormentó la idea de que aquello era preliminares de una traicion, y me estremecí. ¡ Oh, si yo temia á los moros y nó á la tempestad! ¡ desconfiaba de sus intenciones y las ignoraba! y cuando pensé que ellos eran en mayor número que los cristianos, la rábía me dominó, y si en mi mano hubiera estado, los hubiera esterminado á todos, malditos perros; bah, con la mayor ligereza posible el patron habia mandado preparar el buque, de suerte dispuesto estaba para resistir á tan revoltosos azotes que el viento rebelde y el mar enfurecido, daban de sope-ton en el buque, siendo yá continua la tormenta el agua entraba á bordo estando todos llenos de espuma, mientras tanto el buque luchaba valerosamente. Pero ¡ ah! un crugido fúnebre que fatalmente se dejó oír, al mismo tiempo que un relámpago claro nos dejaba ver aquellas costas tan peligrosas como bonitas en otra ocasion, mas el mar levantaba tanto el buque fácil era lanzarlo en las rocas, mas él luchaba con el liquido abismo rodeado de altos peñascos.

« Bah, en vista de eso, el patron con toda la maestría náutica esforzó el buque á pesar del viento asolador, é hizo que dase bordada á fin de sacarlo de tal peligro, y darle agua y libertad para defenderse, porque tan cerca de las rocas era cierto un naufragio. Duro era el buque y sin embargo probable era el que se estrellase en los peñascos. La tempestad habia doblado los inconvenientes para poder salvar el buque; estaba enteramente dominado por las olas, no obstante la mano firme y marinera habia pasado en el timon, y el buque seguia la salvadora direccion del hábil piloto; era el patron que en tan inminente peligro detenia su amado buque para que no sumergiese. Entonces ví, merced de la luz amarillenta de las farolas de popa, que Ladi se acercó á mi patron, y en idioma francés le dijo:

—«Es preciso efectuar la arribada á uno de esos puntos.

« Mas el patron contestó, que era enteramente imposible; el mar estaba espantoso de cierta manera inddecible.

« Ladi insistia en su deseo y el patron en salvar el buque; bah, único remedio era el aguantar el temporal en alta mar, como habia dicho el patron, y que nunca el marino ha de dejar su buque estando en peligro; efectuando la arribada estando como estaba el mar en suma exaltacion de bravura era estrellarlo. Y en resumidas cuentas no se acoquinaba mi patron por los temporales.

« Ladi que estaba á popa inmóbil, observando el rumbo, hizo una seña, á la cual los moros muy ligeros, fueron á apagar las farolas de bordo, quedándonos enteramente á oscuras. Bah, los moros estaban acordes

porque á esa señal convenida se prepararon para obligar al patron, siendo eso lo mas difícil. Mas como él era mas vivo que una centella, luego conoció la traicion de los pasajeros. Entonces el asunto tomó el caracter mas alarmante que se puede.

« Con voz clara y firme, gritó el patron ; su alta voz dominó el barullo tempestuoso cuando dijo :

— « ¡ Antonio, Juan, Francisco, alerta ! alerta hijos míos !

« Ay, señor, otra voz que parecia salir del infierno y que no era otra que la del mayor demonio Ladi, gritó confundiendo su voz con un prolongado trueno :

— « ¡ Archipámpano y cuchillo á la mano, compañeros !

« Estas déspotas palabras cierto fueron de ataque.

« Entonces el patron convencido de la horrible traicion dijo :

— « ¡ Valientes cristianos ! ¡ avante y abajo los moros !

« El timbre de voz vibrante que sonaba en las tristes tinieblas era del patron que timoneaba en tan supremo momento. ¡ Ah ! resonó en mi oido como si fuese la voz del ángel salvador, pero era tarde para librarnos de Luzbel y sus diablos.

« Las llamas que despedian los negros nubarrones fatalmente dejaron ver el espectáculo siguiente :

« Acto continuo de babor á estribor ví cruzar á los tunantes moros luciendo en sus manos las cuchillas. Súbitamente se entabló una terrible pelea sangrienta, tomando parte desde el primero hasta el último. Fatalmente se perdió el gobierno de bordo ; las olas con fuerza entraron lavando la sangre vertida de los muertos y los heridos ; el acto fué rápido como un rayo. ¡ Todo habia terminado ! ¡ Dios mio ! ¡ Horrible espec-

táculo presenciado únicamente por la claridad de los relámpagos! Yo, cobarde, me escapé; gracias á mi cobardía hija del miedo, fui el único que se salvó.

« Pues sí, señor, en un santiamén dieron cabo los valientes á su brava pelea; ya lo creo, nadie mejor para obrar con ligereza y manejar una cuchilla que un marinero, y como todos, cristianos y moros lo eran, no se prolongó nada una grande matanza, que por último, nadie fué vencedor. Sin embargo, si no es disparate diré que el mar venció, porque todo lo sumergió en su abismo.

« Yo estaba en la bodega y conocí cuando el buque se iba á fondo, y sin mas remedio que el procurar salvarme, me eché con los brazos estendidos en aquellas encrespadas olas, y merced de la claridad de los rayos me dirigí linea recta á las rocas, y por cierto milagro debido á mi patrona la Virgen del Cármen, cuyo escapulario todavía llevo, alcancé los peñascos que besé y abrazado permanecí con una fria roca.

« Abandonado por mi espiritu permanecia como un conejo herido por los dientes del perro, y temblaba de frio; allí pasé la noche; no tardó al amanecer por supuesto estendí mis ojos por el horizonte y tristemente miraba como un desesperado el mar; nada del buque ví, ni una tabla siquiera. ¿Qué habia de hacer? Esperar como todo desgraciado que la Providencia toma por su cuenta, y como es mas compasiva que los hombres, los que se entregan á ella, les protege como una madre.

« Efectivamente, dos dias habia que como amarrado á las rocas estaba; el mar mucho se habia calmado, sin embargo estaba agitado. Vi una especie de canoa que parecia una ligera balanza suspendida por una

mano trémula, y con todo vagaba por las azuladas aguas; esperé que se acercase á las rocas por que vi que esta era su direccion; eran pescadores y estaban dados á los diablos por su mala suerte que les habia negado la pesca; me junté con ellos á pesar del brusco recibimiento que me hicieron, pero yó que tenia en cuenta que los necesitaba los seguí hasta llegar á la falda de un monte no apartado de la orilla del mar donde habia una pobre choza; sin invitarme para entrar los bruscos pescadores que eran africanos, entraron en ella dejándome casi llorando, mas les pedí hospitalidad y me la dieron. La necesidad es atrevida, y en aquel momento me dominó, y en efecto, entré en la choza procurando acomodarme, y luego me dormí, conservando el sueño once horas; al despertarme fui en procura de frutas silvestres para humedecer mi boca que ardia como el volcan; me incomodaba la hambre, no habiendo comido desde el dia antes de la rebeza de las mareas que fué antes del temporal.

« ¡ Ah! entonces de nuevo recordé el naufragio, los tristes y lastimosos lamentos exhalados por los heridos en sus postreras horas y confundidos por los bramidos del mar. ¡ Desgraciados mis compañeros, todavía mas que yo, porque ellos perdieron la vida y yo existia para compadecerlos con toda mi alma! No podia darme idea de la rapidez de tantas desgracias á un tiempo; lo que mas me admiraba era cómo se habia ido á fondo el buque sin dejar la menor señal; esto es que tan luego que le faltó su mano salvadora, siendo ella la de su patron, estando él muerto, como por via de encanto su buque que poco tiempo habia que estaba construido por él, acto continuo de el patron concluir su existencia, su buque le sirvió de ataud, y ambos

fueron sepultados en los fondos del mar. Estos acontecimientos me habian tenido preso en un embaucamiento completo, y tambien me afectaba la pobreza de los infelizes pescadores, únicos que me podian dar una miserable hospitalidad. Cuando ya estaba convencido de que no entendian la compasion cuando yo me creía digno de inspirarla, sin embargo, cuando me vi algo despejado, me procuré la vida. Por de pronto me interné en el bosque; entonces, como el pájaro, procuraba los árboles en busca de las frutas, pero las pocas que ví eran verdes como la borraja; seguí una senda andando. Andando adelante, por tierra desconocida, mas siendo un triste bosque, por fin ví un claro y miré y ví que estaba cerca del mar; de consiguiente no me habia alejado de la choza de los pescadores; como he dicho, me encontraba en las riberas del mar al pié del monte alto cuya cumbre parecia tocar el cielo. Imponente lugar y mas por estar el sol oculto, reinaba una suave claridad semejante al crepúsculo. Por último, ví una águila que volaba, pero á poca distancia de la tierra; observaba yo, cuando descubrí un cadáver, sin duda arrojado por el mar; luego pensé: ¡ah! si será alguno de mis compañeros víctima del naufragio? luego me convencí que nó, porque el cadáver era de una mujer. »



VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

CAPITULO IV.

Continuacion del capítulo anterior.

El asunto que nos tiene ahora ocupadas, que fué espresado por el mallorquin en la barraca de campaña del ilustre general Prim, estando junto con sus edecanes, y mas dos compañeros del mismo acampamento; de suerte, mi amiga, bendigo la casualidad que permitió que uno de los dos gefes que estaba en la barraca escuchando con bastante interés ese circunloquio, cuatro meses despues, circunstanciadamente me decia á mi lo que antedicho tengo.

Ya véis, Cármen, mi primo por medio de una casualidad, fué sabedor de un caso muy triste, pero poético, como la aurora anuncio de un dia, aunque este fué dia fatal; por cierto que es de muerte la noticia, mas sin embargo, tú ignorabas el final que tuvo este drama en que representa lógicamente el vivo y el muerto.

— Por Dios, Aura, dije yo á mi amiga, no te pares, sigue.

— Mas el resto que falta, dijo Aura, para concluir la narracion del marinero, ya no se refiere mas á tu padre.

¡ Ah, lectora mia ! no veo preciso buscar frases para explicar la sensacion que senti á pesar de haberme faltado el amor paternal ; yo que nunca le conoci, no puedo estar prevenida de este cariño. Mas ¿ quién no le busca tarde ó temprano ? Como apoyo necesario para ayudar á la vida, ¿ quién es que no gusta de sus consuelos cuando el corazon llora ? bah, en aquella ocasion despertose cierta impresion ó sensacion dolorosa irresistible, llena de sentimientos á cual mas vehemente. Entonces me quedé muda de terror, mas despues de haber vertido aquellas lágrimas que tanto se atropellaron para atestiguar de que yo era en realidad hija del patron que tan triste malandanza lo habia absorbido en el abismo de agua.

¡ Ay ! despues de haber sido fatalmente victima de asesinos, ¡ oh ! noble alma que solo abrigaba generosidad y justicia, y partió con la satisfaccion del gusto de hacer bien, como le habia dicho su padre, haciéndole ver que llevando á los moros desembarazaba la pátria de aquellos pícaros, cuando ya se habian demostrado rebeldes enemigos del pueblo cristiano, y el gobierno se consideró obligado á negarles la hospitalidad despues de haberlos tenido en la isla tanto tiempo.

Como decia, despues de un corto rato de desahogo debido á mis acerbas lágrimas, en honor de la memoria del autor de mi existencia, Aura continuó así :

— Cármen, no llores, escucha la parte mas poética de la narracion del marinero, eso te distrahirá.

« Pues sí, á la vista del cadáver, como dije, que era de mujer, pero jóven, hermosa y que el mar ni en la menor cosa habia desfigurado aquella beldad, porque al darle la muerte fué para estampar en ella la imágen del ángel de cera representando el amor y la desgracia; ¡ bella criatura ! ; qué espectáculo tan humilde en el desierto ! beldad sin vida, arrojada del mar, lanzada á los piés del monte, y cerca de ella la águila volaba.

« Aquella jóven estaba lindamente cubierta por una especie de gramalla de seda de color verde, la observé bien, la miré con primor, y vi en su hermosísimo cuello una cruz radiante de brillantes, colgadita de una cadenita de oro ; aquella insignia era la evidencia de que era la jóven cristiana. Una áncora arrojada de la mar estaba á sns piés sujetando su larga bata, como he dicho, especie de gramalla bordada, ciñendo su fina cintura un cordón dorado ; honesta y encantadora figura ! Herido mi corazon á la vista de la hermosura desgraciada, y sin saber que hacer por tan humilde criatura, que al parecer habia muerto con el nombre de Dios en los labios.

« No permitiéndome mi conciencia dejarla de aquella manera espuesta á ser maltratada por las águilas, murciélagos ó vampiros, porque es verdad ; aquella beldad, figura poética que parecia dormir, me inspiraba compasion y dolor.

« Por último me decidí para dar sepultura al cadáver, y con la áncora que tenia á los piés, aunque muy pesada, me puse á cavar, consiguiendo, como por milagro, hacer un hoyo con suficiente profundidad para dar sepultura á aquella real moza cadáver yá. Mas antes de colocar la Vénus en la sepultura, movido por un acto religioso, me arrodillé y rezé con devo-

cion, creyendo rezar á una santa, porque la encantadora posicion que habia dado la muerte á tan preciosa mujer, con evidencia era de una santa.

« De dos ramas que arranqué del tronco de un azufaifo, hice una cruz y la coloqué á la cabecera de la sepultura, la besé y me fui.

« Andaba como el judío errante ; sin un pensamiento fijo me abandoné á la casualidad, pobre peregrino, sin saber donde parar, ni siquiera pensé en la choza de los pescadores. Como estaba enteramente exhausto, pobre barca sin timon, y con todo andando, y eso que era de paso redoblado, y dando tropiezos, hasta que por último, despues del poético crepúsculo cerró el dia. Entonces entró la noche oscura, sin luna ni estrellas.

« Nada mas frio que verse de noche en el campo raso, tan pobre como una rata, sin poder siquiera esperar ; la confianza mitiga algo del desespero, pero yo no la tenia, ni siquiera para encontrar una cabaña para pedir un socorro. Lo que ví fué un cubil, con una enorme fiera dormida. ¡Ah! entre mis tristes reflexiones me pareció ver muy lejos una claridad semejante á una estrella ; efectivamente, fué un fanal, y luego tomé la direccion á él. ¡Cuánto me alegré cuando ví que era la farola de una torre! Acerqueme á aquel edificio con intencion de pedir hospitalidad, pero como era yo demasiado torpe, viéndome cortado y avergonzado por mi estado indecente, y á mas sin zapatos ni sombrero, ¿cómo me habia de atrever á pedir cobijo en un castillo? Cierto que me hubieran echado á palos creyéndome loco.

« Acerqueme á los muros de la fortaleza y me acomodé en un rincon resignado á pasar allí la noche, sin-

tiendo desde pronto, frio, hambre y dolor. Encontré la noche tan prolongada, que me pareció que no habia de tener fin ; mas ví rayar el alba poeta, y como yo tenía los ojos fijos á una puerta de los muros del castillo, ví que se habria dando paso á una mujer alta y esbelta ; un antifaz la cubria.

« Cuando la ví luego á ella me acerqué, pero un nudo se puso en mi garganta y me impidió hablar ; mas la mujer adivinó mi pobreza en vista de mi rotura, porque, como he dicho, ni mi camisa ni mi pantalon tenían nombre de traje ; eran trapos ; asi es, que aquella mujer me dió una limósna, siendo ella una moneda de oro.

« Como he dicho, pasé la noche como un soldado desarmado y rendido por el frio, pero por castigo puesto de centinela al pié de la fortaleza ; pero como debia á la poética aurora una limosna, me sentia mas aliviado, y tomando un camino seguí y encontré un pastor que guardaba su rebaño. Acercándome á él le dije :

— « Por favor hermano, decidme, ¿ qué tierra es esa?

« Los ojos de aquel estúpido se abrieron desmesuradamente tomando el grandor atroz como de la boca del leon y así me miraba pareciendo quererme tragar, mas no podia yo consentir que aquel hombre fuese tan bestia. ¿ Tal vez no me entendia? ¿ Eh ? mas yo que soy muy torpe, y con todo entiendo perfectamente el idioma universal, esto es, el que los niños y hasta los animales entienden, porque es natural, indicando con propias señas, bah, ví que era escusado perder tiempo, y continué mi marcha caminando sin adelantar nada absolutamente ; por último, llegó la noche, y acordándome de la fortaleza, única cosa que me habia prestado

su apoyo, allí fui para arrimarme. Nunca en mi vida he sentido un deseo tan vehemente como el que experimenté aquella noche esperando que amaneciese y pensando en la dama misteriosa; llovía, mi cuerpo estaba mojado y mi alma ardía, mas yo lo que sentía era, que probablemente la lluvia impediría el paseo matinal á la dama; por último llegó lo que tanto anhelaba, cuando se abrió la puerta apareciendo la mujer, mas infelizmente, no fué la que yo deseaba, que solamente con su majestuoso andar á mi me habria consolado. No fué; aquella era otra bajita y vieja como el Diablo, de manera que me pareció una mensajera por el modo que se acercó á mi diciendo:

— « Imbécil, ayer mi señorita ¿no te dió una onza para que te arreglases una camisa y un calzon? anda, bruto, ¿no ves que es una verguenza verte así descamisado y sin verguenza, y no obstante te atreves á rondar este alto castillo?

— « Por Dios, dije yo casi llorando por el ultraje hecho á mi pobreza. Vd. señora, ¿no vé soy un desgraciado bastante á pesar mio? yo no tengo la culpa. . . .

« Aquella vieja ni siquiera me dió tiempo para mas; se fué envalentonada y gruñendo cerró la puerta. ¡Ay! la desgracia me habia dejado con pobreza, pero no me quitó el amor propio, y al verlo ultrajado en el estado infeliz en que me hallaba, mi corazón se desgarró. ¡Ah! lloré, junté mis manos alzando los ojos bajo un cielo compasivo, dije con el alma: ¡Dios mio, vuestra clemencia tendrá piedad de mí, ya que la desgracia me toma por modelo! y esto diciendo me cubrí el rostro con las manos.

« Creo haber dicho que las olas del mar y puntas de las rocas me habian hecho girones mi blusa de mari-

nero, de tela de lana color azul, como tambien mi pantalon de paño, mis calzoncillos blancos y mi camisa, ese poco que llevaba mi cuerpo en la ocasion que me salvé del naufragio. Verdad es que infelizmente me encontraba casi desnudo. ¡Válgame Dios! ¡cuánto sufrí físicamente y moralmente al verme de aquel modo! no obstante el estado presente no me hacia olvidar el pasado; y el futuro, ¿acaso era posible pensar en él cuando tenia la certeza de no verlo? Mi gravedad no consentia engañarme en conservar la menor esperanza, cuando solo la muerte era la única abreviacion de aquella vida cuya existencia dependia del milagro. ¡Ay, infeliz del mortal que se vé como yo me vi horriblemente acosado y en estrecho circulo formado por poderosos adversarios! ¡Cuántas cosas desgarradoras pasan por aquella mente ansiosa! ¡Oh! son muchas, y eso en el crítico momento que se vé acibarada la vida, habiendo llegado el misterio este secreto que se descubre con la mayor formalidad, y que no se piensa durante la felicidad; sin embargo, la atmósfera que nos rodea contiene una nube negra como el luto, y espera como el secreto, y trae la mujer dueña de nuestra vida y que la tenemos olvidada por motivo del horror que causa su recuerdo. Algunos pintores han bosquejado la figura con rostro feo como el pecado mortal. Se juzga que sus modales son fatales; nos está siempre cerca y nos sigue en todas partes; bah, cuando le dá la gana, ó por mejor decir, cuando el que sobre todo es Poderoso, que domina desde muy arriba manda á la mensajera que nos coja, ¡ah! entonces caen como el plomo los brazos de aquella mujer, que son descarnados y puntiagudos, frios como la muerte, nos enlaza sin cariño; su contacto causa espanto, su aliento exhala

veneno. Abismados permanecemos en pensamientos que no se pueden espresar, y si salimos de aquel apurado estado que nos causa aquella aparicion sobrenatural, advirtiendo, si acaso, la tal vision fantástica desapareca de nuestra mente; nos creemos salvados por el milagro; ha desaparecido el inminente peligro, y sin embargo suspiramos del horror; y no salimos del miedo eobarde que nos causó el tiempo trascurrido en la aparicion; aunque la creemos semi-fantástica, ¡oh!; no es así! demasiado imponente, y el susto que causa atestigua que es cierta, bien positiva; deja las faltas por los continuos estragos que ella hace, y por eso nos repugna cuando sentimos las neviosas caricias de aquella mujer, hacemos esfuerzos para desprendernos de ella, antigua figura que es de esqueleto.

« ¡ Ah! ¿Por qué tanto horror nos inspira solo su recuerdo, cuando no ignoramos que ella es nuestra madre sempiternamente? ¡ Ah! madre cruel que esconde sus hijos en su lúgubre seno, mas misterioso aquel abismo. Mas, el infeliz que tal escena presencia, ¿puede dudár del poder inmenso del único que es Todo-Poderoso, habiendo él presenciado el mas sério acto en donde se vé reinar con majestad la convicción del poder? Viendo eclipsar el fenómeno calavérico que trae la agonía, por otra vision brillante y celeste, que por su hermosura anima la vida. Desdichado del ser humano que permanece soso, insulso, no siente la fé, y obcecado por el calor del orgullo no cree en la grandeza y superioridad de Dios.

« Con arreglo á lo dicho, viene la casualidad, no digo la que pone de continuo movimiento el mundo entero: no se hace caso de esa; la única que se menciona es la mas extraordinaria que cae como la tem-

pestad, causando terremotos, esplosiones fatales. ¿Y de donde proviene tal desgracia? cierto, de la casualidad que tambien encierra su misterio: no puede negarse que ella trae los inconvenientes é impidiendo que los hombres consigan su deseo. Asi es, cuando creen las cosas fáciles, súbitamente se ponen obstáculos, ya nada alcanzan de lo que apetecen, porque las casualidades despedidas del secreto han sido contra el plan formado por la astucia y cálculo del hombre haciendo lo que él quiera imposible. Armas y todo lo demás no puede combatir, ni siquiera eso se piensa; sin embargo, uno se vé sujetado por la fuerza superior está misteriosa es la desgracia traída por la casualidad, y muchas son las hijas que tiene la primera, siendo mensajeras de muchas cosas, pero las que ahora se trata forman total de suma desgracia irremediable.

« Todo lo que pasa por el soplo de la vida es de gravedad; la nube del misterio ya ha desplegado la desgracia mayor, entonces la víctima sujeta y presa sufre; pero ¿de qué modo? agitado su corazón por la sensacion que le causa el padecer; mas el buen cristiano que sostiene la pureza de la fé, se resigna antes de desesperarse por grandes que sean los golpes venidos por la desgracia; aunque su espíritu se debilite porque le han herido el corazón y vierte su sangre y mientras sufre agudos dolores, espera como el mártir, y con el alma viva ruega en el poder misterioso que derrame el bálsamo de la esperanza, dulce socorro que sin duda viene del Todo-Poderoso, Autor supremo, que dá facultades á las desgracias como igualmente á las felicidades, en una palabra, todo lo grande está autorizado por el Poderoso Gobernador,

único inmortal, que permanece oculto, mientras tanto todo obedece á su voluntad.

« Algunas horas pasarian desde que yo oraba con fervor, sin poderme dar idea de lo que pasaba, cuando se abrió por segunda vez la puerta, me pareció un encanto, cuando vi que aparecia la dama del antifaz. ¡Qué buena moza! ¡Qué garbo, Jesus! estaba destinado que la habia de querer. No sé como no me arrodillé, porque bien lo merecía; con todo, esperé; aquella majestuosa mujer avanzó hacia mí, y entonces me echó un pañuelo; yo que acto continuo coji y vi que estaba con un nudo conteniendo otra onza y mas un billete que contenia estas palabras:

« Vete, toma la direccion por la derecha, y no pares
« hasta encontrar una aldea donde hay tiendas; com-
« pra un traje de campesino y vuelve. »

« El billete estaba escrito en francés, mas yo lo entendí perfectamente gracias á varias lecciones que debia á mi patron que tanto me queria, porque desde niño navegaba con él. »



VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

CAPITULO V.

La vuelta.

— ¿Por qué te paras Aura? dije yo á mi amiga cuando observé que se detenía.

— ¿Te figuras, Cármen, que el narrador mallorquin, al contar todo eso no hiciese sus pausas? Pues bien, en memoria suya hago yo esta. Y al decir estas palabras, Aura se levantó, se acercó á una mesa, abrió un cajon que estaba encima, que era muy bonito, obra de la China, trabajo primoroso y todo de sándalo, sacó unos confites, me dió algunos y ella comió los otros, y entonces continuó así :

« Efectivamente, al pié de la letra segui lo que me mandaba mi protectora desconocida ; de suerte que á la vuelta encontrándome animado gracias á mi nuevo traje decente, me acerqué á mi sitio amoroso. Entre ida y vuelta habia perdido dia y medio. Era de noche, mas llegó el dia ; cuando amaneció mis ojos estaban fijos en la puerta, mas ella no se habria, y el tiempo

pasaba y ella siempre cerrada. El sol caliente daba sus rayos en aquel castillo, que yo todavía no había observado, mas como ya estaba con interés, entonces observé con la mayor atención porque deseaba saber lo que encerraba en su seno aquel edificio de forma circular.

« No me atrevía á abandonar mi sitio, pero la impaciencia lo exigía. Mientras las horas pasaban me formaba mil ideas á respecto de la dama misteriosa ; por ella estaba yo allí. ¿No obedecía yo sus órdenes? mas ¿por qué no venía? ¿quién la detenía? ¿sería aquella mujer tan caritativa, esclava de algun sultan? Bah, tantas cosas pensé, que me trastorné mi cabeza, y en vista de que no aparecía mi dama, me dirigí á las puertas del castillo y pedí para entrar. Me dijo un hombre que parecía portero :

— «¿Para que objeto quiere Vd. entrar?

— « Para ver si quieren mas algun criado los señores de este castillo, dije yo.

— «Creo que sí, me contestó el hombre que era anciano y no parecía ruin.

— « Pues bien, dejadme entrar.

— « ¿Mas Vd. sabe á quien se ha de dirigir?

— «Nó, pero Vd. me lo dirá.

— «Pues bien, en este caso, yo ya le arreglaré una colocacion. Venga mañana.

— «Nó, ha de ser hoy.

— « Esto es andar demasiado depriesa.

— « Mas, señor, mi casa está lejos, y no puedo perder el tiempo porque soy pobre.

— «En este caso tenga Vd. la bondad de esperar.

— « Bien, esperaré.

« No mentía al decir que mi casa estaba lejos, ¡y

tan lejos ! mas el anciano lo tomó por otro sentido ; mas sea como sea, cierto es, me quedé en el castillo en clase de sirviente, pero como habia muchos servidores, estaba casi siempre desocupado : procuré ganar las simpatias de mis compañeros. Uno de ellos tocaba un archilaud ; yo que tenia una aficion loca por la música, luego aprendí á tocar.

« Como era yo muy cantante, como todo marinero, pasaba horas entretenido con una balada mallorquina. Pronto estuve al corriente de todo lo que me importaba saber : sabia que el castillo pertenecia á un rico sultan, que tenia esclavas, pero que no las dejaba ver porque era celoso.

« En la casa habia un jardín muy grande y rodeado de galerias, pero estaban con celosias cerradas ; pero mi vista perspicaz penetró y alcancé á ver una jóven que mucho su atencion en mi paraba ; de suerte que luego pensé si seria mi dama misteriosa, y por si acaso procuré hacerme interesante procurando agradarle, y con gusto lo hacia pensando que ella era mi protectora ; pero cuanto mas pensaba, menos acertaba, por qué objeto me protegió sin conocerme. ¿Seria por el interés de que yo le prestase algun servicio? ¿mas por qué no abrió la puertecita?

« Por último, un día que yo observando desde el Jardín, y me pareció que era mi dama que estaba con atencion hacia mi, me aventuré de esta suerte : con voz alta canté diciendo asi :

« En que os puede servir, señora,
Vuestro esclavo, soy yó.
¿Habeis retirado la confianza
Del que os la inspiró? »

« Esto canté en francés, porque sabia que ella entendia este idioma; el aviso que ella me escribió, como le dicho, fué en francés, y persuadido que lo entendia, estendí mi voz del mejor modo melodiosa, porque mi picaro deseo era de interesar su corazon. En efecto, yo que estaba bajo las galerias y ella encima, mi voz oyò, porque el dia siguiente cuando fuí repitiendo el canto, vi que caia á mis piés un cigarrito, y disimuladamente lo coji. En seguida pasé á mi habitacion y desdoblado el cigarrito vi que estaba su papel escrito y lei lo siguiente :

« Mañana al amanecer espera en el sitio en que te
« vi por la vez primera ; si no apareisco, no te canses y
« continúa todos los dias que Dios dá, siempre en la
« misma hora. »

« Entonces comprendí que la dama esperaba una ocasion oportuna, con evidencia mis palabras sueltas producieron efecto.

« Ahora bien, ocho dias pasé sin faltar, desde una hora antes del amanecer, hasta dos horas despues, es decir, no dejaba mi sitio, esperaba que el sol con sus rayos me calentase mi cuerpo ; entonces dejaba mi sitio ; por fin, el noveno dia, cuando principiò á apuntar la aurora, la dama tambien apareció ; llevaba un cajon en las manos.

— «Toma, me dijo, y vamos cuanto mas depriesa mejor.

« Efectivamente, ni los pájaros que vuelan huyendo del gavilán, son tan rápidos como lo fuimos los dos, alejándonos del castillo.

« Despues, para descansar, nos paramos sentándonos á la sombra de un árbol, y entonces fué cuando

reparé tanta hermosura, porque aquella mujer era una ninfa, jóven y seductora en extremo. Me miró cou unos ojos Bah, sonrió como una niña, y con graciosa franqueza abrió su pequeña boca y dijo :

— « No estrañes mi conducta, jóven, soy esclava del sultan, pero tanto á pesar mio, que deseaba huir, y, como vés, lo he conseguido, aunque por eso he tenido que esperar. Mi esclavitud no era tirana ; gozaba una hora por dia de libertad ; esta era cuando rompía el dia, siendo esta la hora en que mi señor tomaba su baño ; entonces yo aprovechaba saliendo por mi puerta secreta, y paseaba por la campiña recordando otros tiempos mas felizes, los que pasé en mi infancia paseando por las calles de la ciudad y gozando de mi vida gitana que es la mejor del mundo. Dios me permitió que te viese á tí, pobre jóven desgraciado, me aproveché de tu desgracia para salvar mi libertad. Perdona si te he incomodado. Mis intenciones son buscar la mujer que me crió, que es una vieja gitana, pobre, pero yo tengo dinero en este cajon, y lo daré á ella.

« Como era tan seductora aquella viva muchacha, llamada Delia, con frenesí me enamoré de tantas gracias reunidas. ¡ Oh, ya lo creo ! ella era la exigencia del amor.

« Encontrándonos en el campo, con el don de la libertad de la juventud y del amor, porque como he dicho, desde luego amé aquella mujer como se ama la gloria. Tenia unos ojos tan dulces, unos modales tan finos, cierto modo de acariciar tan suave, demostraba tanto ingenio, su voz tan clara y tan amable la conversacion, vertiendo un raudal de novedades á cual mas agudas. Dispuesta siempre como el pájaro ligero y cierto modo atrevido como la mona. Bah, ¿ qué mas

diré para explicar tantas gracias unidas en aquella mujer hermosa y alta, de formas esbeltas y color muy claro como el mármol, su ancha y alta frente coronada de risueños rizos, ¡ oh ! nada mas diré de aquella mujer ; únicamente estas pocas frases :

« ¡ Oh ! cierto, mi Delia era
 La flor mas bella
 Que se vé brotar
 Y nunca marchita,
 Y siempre fresca
 Como el rocío
 De la aurora. »

« Aquella mujer era mi señora ; yo con el mayor gusto fui su esclavo. Olvidé mi pátria, nó mi religion ; así es junto con ella rezaba por el alma de mis padres que en paz descansan ; así es que como era huérfano no fué un sacrificio para mí el vivir como he vivido por estos sitios desde que me aconteció lo que dicho tengo. A mi tranquilidad daba cabida una humilde cabaña.

« Pues señor, la paz y el amor reinaban, cuando la muerte me arrebató aquella estimada mujer.....
 Y ahora deseoirme á Sevilla ; si el general me dá pasaporte, me embarcaré en seguida, porque ya estoy preparado. »

Durante la narracion del marinero, habiendo tenido tiempo suficiente los que escuchaban para alambicar las palabras, conociéndose por cierto modo formal é ingenioso, yá con las acciones y sobre todo por algunos datos que certificaban la sinceridad del asunto ; de manera que por muchos sentidos habia despertado el mayor interés hacia su favor el pobre marinero. Prim le

miraba con ojos compasivos; entonces este noble militar echando el puro de la Habana que tenia á la boca, dijo con la bienhechora gracia que tenia por costumbre emplear en su modo protector cuando su poder se conmovia en favor del infeliz :

—Digame, ¿con que cuenta Vd. para pasar á Sevilla ?

—No tengo nada absolutamente, en la actualidad á cualquier parte que vaya será como la golondrina escapada de las costas de Africa ; todo cuanto tenia lo perdí. Del dinero sacado del serrallo del sultan que era oro regalado á Delia durante el tiempo de su esclavitud, cuyos tesoros se dividieron en tres partes, una para los pobres de la villa de Delia, otra para la mujer que la crió, siendo una gitana que dejó un indeleble recuerdo á la agradecida huérfana, por haberle demostrado amor en la infancia ; la otra parte yo la aproveché comprando un ganado que mucho me producía, de suerte merced á lo dicho, vivia perfectamente bien complaciendo de un modo risueño la vida de mi compañera, aunque no era con la opulencia de una sultana, mas no careció durante su vida de lo suficiente para ser una mujer feliz, mas ; ay ! me parece mentira y es verdad ; bien dice el adagio : cuando el hombre propone, Dios dispone. Todo cuanto hacia mi dicha, está sumido por la desgracia, madre cruel que aborta sus hijos ; creyéndome libre en un país extranjero, cuando por consecuencias naturales se armó la guerra contra mis patricios, y de repente me vi despojado de mi ganado, de la cabaña que me cobijaba, y finalmente todas las circunstancias han sido malas, pícaras contra mí. Si, señor, no hay mal que por bien no venga ; si salgo de esta maldita tierra, será por una

de las consecuencias de la guerra; pero ¡ah! triste recuerdo que me obliga á pensar que me hallo sin recursos. ¿Por qué? Porque no tengo amigos; soy, como he dicho, infelizmente pobre.

El general catalan, noble de alma y generoso de corazon, atendió á la situacion infeliz del marinero.

La dignidad del hombre es la alianza que encuentra su apoyo cuando la Providencia lo presenta delante de un poderoso, en país extranjero. Asi aconteció á nuestro marinerito al encontrarse con Prim, habiendo observado el general que el marinero no estaba despegado de la verguenza, si de la fortuna, pero lleno de dignidad, porque á pesar de todo no habia podido ocultar en su fondo humilde la ofensa de su rubor que rebosaba por sus ojos el tiempo que duró la confesion.

Cierto, lo que atormentaba las ansias de nuestro marinerito, era de gran formalidad; la posicion ya perdida que la habia gozado veinte y tantos años, este tiempo trascurrido en la felicidad, dándole tiempo para ser ilustrado, habiendo leido en la ciencia de los astros, y merced á su natura viva era una persona decente, á pesar de su gravisima desgracia, bastante capaz para exigir la caridad aiena. ¿Quién sabe si esto era el mayor sacrificio que el pobre modesto hacia? Cierto que mucho incomoda el temor de ser importuno; muchas cosas se abisman antes de ser ventiladas porque lo impide el amor propio.

Prim sacó aquel español del golfo de penas, haciendo ver que apreciaba la franqueza marinera y aquel modelo de la nobleza socorrió con el generoso acto digno del mayor caballero, el infeliz. Vamos á ver como.

Desde luego que el relato concluyó, á la vista de sus edecanes, Prim firmó un pagaré dirigido á un ban-

quero de Sevilla, y despues con este natural estilo generoso tan digno de aprecio, alargó la mano y entregó á su nuevo protegido un pliego que contenia la carta de recomendacion que el general habia escrito con una plumada y despues la juntó con el pagaré y entonces dijo :

— Toma, mi patricio, eso que te doy, en recuerdo de la patria. Pues sí, en nombre de nuestra amada madre, te regalo parte de mi salario ; en buena ocasion me desprendo de esa cantidad para que sirva de estímulo al hijo infeliz de España .

— Señor, no meresco tanto favor, dijo el marinero inclinándose, alentado por su poderoso protector. Feliz del que vive en la atmósfera de la riqueza, porque puede aliviar muchos males.

— Dios crió los manantiales de agua para mitigar la sed de los vivientes, dijo el general. Ahora bien se puede aludir: rico es el que posee un raudal de ciencias. El general Prim es uno que tiene esta gracia, y se vale frecuentemente de esta buena ciencia consolando á los hijos de la patria.

Las palabras dichas por Prim despertaron con fuerza la gratitud que rebosó de los labios del marinero, abriéndose para esclamar :

— Dios bendiga su preciosa alma, noble caballero, y de mi parte reciba un millon de gracias.

Y esto diciendo el marinero se enjugó dos lágrimas que rodaban de un modo tierno por las tostadas mejillas de aquel hombre, cuyas lágrimas sin duda eran hijas del grande agradecimiento.

Mi amada lectora, habiendo Aura hecho punto final creí finalizada la narracion hecha por el marinero y reiterada por Aura.

Efectivamente, ahora me toca á mi decirte, aparte de todo eso ante dicho, y esas palabras que añadiremos solamente son para que tú, mi paciente lectora, no te figures, aunque eso no creo, sin embargo voy á hacerte una simple advertencia, sin mas objeto que el de aclarar los mas necesarios detalles.

Las armas que preparó mi abuelo para defender los moros, fueron las mismas que asesinaron á su hijo tan querido por aquel padre. ¡Oh! qué triste, que fatal decebimiento fué el en que cayó aquel padre tan orgulloso de su hijo por haberse distinguido por su valor, en varios casos arriesgados, y con todo él salia vencedor, mas por último sucumbió en la flor de la juventud, estando al principio de ser padre de familia. Era un valiente, y fué una víctima. ¡Ah, qué triste recuerdo dejó en la mente de su padre! aquel honrado hombre que nunca podia creer que los moros desagradeciesen favor tan grande, al contrario, cierto, creia en su gratitud. ¡Ah! ¡cuánto se engañan las almas generosas! nó todos los pensamientos andan acordes con la justicia; el método de mi abuelo únicamente fué para que su amado hijo se luciese con un acto heroico: por ejemplo, como hace un padre que tiene un hijo militar y con ardor desea luzir la espada de valor que embainada cuelga en el costado de su hijo; mas cierta preocupacion le ciega, esto es, olvida el combate, y las balas, y tambien las armas de sus enemigos que matan; únicamente ocupa su mente el ardor del deseo de servir la patria y nada mas.

Como el tiempo es el que dice las cosas, habiendo pasado tres años sin que se supiese nada absolutamente del destino de mi padre, y además de los que se componia la embarcacion, habiéndose hecho todas las vivas

diligencias y contiúnuas cartas en que pedían esplicaciones á los consulados, nada, nada se sabia; entonces mi abuelo se convenció que nada mas habia que hacer y lloraba como un niño, y sin valor para resistir su dolor murió víctima del tercer ataque de apoplejía con el nombre de Guillermo en la boca.....

.....
 Un silencio claustral reinaba cuando Aura se levantó y abriendo una puerta me dijo :

— Entra Cármen.

— ¡ Qué oscurida ! dije yo ¿ es el Limbo eso ?

— Nó, dijo Aura, dame la mano, Cármen, y déjate conducir sin temor por ese lugar lúgubre.

Y esto diciendo abrió un armario grande donde habia una pequeña lámpara que daba su opaca luz al oratorio, siendo una capilla moderna de sándalo, en donde guardaba un piadoso Crucifijo de marfil y la Virgen del Pilar. Entonces Aura encendió dos velas que estaban colocadas á sus candeleros de plata y merced á su claridad ví una mesa cubierta con un rico tapete de terciopelo negro bordado de oro, un fleco pesado adornaba el rededor y en el centro de la mesa descansaba un pequeño sepulcro.

— ¿ Qué reliquia tienes aquí, chica ? dije yo deseosa de saber lo que era aquello.

— ¡ Ah, mi amiga ! en este sepulcro guardo religiosamente los objetos que llevaba mi madre cuando murió, que fué de repente, estando magníficamente vestida, y presenciando la ópera de Ernani en el teatro principal de Lóndres. Pues si, todos los brillantes que adornaban á mi madre en su postrer momento, yo los guardo por reliquia; ahora consagraremos nuestras lágrimas á ciertos recuerdos muy tristes.

Reparé con dolor que la voz de mi amiga se conmovía y procuré desvanecer la tristeza apelando á otra cosa enteramente diferente.

—Vamos, Aura, en el jardin, le dije tomándola por el brazo, á fin de conducirla por la misma puerta que ella me habia conducido al entrar.

—Sí, sí, Cármen, vamos allí y tomaremos el té que olvidado tenia. Como la noche es buena, nos servirán allí en la glorieta.

Efectivamente, el tiempo habia pasado mientras nosotras nos habiamos ocupado con las tristes y verdaderas historias que ya he mencionado. Con todo, ya habia anochecido. Con pasos lentos nos dirigimos al jardin donde los niños los hijos de Aura, jugaban con Sebastianito mi hijo.

—Válgame Dios, ¿qué hacen estos traviesos á estas horas de la noche por el jardin?

—Mamá, es muy *cedo* todavia, respondió uno de los señoritos traviesos, y sin parar de correr.

—Sí, hijo, dijo su madre, para nosotras es muy temprano todavia, pero nó para Vds. que son niños pequeños.

—Déjalos correr, Aura, dijo su marido que salia de la espesura de los árboles dirigiéndose á nosotras.

Como la luna se mecia por entre las nubes, no confiando de su claridad, habian colgado por las ramas de los altos árboles unas lindas farolitas chinescas, muy caprichosas, que á pesar de su balanceo, movido por una suave brisa, no obstante no negaban su patética claridad, dejando ver las frutas de los árboles que sobresalian de sus espesas hojas. Admiré tambien la perfeccion y el buen gusto con que estaba compuesto aquel jardin hermoso, paraninfico magnificamente

interesante con las mas ricas estatuas recordando personajes históricos.

Como yo seguia la direccion de mi amiga, andaba detrás porque no permitía la estrechez de la senda andar juntas. Aura se internó por la espesura ; pronto se respiró la aroma que tan grato ambiente nos proporcionaba. Aquel jardin es muy grande, y aunque era de noche todo lo rodeamos, mientras tanto se oian del modo mas patético los bichos nocturnos.

Aura cogió una camuesa y me la dió ; entonces continuando el paseo mientras tanto decia :

— Ahora te voy á enseñar mis camelias, mis azucenas y mis violetas, las tengo muy cerca del estanque, como son tan bonitas quiero hacer un ramillete para tí, mi buena amiga. Efectivamente, pronto se descubrió un alto surtidor que dejaba caer sus aguas en el estanque donde nadaban ánades y otras aves acuáticas. Aunque á pesar de ser de noche, ví las hermosas flores de Aura, en aquel momento un reflejo de la luna las favorecia, y la linda jardinera las fué cogiendo y entonces las sujetó con una cinta color de rosa que ella llevaba prendida por el rededor de su cabeza sirviendo de adorno á sus cabellos.

— ¿Por qué desprendes esta cinta de tus cabellos, mi amiga? le dije yo.

— Para que sea mas bonito el ramillete, y esto diciendo me lo entregó.

Cuyo ramo yo guardo en una de mis cajitas ; aunque está seco, no ha perdido el mérito que mi amiga le dió.

Finalmente, nos fuimos acercando á la glorieta, como era el sitio designado para tomar el té, todos los que por ese objeto habian sido invitados esperaban

allí. En efecto, ya estábamos sentadas por el rededor de aquella mesa de piedra, cuando unos criados bien vestidos, con práctica de servicio, arreglaron en la mesa los manjares que se componia de algunos calientes y otros fiambres; bah, fué un ambigú perfectamente servido. Despues de haber tomado el té, los hombres principiaron á fumar y á hablar de la guerra del Paraguay, terminada en honor del Brazil, por supuesto que no dejaron de citar varios hechos dignos del mayor elogio, hijos del valor del jóven héroe Conde d'Eu.

Por último, pareciéndome bastante prolongada esta visita, miré para ver si tu papá, hija mia y muy amada lectora, estaria dispuesto para partir; efectivamente, sus ojos se encontraron con los míos afirmando mi intencion. Entonces ambos nos despedimos, quedando buenamente en que al dia siguiente Aura vendria á la fonda y despues juntas dar un paseo por Petropolis.

Felizmente el dia despues de esta visita amaneció bastante apacible; estaba almorzando cuando un criado de la fonda me dijo que una señora preguntaba por mí, mas no esperaba tan temprano á mi amiga, pero creí que era ella; me levanté en seguida para ir á recibirla. Efectivamente era Aura, que al verme me abrazó; venia acompañada de su esposo, que despues de haberme saludado y preguntado por tu padre, como yo le dije estaba en la sala de comer, allí entró.

Entonces nosotras ambas pasamos á mi habitacion. Como yo no ignoraba por qué objeto venia Aura, me apresuré en dejar caer en mis hombros un abrigo de terciopelo, y poniendo un sombrero en mi cabeza, estoy dispuesta para aprovechar el dia que es escelente, dije, mas ahora falta ver si los otros están dis-

puestos tambien. Mientras tanto Aura se miraba al espejo de mi tocador.

—Bah, le dije, estás perfectamente linda y demasiado bonita para ir al campo. ¿Para qué este lujo?

—Para pasear por la campiña, donde se luze el raso y los brillantes.

—Nó, mi amiga, tu lujo es mas propio para luzirse en la córte, no para causar admiracion en la campiña.

—Pues te engañas, Cármen, en la córte, por rico que sea un traje, cierto que pasa desapercibido.

Mientras Aura esto decia, entró su esposo diciendo que los carruajes esperaban. Salimos de la fonda para acomodarnos. Como se formaba la cuadrilla de ocho personas, nos dividimos por cuatro y cuatro entre dos carruajes.

Á este punto me detengo para hacerte, mi paciente lectora, una advertencia, la cual veo necesaria para que me disculpes si te molesto.

Efectivamente, toda mano que escribe ha de atender á ciertas pequñeces que la lectora dice: Esto es insignificante, no vale la pena de leer. Sin embargo, si la menor cosa falta en un discurso, la lectora está en su derecho para censurar la falta de estension ; aunque sea poco, siempre de algo carece el escrito ; de consiguiente bueno es, si esto es posible, atender á todo ; mas como yo no soy una escritora, resulta que hago muchas faltas, ó tal vez añadiduras impertinentes, como ahora, efectivamente, me veo en el caso de pedir disculpa.

Pues bien, como decia, partieron los dos carruajes por la campiña saliendo por la barrera. Despues de haber corrido una distancia prolongada, conociéndose porque los caballos estaban cansados, nos apeamos ;

pero como todavia no habiamos llegado en el punto destinado, mas como la senda que alli nos conducia era estrecha y angosta, nos fué preciso andar á pié estropeándonos por aquella escabrosa senda, pero por fin llegamos en el punto mas poético que puede ver ; de suerte, lectora mia, preciso es mudar de episodio.



VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS



CAPITULO VI.

Cascada del Retiro de Bulhões.

Cuando me encontré en el Retiro de Bulhões, ya estaba algo cansada y á la sombra de los altos y espesos árboles me senté á una piedra grande.

¡ Ah, qué retiro ! ¡ cómo es delicioso ! ¡ qué ambiente suave ! ¡ qué tierno verdor, qué ricas flores brotan de estas plantas se asemejan amatistas ! Estas frases salian de mi boca mientras mis ojos se regalaban estraordinariamente.

Pues sí, tan claras aguas surgen del manantial divino aquella belleza que es, con evidencia, la mas selecta delicia de la vista y que causa admiracion en el alma porque aquel cristal que corre es el moderno espejo donde meditan filósofos, y toman por modelo los poetas, y los ricos pájaros toman su hermosura, y que aquel todo es por cierto del gusto de Dios, porque aquel ambiente inspira en el corazon lo sublime, lo misterioso.

¡Oh! cierto, el hacer una descripción respecto este retiro sería adecuado usar el lenguaje de la Biblia, porque mis pobres palabras parecen incoherentes para esta explicación que ahora querría hacer; mas no obstante, seguiré el curso de la pluma.

—Ven, ven acá, Cármen, decía Aura mientras corría por la vera de la cascada y después se internó por el bosque.

—Anda vete, loquilla, yo no me levanto de esta piedra, estoy perfectamente bien sentada en esta gloria.

Eso dije yo á Aura, poco después la oí cantar una ária, la cual conocí, siendo la que canta Lucía en su último acto cuando está loca. Tan armonioso canto, aunque melancólico, me pareció adecuado en aquel retiro.

El Retiro de Bulhões es triste, pero ¡qué tristeza! ¡Jesus! ¡quién no ha visto el retiro de Bulhões? ¡quién no ha sentido aquella dulce sensación que el ambiente del retiro atrae, siendo aquel conjunto lo más patético. Ciertamente es el más precioso retiro, aunque hartos de la vida; otros que ilusorios ó anhelantes de lo hermoso este retiro contemplan, encuentran la confidencia de deseos y secretos que se juzgan por románticas apariencias. Por ejemplo, poco tiempo hace se encontró un cadáver de una jóven tan buena moza, que á pesar de estar ya muerta, se conocía su poderoso mérito por las perfectas formas como las de una estatua griega, y con tan copiosa cabellera, siendo tan larga que la cubría, siendo sus cabellos rubios, finos, tan sedosos, como los de Santa Magdalena; de manera que para imitarla en todo, juzgan que la jóven era en vida una penitente, amante del retiro, pero desgraciadamente carecería de fé, esta fé que su

fervor alimentó la anacoreta Magdalena, verbi-gracia, la esencia de la religion creo es la fé y esto faltaría á la jóven romántica que algunos conocieron despues de muerta. Un aleman dijo que varias veces la vió con un libro en sus manos, y leyendo cabisbajo. Otro dijo que conocia aquella jóven, cierto tiempo habia sido su vecina, pero despues habia desaparecido, y que ignoró siempre el destino que habia cabido en aquella estrangera que creia francesa y dueña de su libertad.

Cierto es que se encontró no muy separada de la cascada, pero oculta por la espesura del bosque una cueva, en su interior un crucifijo y unos cinco grandes libros; unos eran los Evangelios y la vida entera de Santa Magdalena. Esto todo descansaba encima una roca que serviria de mesa á la pobre penitente. Como la cueva está á un sitio húmedo, careciendo del sol, se creia que la humedad del retiro dañase la salud de aquella jóven que sucumbió cuando se hallaba á su apogeo de la mas hermosa juventud.

Ahora bien, lectora mi amada, espero de tu discrecion que me disimularás la interrupcion de mi relato, respecto el retiro de Bulhões, en motivo de ser una de las consecuencias del mismo retiro que me ha obligado á interrumpir. Bah, bajo este punto continuaremos.

Como decia antes, este retiro puramente patético y al mismo tiempo seductor por um millon de encantos y sobre todo la poderosa cascada, y siendo ella de aguas cristalinas que muchos dicen que son medicinales, lo cierto es que son mui bonitas cuando bajan los peñascos rápidamente corriendo, mientras tanto hermosando la piedra que parece mármol de Paros, y dominando causando tal murmullo que impone como

el poder del desierto. De ambos lados está adornada la hermosa cascada de espeso bosque siendo lo mas majestuoso por sus poderosos y muy elevados pinos y corpulentos árboles de tronco tan sólido como el metal, siendo formada su robustez por la grande sustancia del terreno que sustenta en su seno las poderosas raizes, de suerte que gracias á su sustancia se forma tan rica madera como es el granadillo, caoba y doradillo, y otras maderas que tienen su mérito. Por supuesto que estos árboles enriquezen el bosque hermosísimamente, y forman la mas linda espesura del verdor mas vivo, de manera que solo se vé el claro que deja descubierto el lugar por donde pasa la cascada. Como yo observaba esta de frente y del sitio mas bajo, vi las aguas que al correr tomaban varios colores, ya el verde de la enramada, ya el de la superabundancia de las flores color de violeta que brotan de las plantas trepaderas apoderadas de los árboles que adornan la orilla de la cascada, mas como los dominantes rayos del sol regalan su resplandor á las poéticas aguas, en tal ocasion las vi yo, y efectivamente parecian doradas. ¡ Jesus, y qué seductivo encanto! no me cansa el reiterar, apoderándose de mí en aquella ocasion, cierto embeleso, causándome dolor perder aquel Paraiso. Naturalmente me habia de marchar, cierto que todavia era temprano, pero como aun habiamos de ir á la cascada de Paraty, mas á la de Itamaraty, me levanté para ir á los compañeros y proponerles partir; cuando vi venir hacia mi unos hombres cargados con grandes cestas las cuales las dejaron á mis alrededores. Entonces el rubio aleman que yo habia visto en casa de Aura, que era el mas favorito de los que componian la servidumbre de mi amiga, acercándose á las cestas sacó

unas toallas de damasco de hilo blanco como la nieve, las estendió en el suelo, y fué continuando sacando pollos y fiambres de muchas clases, botellas de ricos y diferentes vinos, y sobre todo muchos dulces, se arregló perfectamente unas altas pirámides de varias frutas, muestra de la fertilidad de los terrenos petropolitanos.

Esta campestre merienda, sin duda venia de casa de Aura, porque ella fué la primera que con la mayor gracia brindó tarareando el brindis alegre de la Traviata, cuando su marido le contestó levantando su copa y con júbilo principió á cantar sin echar la falta de música, con su copa en la mano, cantó bonitamente el brindis de Lucrecia.

Por fin, tiempo de partir era, y la marcha fué la despedida. Entonces Aura, junto con su marido, cantaron un duo de la Hija del Regimiento, su voz de tiple y su andar varonil seguia la marcha.

Reparé que mi niño no seguia aquella animada marcha; entonces fuí á procurarlo y lo encontré tan cerca de la cascada, que poco faltaba para ser mojado de las aguas.

—Vamos, pichoncito.

—Espera, mamá, y déjame procurar la medallita que me regaló mi madrina el dia 2 de Diciembre en obsequio de ser el dia de mi nacimiento.

—¿Cómo, niño, has perdido la medallita que llevabas colgada á tu cuello?

—Yo lo creo, porque no la tengo, y no la encontraré; me habrá caido á la cascada cuando bebía agua; ¡ah! ¡cuánto ya habrá corrido alejándose de mí!

—Pues déjala correr, niño, y nosotros acerquemosnos á los que nos esperan.

El dia estaba tan generoso, que nos dejó gozar no alterando en nada absolutamente el paseo; á cierto punto descubri como el sol en el firmamento, el suntuoso palacio imperial, perteneciente á D. Pedro II casado con la augusta Doña Teresa, Emperatriz, siendo el Emperador merecedor de tan buena compañera que muchos la tienen por santa, por su elevacion virtuosa.

El Monarca es tan bueno como sábio, ilustrado sobre todo, bien se vé por las buenas leyes que observa el Brazil con el debido respeto que observaron los Apóstoles las leyes de Dios.

Pues como decia, cuando descubri el palacio imperial, con admiracion dije: ¡ Jesus, qué Campos Eliseos! ¡ qué sitios estos tan deliciosos! Aura me dijo que aquel precioso palacio era para pasar el tiempo de verano la familia imperial.

Efectivamente, el real edificio á un punto magnífico, cerca montes amenos hermooseando mas el palacio que es grande como aquellas obras de Dios; pues si, ví que aquel edificio es una obra maestra de perfeccionada belleza, ornada con toda la preciosa riqueza del gusto moderno. El palacio real visto en el lugar que está, jamás podrá sacar copia un pintor por perfecto que sea; y sobre todo, menos yo puedo darte una descripcion. Sin embargo para continuar la elucidacion que te doy de estas tierras brazileras, preciso es, explicar los principales cuadros que adornan todavia mas.

Figúrate cuán bonito será ver dominar aquel elevado palacio por aquel delicioso jardin, ó por mejor decir aquellos Campos Eliseos, hermooseados por los cuidados mas esmeradísimos, ví por entre los árboles una linda casa caprichosa con magnífico gusto campestre, siendo ella de forma circular, toda rodeada de

persianas buen lugar fresco á propósito para tomar baños de *Cachoeira* recibiendo las aguas de una cristalina cascada.

Vi tambien hermosas pajareras con cantores de todas naciones formando melodias escelentes para admirar y deliciosas para recordar.

La quinta imperial tiene de toda clase de árboles frutales ; tiene un clima europeo y la riqueza braziliiana.

Aura complaciente, sobre todo, queriendo satisfacer mi curiosidad, me invitó para visitar una casa, la cual estaba en la cumbre de un *morro* : para subir nos apeamos. La puerta de la fachada de la casa que nos habiamos dirigido era de estilo aldeano con una glorieta de cañas verdes que seria como para dar cobijo á los recién llegados que descansaban allí en un banco de piedra antes de entrar en la casa ; yo seguí el costumbre por la necesidad del descanso tambien.

De toda clase de chucherias se vendian allí y todo á buen precio ; los hombres compraron una *bengala* y nosotras una pulsera, el niño un juguete.

Habiendo concluido el paseo nos ocuparemos del saludable clima de Petropolis, de las virtudes conocidas por el buen efecto en cualquiera naturaleza ; habiendo tísicos tan flacos, que por su gravedad han tenido que subirlos con una red, poco tiempo despues se conoce la mejoría, y efectivamente por grados van, hasta que por último, buenos se quedan.

En cuanto á comestibles, hay de muchas clases : quesos, manteca fresca constantemente, huevos de aves estrañas, legumbres y verduras, carne de buey, de ternera, carnero y tocino, y sobre todo la caza, esto sí es abundante.

Los vendedores de todo género de mantenimientos, están muy aseados con su blanca blusa. Pan, biscochos y roscas, pasteles y dulces de toda clase; en una palabra, de todo hay siendo del país.

En cuanto á divertimientos, creo no faltan; á los pocos dias de estar allí ya me invitaron para ir á un baile, mas yo no acepté la invitacion porque no tenia á la maleta lo suficiente para un toilette. Sin embargo, pasé unas bonitas horas de la noche, por ejemplo, estas fueron las primeras, desde las ocho á las diez; pues sí, en consecuencia de pasar el tiempo lo mejor posible, se entabló la conversacion en un salon de la fonda, donde habia españoles, franceses, brazileros y tambien ingleses, mas tan reservados que no se divertian; ahora bien, Aura que á mi lado sentada estaba, fué solicitada para cantar, y con muchas armonias se oyó su voz clara, cantando una aria de la Norma. Despues fué otra vez á ocupar su puesto de antes. Tu hermana tambien cantó una pieza de Lucrecia y continuó tocando en el piano danzas americanas. Efectivamente, todos nos divertimos, sin demostrar interés; habia tambien un jóven adulator, siendo el tal pisaverde bastante mono para ser un perfecto bufon. Pues sí, todos bien ocupados, yá con las bromas ó juegos, yá en el piano, otros con la eutropelia, de manera de ser todo honesto, tomado todo por via de pasatiempo. Además quiero participarte algo respecto lo que se trató que no pasó de los limites lícitos, esto es:

—Cuando yo vivía en Paris, decia un caballero jóven, dirigiéndome á mi la palabra, eché mucho de menos mi favorita Petropolis, donde yó recibí mi primera educacion, que fué en el colegio del Sr. Kopke;

despues fui á correr por el mundo, permaneci tres años en París, sobrado tiempo para hartarme, hasta llegué á cierto punto de aborrecerme por mi conducta inconstante, y perdiendo mi tiempo en cosas supersticiosas. De manera, deseando ya librarme de la cadena de cumplimientos y amistades falsas, sali de Paris y procuré el descanso en el socioego; de suerte cuatro meses hay que vivo perfectamente bien en esta fonda.

Otro jóven que decia :

—Yo, como soy hijo único, mi mamá, que es una señora viuda que me quiere tanto, me mandó para Petropolis, en vista de yo estar algo incomodado, siendo recién llegado de Europa, pensando que estaba con peligro, porque hay en Rio-Janeiro algun otro caso de la fiebre amarilla, creyendo mi ansiosa mamá que pasando á este paraiso me libraba del peligro, y efectivamente, con placer veo que fué muy acertada la idea de mi mamá; ayer murió un criado de mi casa, el cual yo lo apreciaba mucho.

Otro que decia así:

—Yo, señores, estoy en Petropolis para experimentar si pasaré mejor de mis molestias, que desgraciadamente, por descuido del principio han llegado á hacerse crónicas. Sin embargo, tal vez con la variacion del clima y mis esperanzas que algo me apartan del mal, mejoraré.

Aura es una mujer tan graciosa, con sobrada gachonada, viva, espirituosa sobre todo, y permanecia sentada á mi lado. Efectivamente, fué ella el objeto de las miradas de aquellos pisaverdes, de manera que ella disimuló ó tal vez desairó, mas; cosa estraña! Un caballero que, ni caso habia hecho de ella, y, con todo, creyendo Aura que no la habia reparado, ella le miró, diciéndome despues á mi.

—¿Vés, Cármen, aquel señor? Es inglés, mira qué sério está, ¡ parece una estatua! ¿ Es verdad? todavía no habló con nadie, él es muy orgulloso, con todo, es un sábio. Yo conocí este milord durante mi permanencia en Lóndres.

Cuando Aura decia esto, el tal señoron, enflautado sujeto, por cierto, miró con sus ojos de gato á la jóven, y repentinamente que la conoció, mudó de fisonomia demostrándose risueño; verbi-gracia hizo cierto ademan de ciquiricata, mientras tanto mostró al abrir la boca sonriendo una fila de dientes blancos como perlas; despues con mucha galanteria se levantó y fué á sentarse cerca de la jóven.

Aura, por fuerza se habia de avergonzar, y verdaderamente se conservó muy sería y algo desdeñosa; en vista de esto el tal milord, con circunspeccion dijo á la jóven.

—Milady, creo que se acordará de haberme conocido en casa de su amiga Leonor, allí en un punto de España.

—Si, milord, yo conosco á Vd. desde Lóndres, mas ¿ cómo está Vd. aquí?

— ¡ Oh, Milady! únicamente he venido aquí para ver este precioso lucero, este brillante planeta que se llama Vénus. Si, cabalmente yo he querido ver de cerca este precioso astro.

Mas la jóven huyó del asunto, y el milord quedó desairado; además Aura, vulgarmente muy distraida, dijo:

—Creo que le gustará Petropolis, por ser un pais muy pintoresco; mas como Vd. es extranjero, y recién llegado, encontrará algo de estraño.

— ¡ Oh! nó, nada absolutamente encuentro de es-

traño, y nada veo que no sea de mi gusto, y sobre todo, como yo soy tan cosmopolita...

Aura, que á todo trance huía de la conversacion del milord, y esto seria tal vez para bromear con el bufon que era bastante conocido de ella, por haber gastado con él francachelas propias de su caracter, de manera que se levantó y fué á tocar el piano.

Este lugar estaba ocupado continuamente por los filarmónicos, pero luego de ver á Aura acercarse en el piano, al parecer dispuesta para tocar, el que sentado estaba y tocando, se levantó cediendo cortésmente el puesto á la jóven.

Tambien habia en la reunion un francés, jóven de cara ancha, buen color encarnado, robusto, alto, tanto como un Goliath, de fuerza como un Sanson, con la diferencia de que este no la tenia en los cabellos, pero la tenia en los dedos ; lo verás, lectora mia, por lo que sigue.

Filarmónico, sobre todo, era el resuelto francés, demostrando su ávida aficion por el piano, luego de ver levantar Aura, que esta pronto concluyó, dando su puesto al francés, que feliz se sentó á tocar.

Como este caballero estaba enguantado, por cierto antes de tocar las teclas, fué principiando por desembarazar sus dedos, de manera, con soltura tiró los guantes, yá rebentados por muchas partes, despues con libertad, sin preparar siquiera papeles de música, con un valor y fuerza extraordinaria, estendió sus manos en las teclas, no haciendo piano, piano ; al contrario sí, un gran ruido como si el piano fuese una preparacion de combate por el estilo del sonido, semejante á tambores y cornetas, siendo aquel estruendo verdaderamente estraño, mas variado, dejando oir

como timbales militares, y continuó su estruendo musical, de cierto modo, y con tanta fuerza de entusiasmo, que los dedos del tocador rompieron las teclas del piano, es decir, no todas; fué principiando por una, dos, tres, cuatro, y continuó el tris trás. Bah, ya lo creo, como él tocaba con la fuerza de un gigante, y solo tal vez, para convencernos de ser él un grandísimo músico, demostrándolo con una bonita pieza que tocó del Guillermo Tell, que ¡ caramba! á pesar de su destrozado en aquel pobre piano, evidentemente fué un tocador, tocando un wals, pero, ¡ ah! aquello fué cosa infernal.

¡ Cáspita, qué francés aquel! Mas si él era un mil hombres, para todo servia; cantó con voz ronca, sin apurarse por la ronquera, y no obstante seguia la solfa; bah, el tal sugeto era hombre de mundo, entendiendo el asunto, que nada de formal tenia, de consiguiendo toda la broma era para el simple objeto de pasar el tiempo divirtiéndonos.

Efectivamente, él lo consiguió haciéndonos reir como niños. Válgame Dios, cuántas cabezadas hacia por un lado y otro, para seguir el compás de la música, y de cada vez peor era su ronco canto, hasta que por último, todos los que escuchaban presenciaron la metamorfosis, de manera que el piano ya no era música, porque estaba desconcertado horriblemente; efectivamente, se asemejaba á un desastroso huracan, de modo que aquel mal sonido, y con todo fuerte, no sé á lo que parecia; bah, un viento batiendo en las ramas de los árboles ó cosa peor; así es, todos nos miramos como estrañando el sonido diabólico. El tocador, que no parecia tonto, luego comprendió lo que pasaba á su alrededor, y no queriendo incomodar, como era hom-

bre ceremoniático, por último dió su fin á la tempestad musical.

Mientras tanto el tiempo pasaba, y nosotros entretenidos con tonterías ó agudezas, pero, en todo acordes con la política. Todos aquellos jóvenes, bien demostraron, en sus honestas acciones, su buena educación, sin olvidar en lo menor, la pudicia, virtud la mas necesaria para la juventud.

Un caballero, que por sus delicadismos y amables modales se habia distinguido, perdió un anillo; casualmente yo lo encontré; al tiempo de entregárselo me dijo:

—Madama, ¿qué le parece esta piedra?

Efectivamente, el brillo de la piedra era notable; la miré, y luego conocí su valor.

—El color de esta piedra, dije yo, es de topacio; tiene mas golpes que un brillante; bien se vé que es la piedra mas rica que se conoce.

—Pues esto es un regalo que un indio, pariente, hizo á mi abuelo hace 45 años.

—¿Cómo! ¿Es Vd. brasileiro? no lo conocí, porque Vd. habla perfectamente el español.

Esta escena pueril continuó, hasta que por último nos sirvieron el té en el salon; poco tiempo despues Aura y su marido se prepararon para ir á su residencia; su carruaje los esperaba habia tiempo; al despedirse me abrazó y repetidas veces me dijo:

—Muy bien hemos pasado el día, ahora bien, buenas noches, Càrmen, ó por mejor decir, hasta mañana.

Poco falta para concluir mi relato respecto á lo mas notable que hay en Petropolis; creo haber mencionado edificios y chácaras; museo, me dijeron que habia, mas no lo visité; tampoco visité el teatro.

Ahora bien ; falta decirte, mi buena lectora, lo mejor: Petropolis es cristiana ; felizmente se celebra la misa en las iglesias católicas.

Por ser cosa notable no pasaré sin mencionarla, esto es : una fábrica grande, y lo que me admiró fué el comercio unido con el placer : en un salon inmenso se paseaban parejas, como dispuestas para danzar, y me dijeron que allí los alemanes daban sus bailes. En el piso bajo estaban las maderas que se serraban por via de una máquina que la corriente del rio daba la fuerza para serrar. Á no ser así, dificulto que aquellas sólidas maderas, algunas de ébano, se dejasen partir.

La entrada de Vestphalia es tambien un cuadro pintoresco, con aquellas tan bien cultivadas huertas, con tan ricas palmeras que dan unas tan sabrosas bananitas, semejantes á los dátiles valencianos, hermosas parras con grandes uvas de color embero, y sobre todo, de toda clase de buena fruto. Bah, vivir en tal lugar, entre flores, es estar deliciosamente en el Paraiso.

¡Ay ! sin embargo, en el Paraiso, en aquel Eden que crió el Eterno para bien estar del hombre, era sin duda un lugar puro, sin un rincon que lo triste recordase, todo cuanto habia era hermoso. En Petropolis tambien : sin embargo, el cementerio, que todavia no lo hemos mencionado, ahora nos ocuparemos de esto, mas antes recordaremos una paradoja :

Todo cuanto habia en el Paraiso era delicioso hasta el grado sublime, y para recreo del hombre ; es decir, por complacencia de la hermosa pareja, de estos primeros padres, Adan y Eva, ambos en la actualidad, abuelos los mas antiguos, y que recordaremos en este momento únicamente para una consecuencia que

viene al caso, por ejemplo: no habiendo acontecido un resultado que vamos á recordar, no habia necesidad de haber cementerio en Petropolis, que es el Eden mas puro de la tierra. Sin embargo, hemos llegado en el caso, lectora amada, de ocuparnos un corto instante en la filateria: ahora bien; la primera pareja, los autores del amor, vivian regaladamente en la mansion inmortal. Con evidencia comprendemos la razon por qué no habia en el Eden un cementerio. ¿Para qué? ¿para recordar la fatalidad á la virgen tierra? ; Oh ! ni esto soñó la feliz pareja en su Eden delicioso, que por sus motivos se creian semi lioses, como en efecto Dios crió su obra perfecta y con solidez para la felicidad, dándole vida para gozar, nó pena para llorar con llanto desgarrador.

Sin embargo, un espiritu dominante se atrevió á luchar con el poder, y el pecado triunfó causando la muerte. ; Jesus mio ! me tengo formado la idea del resultado fatal que causaria la Parca cuando por la primera vez sumió la vida del hombre.

Circunstanciadamente, mucha novedad causaria la primera muerte que fué la de Abel y sus padres ambos ignorantes de esta consecuencia que es sin duda, resultado de la maldad, y la muerte es con evidencia, un verdadero aunque terrible castigo. ; Jesus mio ! ; Qué antiguo es el dolor ! ; Qué conflicto ver un hijo muerto por el otro ! y siendo horrorosamente uno el verdugo, y el otro la víctima, siendo los dos hermanos é hijos de la diosa Eva, ; oh ! ilusion destruida, de un momento para otro, el placer, el gozo, toda la sublime alegria del Eden, esperimentó repentinamente una metamorfosis. ; Ah, fatalidad ! ¿qué pensaria Adan á la vista del horror de tal desgra-

cia, causada en la única familia existente, del Paraíso? Conocía entonces Adán la superioridad que tenía el Eterno, y en este caso supremo no había más remedio; únicamente resignarse con lo que le pasaba, que él no comprendía.

¿No te parece, lectora amable, hija mía, que esta fatalidad que ahora nos referimos, y que creo nos atañe, porque de allí emana la Parca, como castigo del orgullo, no consiente Dios la ingratitud? Por tal falta, desnudó de la gracia la primera familia; con evidencia esto todo acontecido, fué la causa que desconcertó todos los planes de recreo, formados por el hombre con natural orgulloso, y que, sin embargo, á tal extremo llegó, á pesar de perder un hijo que amaba tanto, y con todo había de tener valor y dignidad, por ejemplo, había de ser juez del criminal, y el sepulturero del cuerpo, ya cadáver, que tanto amaba. ¡Oh, Dios mío! el primer padre de la tierra ya fué horriblemente sacrificado por maldad de un hijo fruto de sus amores.

En resumidas cuentas, el primer hombre fué valiente, fué noble, sufrió terriblemente, y con todo fué á escoger un lugar sombrío y triste, por estar entre cipreses, y en la tierra virgen del hermoso Eden, allí, lo mejor posible, arregló una fosa para guardar el primer cadáver, y al mismo tiempo ocultaba á los astros el crimen de su hijo Cain. ¡Oh, nó, no podía prescindir de esta acción fatal y necesaria, para dar ejemplo á su raza futura, como fué dar sepultura al hijo de la muerte! Bah, como las ciencias son más modernas que la naturaleza de los hombres, nuestro padre Adán que no tenía ni un libro para principiar los estudios, sin embargo, no carecía de un

talento natural, sin la menor ilustracion, pero justo, por su perfecta y poderosa naturaleza; ya lo creo, á la vista del cadáver de Abel, lloró con el dolor que expresa todo el sentimiento; cierto, sintió toda la intensidad de una pena bárbara, y sin embargo, con esfuerzos naturales, causados por la triste necesidad, enterró á su hijo envuelto su cadáver ensangrentado con las yerbas verdes del Eden, esto, por supuesto, fué por falta de un ataúd; despues lo cubrió de lágrimas y tierra.

Bah, esto me contó mi madre cuando yo era chica, añadiendo que este jóven Abel fué, con evidencia, el primero que partió para el valle de Josafat.

Mi amada lectora, perdóname por haberte aborrecido con la arenga fea que antes tengo escrito, y tanto rodeo solamente para decir, que en todas partes del mundo, aun las mas hermosas, semejantes al Eden, no pueden, por ningun concepto prescindir de reservar un lugar y sacrificarlo, por ser un cementerio donde se pudren los cadáveres, sitio triste. ¡Oh, mucho! mas esto se entiende que únicamente, esto es, en los terrenos que por sus alrededores tienen sus vivientes, porque estos, con certeza, tienen su fin, y entonces ya sabemos el ejemplo que nos dió Adan.

¡Ay! por desgracia la maldad es antigua; emana de siglos atrás, y á pesar de todo sigue siendo moda. ¡Ah! muchos hombres mueren, nó porque haya llegado su fin, mueren por la desgracia de ser víctimas de asesinos; y en el caso este tan inhumano, el único recurso es el cobijar el cadáver en la tierra. ¡Oh! sí, esto antes que los feos cuervos hagan la horrible brutalidad de injuriar los restos de la carne cristiana; por supuesto,

esto feo, á todo trance se evita, esto es, se hacen cementerios para guardar los cadáveres bajo la tierra, y cerrados con rejas, la señal del cristiano colocada en el centro con cierta elevacion que permita desde lejos verse, y desde alli ya impone respeto, y al mismotiempo no pasa por allí viviente cristiano que con devocion no reze una Ave-Maria por sufragio de las almas.

Si, reitero que mi retórica es pesada, pero la prolongo para decirte, que los cementerios de Petropolis son interesantes como su terreno, y tambien estan naturalmente ajardinados; ahora bien, es verdad que, gracias á tan buen clima, pocos mueren; sin embargo, tambien vivió mucho Noé, y por último murió.

¿Eh? ¿No es así, que todos tenemos nuestro fin? Creo que sí, dirás tú, hija mia, lectorcilla de este mi pobre escrito.

Unica cosa que falta en la bella ciudad de Petropolis, y con todo esto está propenso en remediar, como ya esta ventaja tiene la ciudad de Nictheroy, tambien la tendrá mas adelante la preciosa Petropolis: esto que ahora me refiero, por ejemplo, es el gaz, que no tiene, ni farolas por las calles, que solo son iluminadas por el sol, de dia, y por la luna de noche. Cuando estan ocultos los astros, por estar el firmamento encapotado, la noche está oscura, y naturalmente carece de la menor luz.

Como la ciudad está rodeada de rios tan pacíficos, sin un ténue murmullo de agua, y como el terreno es húmedo á veces por la lluvia, que allí es frecuente, resulta que con facilidad se puede resbalar y caer en el rio: ¡Oh! ¿no seria una sorpresa impensada para el que resbalase, y entonces tomase un baño general entre la oscuridad y el frio? De suerte, que para evitar

esto, cuando salen de noche por las calles, llevan en la mano una linterna. Verbi-gracia una luz, vista de cierto punto vagar por entre la lozania poética, ¡ Jesus mio, aquello es mas un encanto !

Dejemos eso, no quiero ser mas doctora. Vamos á continuar la elucidacion respecto mi viaje.

Uno de los compañeros nos propuso el dar una vuelta para entrar en Rio-Janeiro, variando el gusto del panorama, y al mismo tiempo ver la escelente riqueza que contiene la Estrada de D. Pedro II.

Todos nosotros aplaudimos la buena idea, mayormente yo, que habia oido hablar con tanto encomiástico de aquellos terrenos.

Bah, decidido estaba que habiamos de partir por el camino de Entre-Rios, y ver las aberturas evidentemente dignas de admiracion.



VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

TERCERA PARTE

VUELTA A RIO-JANEIRO.

CAPITULO VII.

Todo un dia de crepúsculo á crepúsculo descubriendo sitios dorados, castillos habitados por personajes históricos.

Desde ahora vamos á partir de un punto ; este será la fonda ; mas, ante todo te advierto, mi amabilísima lectora, que temo mucho que lo que desde ahora voy á escribir, no sea una confusion hecha por una tonta, no por mi voluntad, al contrario, mucho siento no tener elocuencia. Ahora tengo razon de sentir mi pobrisimo mérito, ó por mejor decir, careco de él enteramente. De consiguiente, ¿ qué tengo de esperar ? Despues de haberme convencido de que, gracias á Dios, no me faltan cuadros magnificos para ser interesante una explicacion, y pudiéndolos ofrecer en lectura á tí, por ejemplo, que estás ausente, ¿ qué cosa tan natural seria hacer sentir una novedad agradable, del modo que se trata, respecto á terrenos tan magnificamente pintorescos ? pero, paciencia, por Dios ; ya que principié, haré el resto.

Todavía no eran las cinco de la mañanita, cuando nos desayunamos con unos biscochitos y una jicara de café con leche.

No me despedí de mi amiga, porque ella me prometió pasar á la córte en breve.

Salimos de la hermosa Petropolis en un carruaje de dos tiros. El alba pálida estendia graciosamente su generosa poesia por todos aquellos árboles y terrenos que tanto me agradaban y con dolor, de ellos me despedia.

Vamos ahora á prolongar mi escrito, mas no saldré del placer de mis pensamientos, consagrados para siempre en estos hermosos terrenos, si no me es posible referirme á otra cosa, mis ideas no se separan de la proceridad de tanta belleza, de tanta lozania de estas raras plantas, de esta rica hortaliza, sobre todo, este conjunto tan agradable que contiene el terreno braziliano. ¡ Oh! no me apartaré de este punto; no quiero, por ningun concepto perder estos tan deliciosos recuerdos, tan consoladores á mi vida, que por esta razon los escribo, aunque bien convencida que nunca esto sublime, yo puedo olvidar.

Dirás tú, amada lectora, hija mia, que tu madre está con la obcecacion mas deslumbradora. ¡ Oh! Si tú tuvieses la suerte de hacer un viaje á Petropolis, que es, con evidencia, el viaje mas delicioso del mundo, dirias que yo no sé esplicar la hermosura que contiene esta hermosa ciudad.

Gracias á Dios, otra vez me vi en el bosque, y en verdad diré, que mucho sentia cuando se interrumpia, aunque era por alguna otra chácara; con todo, lo que hay aun, ya no es bonito repetirlo cuando ya lo he dicho; jardines ornados de artificiales frioleras, verbigracia figuras caprichosas chinescas, jarrones enor-

mes. y que... á final, ¿de que sirve todo esto? tal vez estos adornos, en otro punto tendrían su mérito, porque con evidencia lo tienen, pero lo pierden por estar en el centro de la esencia preciosa, y vulgarmente es como una mujer que está en el lado de una ninfa, y no miran la mujer, aunque bonita sea, y admiran la beldad.

De manera que por lo regular los admiradores de estos amenos lugares dicen cuando se vé el bosque interrumpido por las chácaras: ¿y por qué han dejado robar este pedazo del bosque? ¡él que es tan poético y tan hermoso! Cuá, pero si es mejor el bosque que el jardín, con todo su esmero y la estudiada simetría con las plantas y flores y todo lo demás.

Si, mi lectora, gusto tengo hasta de reiterarlo; mientras tanto que el bosque miraba, mas poesia penetraba hasta el punto de internar mis pensamientos interin gozaba, porque apartaba mis sentidos de las cosas que afectan, por ejemplo, estas ténues tonterías que son feas moscas que con natural inccmodan y hacen peor la vida.

Pues sí, como decia, el bosque, esta selva virgen, como la crió Dios, todo esto realmente es lo mas interesante; de suerte, seguia el carruaje el bosque que estaba á la derecha, el rio á la izquierda; bah, era el rio Piabanha, esto me decia mi pensamiento, porque ciertas simpatías sentí por aquellas aguas.

Bah, fuera tonterías: sigamos la ruta itineraria que es bastante capaz para distraernos, mas aludiendo á lo que sigue.

Pues sí, serian las seis de la mañanita, esactamente las horas en que mi hijo, que en el colegio se quedó, tomaria su acostumbrado baño en el rio. Toda ilusoria

decia mentalmente: las aguas que veo correr han acariciado el cuerpo de mi amado hijo. ¡ Oh ! nada de extraño seria esto. ¡ Ay, pobre ilusion ! ¡ mirar frias aguas correr, y esto para un consuelo ! demasiado ténue para consolar era eso. Con todo, respiraba yo la misma atmósfera de Petropolis, tambien la respiraba mi Pepito, y esto solo para mi era equivalente á un dulce recuerdo.

¡ Ojalá, yo siempre pudiese gozar de la pura atmósfera petropoliana que son resquicios celestiales, con evidencia emanados del manantial de salud ! ¡ Oh ! qué fresco tan bueno, es bálsamo que mitiga con natural toda la estuosidad, y al mismo tiempo generosamente dá la calma del espíritu.

Pues si, mi lectora amable, puedes formarte la idea como partia de Petropolis triste ; poco me faltaba para llorar ; fui allí alegre con la esperanza del gozo y placer que tan naturalmente sentí al ver y abrazar á mi hijo ; esto es, ya habia pasado el resto de mi viaje, era la despedida triste, consecuencia del placer ; en ciertos momentos de mi afliccion pensé, si mejor hubiera sido no visitar mi hijo para evitar lo que despues sufría. Sin embargo, el gusto del viaje fué superior á todo.

Sobre todo, no podía yo prescindir de hacer un viagito á Petropolis, en razon de que mi interesante estudiante no quiere pasar mucho tiempo sin ver á sus padres ; los ama mucho, y cada tres meses quiere matar las *saudades* que le atormentan, y no se cansa de escribirme, pidiéndome por especial favor una entrevista. Pero esta vez hemos evitado el caso de que fuese él el visitador, por la razon de que en Rio-Janeiro hay fiebre amarilla ; de manera que felizmente hemos sido nosotros los visitantes de él ; de suerte que con esto

he tenido la ventaja de respirar la pura atmósfera, evitando al mismo tiempo que él respirase la pestilente, como pasan algunos resquicios en la actualidad. Desgraciadamente, en Rio-Janeiro hay esta moderna fiebre, que únicamente gusta de los mozalvetes, para comerles la carne en un santiamén.

Como tú sabes, mi lectora Barbarita, que tu hermano está en la edad de la puericia, y algunas veces hace olor de hombre, por la razon de que fuma mucho, es decir, cuando está en casa, en el colegio no hace semejante cosa, porque está prohibido. Si saco esta consecuencia, es porque es peligroso en esta ocasion darle tiempo para fomentar vicios, aunque sean insignificantes, y á mas él, que está, gracias á Dios, tan gordito, y en estas ocasiones, como ya dicho tengo, que la fiebre alcanza la juventud, esta es la moda mas en boga; la pésima fiebre del color amarillo.

El carruaje seguia su carrera, y mis ojos seguian con especial interés, yá las corrientes del rio, yá dirigia miradas admirativas á la lozania de aquel hermoso verdicillo, con todo florecido; has de creer, que ni una piedra perdia, porque mi atencion entera estaba perfectamente ocupada, y mis oidos atentos escuchando el patético murmullo de las aguas. Algunas veces, cuando las aguas pasaban por los peñascos, causaban un ruido undisono, de suerte todos estos movimientos hasta el de las hojas de los árboles movidas por la risueña brisa, todo lo veía y oía, verbi-gracia, lo único quo hubiera estorbado el que yo no pudiese oir tan perfectamente esto, hubiera sido el ruido de las ruedas del carruaje que naturalmente causan al rodar, pero como el camino era llano y arenoso, algo húmedo por el rocío, felizmente este inconveniente no tenia.

Jesus del alma mia, y qué bonitos pájaros vi bebiendo de aquellas aguas del rio, despues con su rápido vuelo se cobijaban en las ramas de aquellos gigantescos árboles, y en la frondosidad se acariciaban dándolo á entender por cierto amoroso gorgéo, y mientras tanto con mucha gracia entonando su armoniosa melodia; es decir, entonando á su moda himnos matinales, este sublime loor que pertenece á Dios.

Todo esto era tan agradable en aquellas horas matinales cuando desaparece el crepúsculo y entonces aparece el sol en los montes alumbrándolos. ¡ Oh! de este encantador cuadro no te puedo dar una idea, y no es fácil el que tú la puedas formar.

Me apeé del carruaje con la intencion de dar un paseo á pié; seguí un sendero de la montaña, por lo tanto me internaba en el bosque. Cuando me vi allí, sola, pero sin tiempo suficiente para entregarme á mi libre albedrio. Oh, Jesus mio, y cuánto hubiera estimado y apreciado un espacioso rato para contemplar aquellos matorrales, sitio tan respetado por tan profundo silencio, solo interrumpido, ó por mejor decir mas bien poetisado por el melodioso gorgéo de los pájaros.

Como dicho tengo que graciosamente el sol principiaba á dorar con sus rayos los mas altos montes, de suerte que daba un precioso color de ambar á los peñascos de las cumbres, y aquellas verdes colinas, como las hijas de los altos montes, ellas mas bajitas, con humildad aumentan la mas verdadera poesia.

Los cabritos, únicos transeuntes de los empinados montes, estos traviesos animalitos, faltos de paciencia para pastar, prefiriendo saltar de peñasco en peñasco

y sin caer, gracias á sus cuatro patas que les aseguran con la solidés que ellos no tienen.

Vi un morro de granito, vi mas de lo que me figuraba ; en cierto punto poblado de tamarindos, vi unos mineros que sacaban piedras de los fondos de la tierra, las cuales eran de gran valor, y me dijeron despues que era un negocio ya introducido por las Américas y Europa.

Aprovechando una pausa del viaje fuimos á un punto delicioso donde vi un *palacete* muy grande, teniendo dos pisos, simétricamente rodeado de balcones con hermosos y caprichosos hierros dorados, persianas verdes, y las puertas todas del interior de ébano ; la entrada principal de este moderno edificio formaba un gran patio circular con una fila de columnas por el rededor, y en los extremos, magníficamente colocadas estaban ricas estatuas de mármol de Paros que representaban personajes históricos.

La frente del edificio se elevaba con altas torres de estilo gotico ; vi palomares con millones de palomos, vi casados de loros con cotorras, macacos con monas, y otras cualidades de animales, y todos estaban en cierto lugar reservado para ellos, y allí vivian bien, cuidados con el mayor aseo.

Aquel cuadro recordaba la antigua barca de Noé, que dicen que en ella se conservaron casados de toda clase, como efectivamente la prueba está con sus descendientes.

¡ Jesus y qué bonito jardin perteneciente al *palacete!* aquello era la ostentacion del lujo, é hijo del gusto mas delicado. Para no hacer una reiteracion de frases ya usadas en mi jardinesca descripcion, diré únicamente, y eso será cabalmente porque mi pluma no

consiente en dejar de diferir la consecuencia propia que pertenece á tal verjel de delicias.

Muchos jardines son hermosos, pero no en todos hay esta riqueza de plantas y flores escogidas, estos juegos de aguas, semejantes á los que adornan el gran paseo de Versailles ; esta multitud de pájaros, y sobre todo estas lindas estátuas de mármol de Aténas tan patéticamente colocadas por entre el verdor ; no haremos mencion de estos conjuntos que adornan un verjel ; lo que aumenta el encanto son palmeras antiguas que de ambos lados siguen un paseo prolongado por distancias enormes y que gracias á las delicias imprevistas, y con todo descubriéndose novedades á cada paso, pasan horas enteras y sin haberse concluido el paseo, porque todavia falta para ver. Por último nos encontramos en un valle estrecho por estar entre dos montes, y grutas de piedra clara y destilando gotas de agua. Allí cerca pero separada de la humedad en un banco de piedra resguardado por espeso cespced, formando un toldo por las caprichosas trepaderas, que idean como una barraca, sentada estaba allí una jóven nueva é indiscubierta ninfa, lánguida y mas que hermosa, con encantadora actitud y llena de atractivos ; estaba vestida elegantemente, preciosos cabellos ondulantes y sueltos por sus hombros blancos como el mármol. Aquella jóven sola que allí estaba leyendo una novela en la soledad á la vista de su jardin lleno de flores, de suerte del lugar que estaba sentada la ninfa, descubria los surtidores de aguas con tanta fuerza de vuelo, que suben hasta perderse de vista por la elevacion que por sí toman las aguas, y con todo, ya subiendo ya bajando no pierden su continuo juguetec pasando por un lado y otro, y refrescando los árboles

y plantas. Oh, sí, aquella invencion es una deliciosa vista, y efectivamente este nombre merece y tambien lo tiene de propiedad.

Al tiempo de alejarnos de este poético lugar oí una voz cantar; era Lidia la preciosa ninfa que dejó su novela para comunicar á los montes sus encantos y estendia sus dulces y sublimes melodías llenas de variaciones á cual mas seductoras, ya con delicados y continuos gorgoros, ya con voz alta y clara que el eco repetia, y entonces la voz menguaba y se confundia como un murmullo patético y que no para hasta penetrar el corazon.

¡Jesus, qué voz! ¿es un ángel ó una jóven que ha cantado? dije yo con lágrimas en los ojos, admirando la sublimidad angelical y sin saber lo que habia cantado la voz simpática de soprano, que á ninguna aria conocida se asemejaba.

Sentimientos de una alma exhalados en el desierto, perdidos en lontananza, cierto que eso habia brotado de la melodia de Lidia, supremo ejemplar de hermosura. Pero ¿no habeis oido ese ruiseñor? dije yo.

A mi pregunta nadie me respondió; permanecieron todos con el mas respetuoso silencio debido á la ocasion misteriosa de aquel caso.

Por fin, otra vez ya estaba yo metida en el carruaje y dando vuelta por los desiertos.

Supongo que el sol ya estaria á su grado caloroso, mas á nosotros no nos tocaba, impidiéndolo los gigantes montes que formaban enormes murallas, y eso de ambos lados; con todo, nunca dejé de ver el sol brillar sin entrar en la carretera; esta, gracias á Dios, gozaba de fresca sombra. Aquellas montañas siguen siempre unidas, formando soberbias cadenas, y tam-

bien hondos precipicios y rios rodean los montes, y nosotros sin apartarnos de sus orillas.

Creo que así se pasó mas de cuatro leguas del mas delicioso viaje, sin ver ni un bicho viviente; todo desiertos.

¡Oh! soberbios montes preciosos y libres de ornatos; todo positivo, perpetuamente se conserva altivo no admitiendo las tonterias humanas é hijas de los hombres; eternos montes respetados del diluvio, y continuamente regando sus faldas los constantes rios. Bah, mucho se puede poetisar en sitios como eses, que hasta la atmósfera reina con el mayor encanto, y sin embargo es fria que parece helar el corazon de cierto frio glacial. ¡Jesus, qué bueno seria vivir ilusoriamente en tales lugares y ver cruzar estos rios que pasan tantas tierras como uno de estos rios que trae sus corrientes desde Petropolis, por Tamanduá, sigue hasta el Paraguay y finalmente entra en el Oceano.

Bah, con evidencia la novedad que tal desierto inspira, no es ilusion únicamente, es el encanto real y la admiracion que causa es por su propia grandeza. ¡Oh! y estas cascadas de aguas cristalinas, ¿por qué pierden su pureza confundiéndose con las aguas de estos caudalosos rios? Bah, dejemos las cascadas y los barrancos y nos ocuparemos con las islas de los rios.

Vi un grande rio que yo pensaba que era el mar; nó, me dijeron, este es el rio Parahyba.

Aquel rico cuadro formado por las aguas, y sobresalientes hermosas islas con altos y estraños árboles y favorecidas constantemente por la lozania y copiosas flores hasta llenarlas.

No es posible una atenta observacion á tales islas sin que el corazon tome una ó la mayor parte poética;

siempre los rios que pasan respetan tal belleza, de consiguiente nunca deja crecer sus corrientes para no perjudicar á sus islas, las cuales se conservan siempre á su punto pintoresco. Bah, no deja eso de ser un secreto que únicamente comprende la diosa del rio, que es esta su dueña perpétua, la antigua Neréida. Como no le gustaria el mar, lo abandonó por vagar por estos rios.

Verbi-gracia ; observaba yo una de las islas interesándome ver por donde pasarían los que en tal punto moraban, no descubrí ni puente ni barquilla, nada ; únicamente unas rocas colocadas en distancias mas que regulares. Comprendí que por aquellas rocas pasarían los isleños que en la mansion rosál vivían.

¡ Jesus mio ! y qué pobreza tan consoladora por la poesia, experimentaria una jóven linda y rubia que yo ví en la isla con un niño en sus brazos y á cierta distancia ví un jóven con una camisa de indiana que labraba la hortaliza, y mientras tanto, la jóven daba repetidos besos á la criatura. ¡ Qué tierno grupo ! ¡ Qué cuadro tan lindo ! ¡ Y su casa, acaso la ocultaria la espesura de los árboles ? ¡ Ay ! ¡ Cuánto interés me inspiraba conocer todo aquello que me pasaba como envuelto por un velo !

Efectivamente, sentia cierto dolorcito por no poder complacer mi curiosidad, esto es, ver la realidad que solo se dejaba ver confundida por un cuadro, bello sin duda, pero apenas observado de manera percibido como por ilusion.

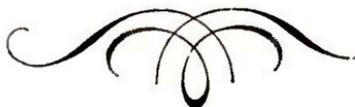
Bah, el omnibus continuaba, es verdad que era eso con despacio, ó por mejor decir con cautela.

Ví detrás de un matorral un animal cuadrúpedo, pelo largo y color parda, bastante grande ; pregunté

cómo se llamaba un animal de aquella especie, y me respondieron :

—Este tiene por nombre *Preguiza* ; para subir á un árbol necesita un dia entero.

—Vaya un animal salvaje y con figura de ser muy torpe, dijo mi niño que estaba con atencion observando.



VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

CAPITULO VIII.

La pastora y su cordero.

Al pié de unos altísimos montes, siendo con evidencia los mas altos que yo habia visto, y como tambien me dijeron que eran ellos los mas altos del mundo; solo Jupiter y Mercurio pueden competir con estos montes, mas lo que digo ahora es con ambigüedad, porque no tengo convicción ninguna de que el grandísimo monte Júpiter exista en el Globo; como planeta sí, pero lo demás, bien creo es una fábula inventada por los poetas.

Ahora bien, en cuanto á los montes brazileros, de estos sí, que con certeza diré algo de su grandeza. Pues sí, como decia, que al pié de tan elevado monte, estando su falda perfectamente poblada de corpulentos árboles, todos frondosos y frutales, y sin embargo de ser silvestres contienen frutas sabrosas y muy ricas, y sobre

todo altas palmeras de tronco lustroso, semejantes por su recta elevacion á columnas de un suntuoso templo consagrado á la diosa Vénus ; el terreno estaba magníficamente cubierto por plantas rastreras ; adormideras brotando amapolas, y otras caprichosas plantas jardinescas. La flor de la planta amelo, es en América lindísima ; tiene el capricho de producir flores de diversos colores, mas la mas bonita es azul esmalte. Los jardineros de este natural jardin son el viento, las lluvias, no diré el sol, porque apenas penetra alli, pero el viento sí ; él, un rebelde jardinero, de modo que no dá tiempo de languidecer las hermosas florecitas ; antes de marchitarse las arroja de las plantas con altivo desprecio, y ellas, como una lluvia de hojas de todos los colorines, van á caer á las aguas de los rios vecinos.

Pues á este ameno lugar citado por las hadas de los rios y montes, y una casualidad bien acontecida porque fué con evidencia para mi un acto formal, venido por complacencia, esta casualidad fué que simplemente una rueda del omnibus, cuya rueda estragada, ya por los continuos servicios, llegó á quebrarse sin causar desgracia alguna ; antes bien, esto es, lo que causó fué risa, mas lo cierto es que imposibilitó la continuacion de la carrera del omnibus, mas desde luego se tomaron precauciones ; partió un hombre montado en una de las bestias y fué á una estacion en procura de una rueda, de suerte mientras tanto ví yo que tenia tiempo suficiente para visitar aquellos lugares.

Efectivamente, creo todos pensarian así, porque velozmente partieron los pasajeros como pájaros escapados de la jaula tomando cada cual su vuelo diferente, y gozando á libre alvedrio la hermosa vista del espacio.

¡ Cáspita! y qué ocasion favorita! dije yo ; y tomando la manecita de mi hijo Sebastian, me alejé de los otros, atravesé con mi niño un bonito puente ; mi intencion era de penetrar circunstanciadamente el sitio que ya tengo mencionado, y con facilidad lo conseguí, mas una cosa me admiró pasmadamente ; esto fué una isla casi oculta por la espesura de los árboles de la orilla del rio, poco separada del templo campestre que he mencionado. ¡ Jesus, cuánta riqueza poseia aquella isla!

Bah, nadie negará que el acto que yo presencié fuese seductor y sériamente se podia estudiar geográficamente.

Vamos á hacer una simple descripcion :

Cobijada con majestad de los árboles, una barraca vi que me pareció cosa improvisada, y con todo, nunca en decoraciones dramáticas se ha pintado, ni posible es pintar un cuadro mas perfecto del gusto ideal representando al mismo tiempo un rústico gusto pastoril ; pues sí, eso presenciado á un clima tan suave como el de Hieres, cierto que se podia admirar tan linda idea como era la barraca, y solo estaba armada de verdes ramas de pino, mas lo que tanto llamaba la atencion era el seductor estilo, dado como por encanto á la barraquilla. ¡ Oh! gusto pintoresco, llegado á cierto punto indecible, con evidencia aquella invencion era un rico capricho del gusto elegante. ¡ Jesus y qué linda idea! ¿ quién seria el inventor? obra de un poético pensamiento y sin duda pasado adelante ejecutando una graciosa obra, bello modelo industrial. ¡ Dios mio! esta obra de un sueño, creo y eso es probable, seria inventada en medio el ocio, porque estono tiene cabida en la ardua de la pobreza ; cabalmente vi que el hermoso cuadro que se presentaba galantemente

à mi vista, poseia tan vivo atractivo, que dominada por la atraccion observé aquel liño, que sin dejar de ser botánico, se imitaba en el mas perfecto jardin, formando hileras por los árboles, y por entre ellos bonitas plantas aunque parásitas eran magníficas, sobre todo el lirio que despide tan voluptuoso aroma.

Vamos ahora, que tiempo es de explicar el cuadro vivo que efectivamente ví.

Era una pastora, pero jóven y hermosa, que inclinada cogía fresas poniéndolas en una cestita que llevaba colgada á su brazo izquierdo.

— Vaya, dijo mi hijo, que tambien miraba la lindísima pastora ; ¡ y qué traje rico, Dios mio !

En efecto, razon tenia mi hijo de admirarse del lujo de aquella jóven. Su traje era de raso color de rosa con fleco del mismo color ; un gracioso sombrerito de paja de Italia, sin velo, dejando ver su rostro enteramente despejado y mucha gachoneria en sus modales y movimiento del cuerpo plegándose fácilmente á todas las posturas : aquel talle lindo y ágil estaba adornado ; en su cuello, orejas, brazos y pecho brillaban los adornos siguientes : collar, pendientes y pulseras de ambar, y un medallon que al parecer contenía un retrato, estaba graciosamente colocado en su pecho. Despues de haber llenado la buena pastora su cesta de fresas, se sentó en las yerbas y fué sacando obra de su tarea, y principió á comer como una niña ; yo no habia reparado que estaba tambien cerca de la pastora en actitud humilde y muy rendido, estaba un manso carnero, siendo buenamente de carne humana, y que probablemente el cordero seria el amable compañero de la pastora, porque ambos comian fresas y mientras tanto descansaban deliciosamente entre suaves yerbas

y la ambrosía. Poco tiempo despues vi un negrito vestido tambien de capricho, que imitaba á un polichinela, y fué acercándose al grupo ; llevaba en la mano una botella y de ella derramó un liquidambar en unos pequeños vasos.

Me aparté del lugar en que estaba y fuí á ocupar otro en que no veia el grupo, pero no dejaba de ver la tula, y por momentos descubria novedades; mientras tanto mi hijo se entretenia echando piedras en el rio, corriendo y retozando á su sabor, interin yo pensaba si seria posible vivir allí mucho tiempo sin que aquella pareja tan feliz, al parecer, experimentase la metamorfosis, y despues de estas consecuencias con natural acontecen en la vida, porque la mas hermosa ilusion es la mas suave, mas ligera, y sobre todo muy pasajera. Hay mas ; el que es de físico fácil, está muy propenso á sufrir alternativamente de toda clase de sensaciones, de consiguiente, despues de huida la ilusion, entra el fastidio ú aborrecimiento ; calmado eso, la vida cansa porque es sosa, y para luir de esta nos metemos en el círculo social, este teatro que continuamente representa variadas escenas y aturde. Sin embargo, no todos los vivientes son representantes adecuados para hacer lucir la funcion ; á la mejor ocasion la confunden, saliendo de los limites teatrales, tomando un camino opuesto, es decir, toman la direccion de su capricho ; unos gastan su plata viajando por el objeto de ver novedades, y llegan á observar un Vesubio, y para espantarse han gastado dinero ; otros hay que trastornan su razon tomando una pasion, y entonces, para consagrarse con mas libertad, procuran un lugar desierto. Sin embargo, ni estos últimos, pensaba yo, estan libertados de sufrir mas alternativas; eso solo se

concluirá al concluir la vida, cuando nos cae encima esta poderosa mano que le damos nosotros el nombre de muerte.

Este pensamiento me tenia ocupada enteramente en honda meditacion, cuando hirió mis oidos un sonido vivo y armonioso ; desde luego paré atencion ; el dulce sonido venia de un violin tocado con maestría ; escuché y conocí perfectamente lo que tocaba el músico ; esto era la muerte de *Portici*.

El sonido del violin llamó la atencion de todos los viajeros que mas que de priesa fueron acercándose al sitio de donde salia la música ; el que tocaba era el jóven cordero, que luego que yo le vi me pareció que era de muy buena masa ; me lo figuré en vista de estar tan rendido como estaba á los piés de la hermosa jóven, y en el éstasis profundo la contemplaba ; aquella pareja era Julieta y Romeo que se miraban con amor, y así continuaba mientras tanto tocaba perfectamente.

Los compañeros de viaje que luego de haberse colocado para prestar atencion al violin escuchando silenciosamente, entonces dijeron que habian conocido el músico que era un lirico italiano que habia robado una hija de un ricacho, y que despues de casado con ella habia salido de Rio-Janeiro, sin que sus amigos supiesen su destino, suponiendo eso era con la intencion para que las amistades en su ocasion importunas no incomodasen, mientras tanto gozaban su luna de miel en aquel Eden.

Comprendí por qué se ocultaria alli la pareja y al mismo tiempo gozaban de la mas hermosa poesia y de su pasion, huyendo de las amistades. Demasiado egoistas de su felicidad actual, fueron á retirarse en el de-

sierto, y con el mayor silencio se entregaban dulcemente á lo único, que esto era su bienestar que para ellos solos apetecian.

¿Permanecerian acaso, aquellos anacoretas en el desierto, siendo su ermita tan bonita y por mas atraccion aislada, ilusoria y sin la menor base de solidez y deslizable? Con evidencia se veia que la ermita era recientemente armada, era verde, y probablemente los moradores no habian de observar la rigurosa economia de esperar que se secase; mas tambien habia un poderoso inconveniente; esto era que la jóven no tenia nada de ermitaña, muy al contrario, si que con evidencia se conocia era una rigurosa elegante coqueta que no tendria paciencia de conservar su traje pastoril aunque era de raso; porque peculiarmente las mujeres jóvenes tienen el gusto eficaz en variar de toilettes y causando novedad; ahora bien, en este caso tendria la jóven que dejar su risueño Eden, é ir á Rio-Janeiro ó Juiz de Fóra, ¡ ah ! y una vez allí, entre visitas, teatros y modistas se pasará el tiempo y tal vez ya no volverá á su retiro donde se goza el sociego. Pero nó, nó, demasiado seductora es aquella isla, imposible de olvidarse.

Habiéndose internado en el bosque mi hijo, me asusté al pensar que podia perderse, hasta que por último, veo salir de un matorral el niño, rebosando de alegria y gritando se dirigia á mi diciendo :

—Mamá mia, mira qué bonitos huevos tengo encontrado.

Mientras tanto el niño se acercaba, y enseñando unos grandes huevos azules que parecian de aves extrañas, porque todos los pasajeros los observaron y nadie los conoció.

— Bah, dije yo á mi hijo, anda vé y deja estos huevos en el mismo lugar que estaban.

El niño velozmente obedeció, pero otra vez volvió con una cosa.

— ¿Qué es eso? le dije yo.

— Oh, sí, dijo el niño algo cortado, tengo un tierno pajarito, pero este sí que es mio.

— Tiene razon el niño, dijo uno de los pasajeros; los pájaros son del cazador.

Mientras tanto un jovencito habia ido á sacar del omnibus una caja de dulce y otra con biscochos, y fué ofreciendo, mas nadie aceptó; únicamente el niño comió un poco y despues bebió agua de una de las cascadas con un vaso de plata que traia uno de los pasajeros guardado en un estuche.

Se oyó una corneta; este signo era el aviso para que los pasajeros fuesen á ocupar su puesto.

— ¿Cómo? ¿ya está pronto el carruaje? dije yo es-trañando la prontitud con que se habia arreglado.

— Sí, parece que el correo llegó con la rueda, respondió mi esposo.

Todos fuimos en direccion á la carretera, y efectivamente el omnibus estaba á espera de sus viajeros.

Poco tiempo despues ya estaba al avío. Otra vez ya estábamos en continua marcha, y sin salir del desierto.

El omnibus no se apartó del álveo, ni de aquellos montes que tenian tanto risco en las cimas que se asemejaban á torreones. En medio de aquel silencio profundo oí un bramido, no diré leonino, pero funesto, y reparé que los otros estaban como espantados. ¿Sería terror ó espanto? No lo sé, mas cuando el omnibus llegó á cierto punto de confluir los rios, ví un negro criollo, alto, hombros anchos y buena figura,

vestido de cazador ; á sus piés tenia una enorme culebra muerta, ó por mejor decir, agonizando, brotando un arroyo de sangre que se confundia con las aguas del rio. En vista de eso, el omnibus paró para satisfacer la curiosidad de los pasajeros, que desde luego pidieron esplicaciones al criollo.

Este que estaba con unos chismes en la mano, despejadamente mostró un darlo, diciendo con ademán satisfecho y levantando su robusto brazo.

—Con esto, señores, he dado muerte á esta bestia que bebia aguas del rio y se disponia tal vez, para embarcarse cuando yo la despedí para siempre.

—Bah, dijo una voz, es *você* un excelente cazador.

—Es verdad, mamá, dijo mi niño, este criollo es mejor cazador que yo.

El pobre niño se referia á su pajarito.

—No es esto solo, dijo el criollo, el fruto de mi buena caza ; tengo mas esto.

Diciendo estas palabras, con satisfaccion mostró un rinoceronte que amarrado estaba á un tronco de un corpulento árbol.

—¡Jesus ! ¿Y por qué *você* que está armado no mata este animal tan feo? Á esta voz respondió el criollo :

—Yo no mato este animal, porque, si Dios quiere, le he de llevar vivo al Museo, y tal vez él será único, porque esta raza no es del país, supongo que ese será de familia extranjera.

—¿Fué este animal quien dió tan espantoso grito?

—Nó, era yo, dijo el cazador, que llamaba á mis compañeros, y esta es la señal.

Bah, preciso fué dejar el criollo, con su preso y su víctima, y continuar nuestra carrera. Á cierto punto descubrimos la residencia del Sr. Dr. Cuning y unos

aquella ocasion, quando oi que me llamaban porque el omnibus estaba pronto. Mientras tanto mi niño se alejaba de mí, y la noche se acercaba, y no era posible esperar que en el desierto anochebiese.

Corriendo detrás de mi bellacuelo le puse los dos brazos encima, le llevé al omnibus metiéndolo dentro, y así lo aparté de las aves, y mientras tanto fuimos acercándonos á cierto punto llamado vulgarmente la Babilonia moderna; lo cierto es, que la ví arruinada como á imitacion de la Babilonia antigua. Efectivamente, ví muros como de fortaleza; esto único se conservaba; en cuanto al pináculo del edificio, reitero que no existia. Sin embargo, ví grandes piedras, escombros de la Babilonia esparcidos por aquel campo de pinabetes.

Á otro punto ví terreno escorial, y me dijeron que allí se habia beneficiado una mina de oro, que un grande pedazo de él estaba en el Museo.

Á otro punto diferente, que no dejaba de pertenecer á lo pintoresco, descubrí una bella casa chinesca con magnificas hileras de columnas de piedra, sosteniendo con la mas bonita invencion un rico toldo, miré y ví que tal verdor era un parral pero con las uvas incompletas; no era como las parras que ví en las huertas de Vestphalia.

Á otro punto observaba un campo rubial, quando veo pasar por el lado del omnibus un coche tirado por cuatro soberbios caballos; ví en el fondo una jóven que me pareció la ninfa misteriosa, la cantora del monte. El coche pasó velóz, y detrás andaba un caballero anciano montado á caballo. Como he venido á saber despues que el anciano era padre de la jóven.

Poco despues salimos del bosque.

Lo primero que vi fué grandes praderas todas verdes y floridas, vi rebaños de corderos, de bueyes, cerdos y muchas gallinas.

— Bah, dijo mi niño que estaba sentado en mis rodillas : estos transeuntes indican que nosotros estamos cerca de alguna villa ; á no ser así, no habria tantos animales domésticos.

Efectivamente, poco despues llegamos á la estacion de Entre-Rios; allí nos apeamos del carruaje tirado por las mulas, aunque el viaje se habia de continuar, pero con el tren llamado D. Pedro II. En aquel punto de la estrada vi cuatro edificios, siendo uno una fonda, y á ella nos dirigimos para hospedarnos por algunas horas.

Entré en una sala muy grande y lo primero que vi fué un grupo formado por Lidia y su padre, siendo este un anciano pulcro y de galante aspecto; la jóven estaba de traje á propósito para viaje, cuyo viaje que padre é hija hacian á la córte en la ocasion que me refiero, tenia el objeto de comprar un ajuar completo, incluyendo las alhajas y mas adornos de lujo para la hermosa ninfa que se habia de casar.

Se mandó preparar un almuerzo, pues todavia no habia tenido lugar este acto gastronómico; al avisarnos que yá estaba servido, el tren llegó, y sin haber satisfecho el apetito, nos entregamos á otra tarea, apresurándonos para llevar los equipajes al tren, de manera que en vez de llevar un pedazo de pollo en el vacío estómago, se quedó en la mesa entero; entonces nos despedimos á pesar nuestro.

Bah, la campana tocó, y todos los pasajeros atropelladamente se metieron en el tren. Estando ya colocada me alegré mucho, porque reparé que se habian sentado inmediatos á nosotros Lidia y su padre.

Me paració la preciosa ninfa algo voluntariosa, no siendo eso estraño, habiéndose criado la jóven sin madre, mas tiene un corazon noble; en breve citaré uno de sus actos generosos.

Al partir el tren fué un rayo porque tenia toda la fuerza de la máquina. ¡Jesus mio, qué carrera! Con rapidez viraba montes, á cierto punto me vi en la cima de uno de ellos y abajo vi hondos precipicios y longitudinalmente se veia todo lindamente lozano y con precioso estilo seductor; al tiempo de pasar por aquella escarpada vi rápidamente, sin embargo, merced á mi activa atencion, vi la hermosa escenografia. La estrada separaaquel bosque, y el tren veloz volaba por su libre puesto.

Pues si, aquella carrera rápida no me dejaba observar; únicamente veia panoramas hermosísimos circunfusos; con todo, nunca dejé de mirar con atencion, montes, valles, rios y todo lo demás que contienen los sitios que dan paso al tren; pues sí, á pesar de la rapidez de la carrera, tonta de mí, estaba á una de las ventanillas del tren con la cabeza fuera para ver mejor. ¿Qué habia de hacer? para satisfacer mi curiosidad no tenia otro método para apaciguar mi ávido deseo.

No diré nada de la novedad que me causaba el descubrir cuadros de tanta longueza que se perdian de vista en lontananza. ¡Oh! ¡oh! ¡Jesus mio! ¡Ay! sí, sí, ¿y qué veo? y sobre todo no podia contener la admiracion, y no era estraño que rebosase. Reitero que cuando admiraba una belleza, me sorprendia otra por estilo diferente, pero no menos hermosa; en efecto aquella excelente y sólida cadena de oro que cuando se interrumpe solo era para admirar los brillantes que radiantes se presentau con toda la novedad de un gusto sublime.

Pasé por un punto llamado el Paraiso.

Ví grandes montes lisos y todos de sáxeo y muchas mas ricas pedrerias de un color rosal. Pues de estos magníficos conjuntos de la mas rara belleza no intentaré siquiera bosquejarlos.

Sobre todo, haciendas ví que tienen tanto terreno que léguas habia que el tren andaba y todavía continuaba aquel fertilisimo campo. Ví tambien una quinta con tantos negros que cultivaban que nunca ví en mi vida tantas moscas como negros habia en aquel grande campo. Por aquellos circuitos ví muchas casitas que serian de los colonos. Ví tambien una iglesia de forma moderna, con una torre conteniendo su campana, y en la cima una grande cruz, indicio evidente de observacion á la Religion Cristiana, y me dijeron que todos los dias celebran la misa en aquella iglesia ; los colonos obedientes al sonido campanario, que toca por la mañana al amanecer y despues cuando el crepúsculo se despide del dia ; pues sí, estas son las horas que son consagradas á Dios nuestro buen padre, y pedirle en oracion lo que nos falta. ; Oh ! esto solo lo saben los desgraciados, los infelizes que carecen de eso todo necesario en la vida : pero no acontece eso á estos colonos, porque ellos nadan en la abundancia.

Bah, á cierta distancia de esta colonia ví una villa con muchas casas, mas todas ellas las ví de lejos ; lo único que ví de cerca fué el cementerio. Cabalmente todo cuanto ví, aunque triste, era interesante.

Todos los apreciadores del gusto perfecto, todos los amantes de la novedad, que hagan un viaje á Petrópolis, sin olvidar despues de pasar por Entre-Rios. Este viaje solo, es bastante para escitar el mayor entusiasmo, admirando como yo estos planos criados por Dios,

y que todavía conservan su preciosa pureza y una copia de encantos.

Sin embargo, despertando en mí internamente, en el mismo acto descubridor de la mas perfecta delicia, ¡oh! sí, se mezcla con la mas dulce melancolia hija del pensamiento que como un pájaro pasaba por mi mente. Eso era cierta ánsia que me hacia creer que era la postrera vez que mis ojos tenían la dicha de gozar tanto atractivo; mas felizmente aquella atmósfera, que la gracia de Dios posee, tiene la virtud de apartar la tristeza, dominando graciosamente mi mente, haciendo como el iman que vá con direccion al hierro, pues yo ledamente procuraba la simpatía que luego encontraba en aquella hermosa poesía.

Efectivamente, la poesía, la aroma que se respira en las selvas de Entre-Rios, con tanta voluptuosidad donde se goza tanto como en Petropolis, de aquella esencia celeste. ¡Oh! sí, eso es, no extraño por lo tanto que mi impedimento, siendo mas que suficiente para tambien impeler á la pluma, que débilmente está en mi mano, y no obstante ha de hacer su circunloquio. De consiguiente, aunque siento grandes y espresivos efectos, no esplico su poder misterioso y mudo que se introduce en el alma. ¿Y estas consecuencias serán acaso chispas despedidas de la magnificencia de esto todo? obra hecha con la mayor perfeccion, criada á terrenos americanos, de suerte que estes puntos admirativos pertenecen á la Barra del Pirahy.



VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS



CAPITULO IX.

Sigue la ruta itineraria.

Mi buena y muy amable lectora, felizmente el dia nos favoreció del todo, de suerte que ni una nube se vió en todo aquel dia del hermoso Abril; el horizonte se dejaba ver puro, esto era cuando nos daba paso alguna grande pradera, que muchas pasé, siendo todas lozanas.

Serian las cuatro y media de la tarde, pero como nos encontrábamos en la altura de los montes, los rayos del sol nos daban de golpe. Cuando veo, ¡oh! mentira, nada vi; ¿cómo habia de ver, si me hallaba en la oscuridad, si estaba metida enteramente en las tinieblas? casualmente en aquel mismo instante habia yo dejado mi lugarcito ventánico, siendo este el motivo por qué me encontré desprevenida; á no ser así, yo hubiera visto cuando el tren se internaba por aquella abertura que rompe la dura montaña.

Con todo, bien sabia yo que el tren tenia que pasar por los tunels, mas no me habia formado una exacta idea de cómo habia de ser.

¡Oh! si por una rara y extraordinaria casualidad apareciese en el mundo, en la actualidad, uno de los tan sábios patriarcas, tan ignorantes en aquella época antigua como descubridores son ahora, de suerte, merced al despejamiento físico, nosotros gozamos, gracias á los desvelos y profundos estudios de tales hombres modernos. ¿Qué diría un patriarca respecto á este mundo reformado, de estos magníficos adelantos, grandes obras hijas de talentos ilustrados, de las ciencias antiguas rendidas á las modernas que con tanta perfeccion han luzido su brillante escelente disposicion con tanta magnificencia, y eso en un rico país que de sí ya goza de todo el favor del mérito, de suerte que están muy bien en el caso todas estas obras maestras, tanto del arte como el mérito siempre se aumentado la pulidez de la natura, porque se admiran mas los tunels. Esto si que con evidencia es otra obra ejecutada por los hombres, campeadores por su idea, y tan sólida que existirá siglos; verbi-gracia, estos tunels que habia yo oido alabar tanto, y ahora felizmente yo soy concedora del mérito que poseen; ya me habian explicado eso, pero yo no me habia formado una idea acabada; de consiguiente, yo que amo tanto el Brazil, no puedo reprimir los impulsos naturales que siento á su favor, y no dejaré de repetir: bendita sea el alma de todos los descubridores que han aumentado el bien de su patria, por ejemplo estos discretos ingenieros tan instruidos y fervorosos en las obras grandes, y al mismo tiempo preciosas y útiles á la humanidad, de cierto que estos talentos despejados, tanto á favor del prógi-

mo, y sobre todo en el mayor beneficio civil; de suerte que estos talentos consagrados á la pátria, dejan perpétuo recuerdo, siempre grabado como sus obras.

¡Oh, Dios mio! Cuán digno es de toda bendicion el hombre que constantemente se desvela, nó por hacer su fortuna á veces en perjuicio del prógimo por su ejemplo de egoismo; al contrario, se desvela sí, generosamente y único objeto para ejecutar los adelantos inventados por las continuas invenciones para el bien público que no todos los hombres se ocupan de él, por lo mismo, los que son tan nobles, bien merecen la bendicion general y el agradecimiento perpétuo. Pues sí, estos autores del bien, de superior talento que llega á cierta profundidad, á cierta elevacion, que del Cielo reciben las órdenes dadas por Dios á los ángeles.

Bah, esta es la gracia, porque estos hombres obran perfectamente, y sobre todo, si estos hombres tan felices por su mérito, no poseyesen una alma sublime, ¿no estarian orgullosos de sus obras magnificas? y como ya he dicho, generosas por ser en bien público. Cuyas obras populares, donde todos se ocupan, sacando su provecho suficiente para pasar la vida licitamente.

Bah, merced á todos los obstáculos vencidos se pasa por estos tunels, cuando antes no era posible pasar; y ahora, es continuo el tránsito entre tierras lejanas de estos terrenos inmensos, y que antes estaban abandonados, y en la actualidad gozan del mas activo comercio. Pues sí, reitero que es obra de grande utilidad estas aberturas en las entrañas de estas altas montañas y sin destruirlas por eso, al contrario, esto es, mas nuevos encantos.

¡Jesus mio, y cuántas dificiles dificultades, y con

todo peligrosas, y sin embargo vencido todo, para aquellos espíritus animados! ¿Y quién negará, de todos los que han presenciado el fruto de estos perfectos trabajos, que esto no sea verdaderamente maravilloso?

Ahora bien; Partiendo de estos puntos, se puede ir con facilidad, siempre con el tren á Minas, y á muchas ciudades del Brazil.

Pues como decia, cuando pasé por estos tunels experimenté una sensacion, creo haber dicho que los rayos del sol nos iluminaban, y de repente experimentamos toda la oscuridad, siendo esta peor y mas negra que la oscuridad de la noche, porque esta tiene sus astros luminosos que naturalmente le prestan su opaca luz, y á veces, gracias á la luna, que tanto favorece con su luz plateada, aunque faltan estos objetos, por ser una de tantas noches que se conservan encapotadas, y sin embargo no se descubre el firmamento, mas nunca reina tanta oscuridad semejante al limbo; siempre el cielo conserva algunos reflejos de celestial luz con la bienhechora accion de cortar las tinieblas, mas al pasar por los tunels, aunque tenia los ojos abiertos, experimenté toda la tenebrosidad, lo mas bastante posible horrorosa, ó por mejor decir mas estraña; esto que dicho tengo fué á los primeros tunels que pasé, esto es, fué en razon de no haber todavia encendido los faroles. del tren.

¡Jesus, qué frio sentí hasta el punto de estremecerme! ¡Qué atmósfera mineral percibida por poco tiempo! ¿y entonces? ¡qué trasluzamiento tan chocante me causó el sol, cuando al salir del tunel hirió de sopeton mis ojos! Efectivamente, ver el sol vivo en el mismo instante de salir de las tinieblas, aquella no-

vedad fué como ver un metéoro, y mas porque pocos momentos despues ya entraba el tren por la boca de otro tunel, encontrándonos otra vez en las tinieblas; asi alternativamente fuimos pasando hasta cierto punto en que el tren fué perdiendo la fuerza de la máquina, ya no tenia aquel vivo vuelo, de manera que sólamente arrastraba, con su tris tras, hasta que por último paró.

En un prado habia parado el tren, mas como estaba cerrado por la parte de afuera, tuve que esperar que abriesen.

Efectivamente, un momento despues, uno de los empleados del tren abrió, y desde luego nos apeamos.

Ví en un gran patio, siendo ese de un edificio en que yo habia entrado, donde habia dos anchas escaleras; ambas conducian á la fonda; subí yo detrás de mis compañeros, com mi niño por la mano, y muy atenta á los cuidados que exige la infancia; esto es, procuraba evitar que el niño fuese atropellado, porque en aquella ocasion ví que los señores pasajeros dispensaron la política, presentándose del modo mas vulgar; de manera que al entrar en la sala lo primero que ví fué un atropellamiento muy á propósito para usar en un mercado, y los señorones pasajeros exactamente tambien imitaban los activos compradores, y en efecto, en aquella ocasion ellos lo eran, con la ventaja que lo que se compraba estaba yá asado, pronto á punto de comer, de suerte que estaban las mesas bien preparadas para complacer á los aficionados á la gastronomia. Bah, desde luego comprendí el objeto del apresuramiento que movia un barullo que dejaba á muchos atolondrados, y eso todo, para poderse sentar cuanto antes y verse cerca de los platos que ellos preferian.

Aquel banquete comercial á su modo, fué poco gra-

cioso y algo insolente. ¿Eh? y sin embargo, prudentemente permaneci callada y parada, sin arreglar nada, dejando buenamente el negocio por el que lo maneja. Reparé que muchas caras me eran enteramente desconocidas; sobre todo, con evidencia vi que eran extranjeros, y no sé por qué objeto tales sujetos me fueron antipáticos, es verdad que su aspecto de elacion retiraba toda chispa de confianza.

Bah, reparé en aquella ocasion que mi niño estaba con su traje desabrochado; pasé á un cuarto contiguo, y alli lo arreglé, y entonces ambos salimos con animo de sentarnos á la mesa y cortar una ala de pollo para el niño y un pedacito de pechuelo para mi, mas la destroza fué general; nada entero habia en la mesa, y si no me pareciese mentira, diria que casi todo lo perteneciente al negocio comelon habia desaparecido con la mas rápida velocidad; bah, lo que á mi me parecia imposible, otros no lo dudaron, diciendo que con la mas activa prontitud habian sepultado la mayor parte en los abismos de sus estómagos.

— Mas, eso no es posible, dije yo.

— Pero mamá, contestó el niño, alguno de esos muchachos habrá llenado algun saco para tener provisiones por el camino.

Mientras tanto la comida se continuaba con el apetito de los lobos, habiendo servido nuevos platos á la mesa, y entre ellos macarrones que se comieron á la italiana. ¡Caramba! qué espectáculo, al parecer tomado con la mayor formalidad, y con todo muy á propósito para el que no tomaba parte de él, reir: mas mi niño á la vista de tal entusiasmo se animó y me pidió permiso para tomar su pequeña parte. Si, niño, le dije, anda vé á sentarte cerca de tu hermana y ella

te servirá de algun dulce; mientras tanto yo te esperaré en la galería. Efectivamente sali al lugar indicado; allí estendi la vista y vi á una linda y muy elegante amazona, que con la mayor cautela se apeó de una mansa y muy gorda yégua, y despues de haberse arreglado su larguísima falda á su brazo izquierdo, entró con pasos acompasados á la fonda. Vi tambien en la frente del lugar que yo estaba, un edificio con todas las ventanas abiertas; gracias á tantas aberturas pude ver el interior; efectivamente me pareció la residencia de una familia, porque vi á una anciana que estaba sentada en una butaca, y uno de sus brazos apoyado á una mesa ovada, sostenida por una esfinge; esta mujer, con actitud pensativa, sin estar ociosa, se entretenia en dar golpecitos en una cajita, y tomando de ella rapé y mirando á una jóven que supongo seria su nieta, la cual permanecia en un balcon con su rostro risueño, y lo que llamaba la atencion por ser demasiado notable, era ciertas graciosas ondulaciones de cuerpo, indicando lo mucho que tenia la jóven de coqueta; su aire, sus flores caprichosamente colocadas entre las ondas de sus abundantes cabellos negros como ébano, su traje todo blanco, y una hermosa dionisia adornaba su pecho: esta jóven aunque coqueta, observaba com notable aficion el prado, sus ojos anhelantes de aquel terreno no se apartaban. Creí por la apariencia que la jóven esperaria á su amante: efectivamente cierto caso que presencié me convenció de eso. Verbi-gracia, vi un jóven arrogante, con trazas de currutaco ó por mejor decir, con el orgullo de un conquistador, montado en un caballo Argel, de manera que al descubrir el ginete aquella jóven del balcon, que como supongo esperaba

el mancebo, de la sensacion que sintió este, lizo un esquince al mismo tiempo que el caballo daba una rápida vuelta que infelizmente echó el presumido caballero en el suelo ; esta escena algo ridicula por él que deseos tendria de enamorar, y en el acto crítico cayó de cierto modo deplorablemente ridiculo, y todavía peor por ser prolongada, porque el sombrero del jinete, al tiempo de caer este ultimo, el primero habia volado hasta que por fin se habia quedado sepultado en las altas y espesas yerbas del prado. Jesus, ya lo creo que con natural estaba yo entretenida con aquel caso olvidada del peligro eminente, porque poco faltó para tener que quedarme allí embebida ; el esquilon habia tocado sin yo haberlo percibido, mas todos los pasajeros ya habian dejado la mesa, mientras tanto yo permanecia con los brazos apoyados en los hierros de la galería mirando levantar el pobre jóven atronado á la vista de su Dulcinea ; bah, admiraba yo el jóven tan guapo y orgulloso poco antes, y despues de la caida, terrible, porque se dejó su cara toda empolvada, el cabello desarreglado, la levita sucia, ¿qué mas diré para declarar el pobre ridiculo de este sugeto horriblemente feo por su trastorno y sin embargo, era digno de lástima verle padecer, y con todo hacia grandes esfuerzos para disimular, á pesar del pobrete procurar su sombrero trahojando.

La jóven que ya he mencionado, quando cayó el jinete del caballo dió tan terrible grito, que la anciana se habia levantado y saliendo al balcon vió el jóven en mal estado sin mas motivo que por él haber perdido el equilibrio ; desde el punto en que yo estaba oí perfectamente la anciana exclamando:

— ¡ Oh Jesus mió ! ¡ Virgen Santísima ! ¡ Como está feo este muchacho !

Circunstanciadamente yo continuaba mi observacion : ! Oh ! Cuanto mucho se notaba lo que sufría la jóven : mas en esta ocasion me desviaron enteramente de tal escena ; esto fué una voz que me decia :

— Madama, ¿ se queda á pasar la noche aqui ?

— ¡ Oh ! no, respondi.

— Pues el tren está pronto para partir.

El que buenamente me avisó era una especie de arlequin con trazas de chusco, no obstante de haber hecho esta observacion con la rapidez de esas palabras.

— Ah ! muchas gracias, y me apresuré para tomar la direccion de la escalera bajándola corriendo, encontrando en mi camino una niña que á pesar de mi precipitada marcha me paró para pedirme una limosna por amor de Dios. Sin ser posible dejar de atender á una voz angelical que pedia un humilde socorro, saqué un billete de Banco de mi bolsillo, y dándolo á la niña, sin dejar de apretar la manecita de la pobre criatura que me seguía hasta haber alcanzado el tren ; entonces me senté en mi lugar dirigiendo una mirada á la niña ; ella se habia acercado al tren y dicho estas palabras con cierto júbilo natural de la infancia :

— Ya vé Vd. como Dios le reservó su lugar ; hasta la vista, señora.

Y esto diciendo, la pobrecita levantó su manecita agitándola con gracia.

— Adios, niña, le dije, que el Cielo te guarde.

Como habia pasado tan véloz aquel momento, sin el menor lugar ni siquiera de pensar, y sin embargo una idea afectaba mi mente, cuando por instinto dije :

Mucho deseo tengo de saber de dónde será esta niña tan pobre de recursos, al parecer, y tan interesante por su gracia personal. ¡Cuán feliz sería yó en poderla socorrer!

Acto continuo, una voz dulce que salía de la hermosa boca de Lilia, que como he dicho, estaba sentada muy cerca de mí, de suerte que al oírme me contestó.

— Señora, si Vd. quiere, yo le puedo ofrecer un método para mitigar el infortunio de esta muchacha.

— ¡Oh! sí, Señorita, desde ahora acepto; diga: ¿Qué he de hacer para aplacar mi compasión?

Lilia respondió, con un tono formal, y al mismo tiempo dejaba conocer cierta emoción reprimida:

— Habrá un mes que conozco esta niña, y puede Vd. creer que es digna de lástima; lo que extraño mucho es esta libertad que su madre le permite, obligada, sin duda, por sus tristes circunstancias, y siendo ellas mismas las que pueden estraviar esta inocente niña de manera, para evitar su perdición, ya me había ocurrido una idea; no la pasé adelante porque deseaba encontrar otra mujer para asociarme con ella. Felizmente, ahora, que la encuentro, ambas deliberarémos y Dios permita que logremos sacar esta niña de la desgracia.

— ¡Oh! si señorita, como Vd. dice, entre ambas conseguiremos hacer bien á esta niña que es tan bonita y dá tanta lástima ver su lindo cuerpo dentro de un vestido tan roto.

— Pues sí, la madre de esta criatura es mas linda todavía que su hija, es una guapa italiana; la he visto hoy al pasar por su casa, que la tiene muy pobre, por cierto, y su mayor desgracia es que tiene su marido ciego; antes de esta desgracia era un poeta como Angelli-

no. De manera que esta niña es el único recurso de sus padres que esperan lo que su pobrecita hija pide, y siempre recibe, merced á la caridad humana; y, con lo que alcanza, aunque poco, viven sus pobres padres y dos hermanitos, de manera que para aliviar esta pobreza, bueno sería poner la niña en un colegio, y para completar nuestro acto benéfico tacharemos una mensualidad á sus padres para que se arreglen con sus dos hijos que todavia son niños.

Ahora bien, desde aquel momento hendeci la casualidad que me permitió unirme con la bienhechora idea de la buena Lidia, porque he conocido el corazon de un ángel. Bah, dejemos eso y pasemos al discurso del viaje.

En esta ocasion habian encendido las farolas del tren, aunque todavia no eran las 5 de la tarde, no obstante comprendí el objeto de esa anticipacion: como todavia habíamos de pasar por algunos tunels, bueno era evitar el encontrarnos envneltos enteramente por las tinieblas, aunque aquellas luces eran flacas, sin embargo, de algo sirvieron.

Mi atenta observacion fué continuando encontrando muy bonitos los alrededores de Arerro grande, y viendo un rico edificio que con razon me dejó admirada pareciéndome un castillo encantado, de aquellos que nos pintan los poetas en sus cuentos de hadas. La construccion á mas de ser hermosa, era sólida, con muros de fortaleza, una atalaya dominaba aquel pintoresco terreno. No sé porqué objeto tan poderoso, detenia toda mi atencion ocupada en aquella torre: cierto es que varias veces saqué la cabeza por la ventanilla del tren, prueba evidente era eso de lo mucho que me agradaba aquel perfecto cuadro, aunque visto de dis-

tancia lejana, pero bajo un cielo azulado y sobresaliente del campo mas pintoresco.

— ¡ Qué encanto de grandeza encierra la torre esta que á la derecha hemos dejado ! ¿ Es verdad que está hermosamente elevada como un astro en el firmamento ?

— Cierto, contesté yó al caballero que habia dicho estas frases.

— Bah, si Vd. supiera, Cármen, la historia que se puede contar respecto de la dueña de ese palacio, no dudo que mucho Vd. se interesaría por tan bello asunto que con certeza ha de ser de su gusto.

— Pues bien, tenga Vd. la bondad de dar principio á este asunto.

— Mas como yo soy exigente, antes de hacer á Vd. sabedora de esta historieta, que algo tiene de novelesco, y no obstante me comprometo á contar circunstanciadamente, y como yo la creo tan interesante, digna de toda atencion, y como veo esto en Vd. imposible.....

— ¿ Cómo imposible ?

— Cierto, porque veo que Vd. continuamente se levanta, y creo yo eso, falta de sociego, yá mirando por acá, yá por allá.

— Exacto es lo que Vd. dice, mas ¿ no comprende que eso es hijo de mi especial gusto y que no soy dueña de dominar ? cierto que admiro estos cuadros...

— Efectivamente, comprendo su admiracion, porque para Vd. que es estrangera, estos terrenos son una novedad ; mas por esa razon no quiero yo incomodar á Vd., apartándola de su atencion terrenal para el egoismo de aplicar su interés en mis palabras.

— Sin embargo recuerdo que Vd. ha dicho que á

mi me habia de gustar saber la historia de la dueña de este palacio. ¿Acaso es de alguna heroína?

— Cosa semejante.

— Me parece, Sr. Fursi, que mejor será que abandonemos las tonterías que de nada sirven, y vamos ya al grano. Vaya Vd. contando, yo mientras tanto escuchando, y haciéndolo así, puede Vd. creer que yo no perderé ni un ápice de mi calculado proyecto. Esto que dije yo era relativo á mi formado plan, que era el de hacer despues una descripción de mi viaje.

Parte de la historia de Clemencia Bel.

En ciertos puntos de la Bahía, vivían un caballero y una jóven; el primero se llamaba Pedro Alves Cabral, y la última Clemencia Bel, la cual era ahijada de Pedro, que fué el descubridor del Brazil. No vivían juntos; cada qual tenía su palacio separado, mas antes de ocuparlo Clemencia, había vivido en los montes 15 años; esta jóven era estremadamente rica, únicamente carecía de lo que ella mas anhelaba; eso era el amor maternal; nunca había conocido á su madre, sin embargo, aunque criada con toda libertad, era muy virtuosa y dotada de la mayor belleza; su garbo, aunque algo tenía de salvaje, pero el lujo con que estaba adornada merecía la atención general, y efectivamente era así; y como ella era una mujer llena de atractivos, á cuál mas seductor, eran muchos los adoradores que la pretendían.

Casó, y de la cuarta generación sacaremos á luz otra Clemencia, verdadero retrato de la primera,

ejemplar de belleza, y tan instruida, que muchas personas se complacian en cultivar su amistad.

Cierto que la jóven desdeñaba las tonterias, pero con tanta dignidad, que los hombres lo atribuyeron á orgullo, y eso fué un motivo para crearse enemigos ; pero siendo tan poderosa la opulencia de Clemencia, á pesar de todo, ella vencedora, feliz vivia ; mas, como este mundo está compuesto de hombres de todas clases, asi es que mientras unos aplaudian la dignidad mujerial, otros le estaban armando intrigas.

Cierto dia que en la opulenta casa de Clemencia habia un espléndido banquete, donde asistieron grandes personajes, aconteció un caso bien particular, el cual explicaré despues de haber dado un insignificante conocimiento á respecto de las virtudes que tanto hermoseaban á Clemencia.

Pues si, esta jóven, despues de haber vivido en la Bahía elevada por su posicion, como he dicho, dejó aquella tierra para vivir mas tranquila en ese lugar retirado.

Vamos ahora á contar uno de los actos de beneficencia emanados de Clemencia, y creo, que este solo será suficiente para atestiguar su generoso mérito, elevando su virtud y conservándose siempre bajo su pedestal casi glorioso.

Vivia en la Bahía habia 22 años, un hombre portugués, muy honrado, únicamente tenia el defecto de ser orgulloso, y en una ocasion peleando perdió su brazo derecho ; y como él era empleado por el gobierno, en vista de él estar inutilizado, le quitaron el empleo ; este hombre se llamaba Perez, ya era anciano, y con mas razon lloró su desgracia, que lo dejaba en la mas desesperada pobreza ; se vió aislado y

sin recursos; su orgullo no le permitia apelar á la terrible humillacion de pedir á sus amigos; su mayor martirio era considerarse para el prógimo objeto de incómodo, y huyó de la sociedad, mas perseguido por su fatalidad no dejó de dar cabida á sus tristes pensamientos; uno de ellos fué el de embarcarse para su tierra; pero eso mas aumentó su afliccion, porque bien sabia que ya habia agotado su dinero; ni siquiera tenia para satisfacer los pocos gastos del viaje. Por último, los sentimientos de Perez fueron confiados á un fraile capuchino, anciano y pobre tambien; este conocia á Clemencia, porque constantemente le daba crecidas limosnas para repartir á los huérfanos, viudas y ancianos; asi es, que el capuchino hizo sabedora á Clemencia de la pobre situacion de Perez. La compasiva jóven en seguida se desprendió de un 1:000\$000 de réis y dándolo al capuchino, le dijo: « Dará eso á ese infeliz, y cuando lo haya acabado venga Vd. á mí y le entregaré otra cantidad igual. » ;Oh! nó, no creo eso aceptable, y sin duda como él es tan raro llorará, porque eso atacará su demasiado amor propio. Estas frases dijo el humilde capuchino, cierto de que Clemencia penetraria el cálculo que ellas descubrian, y mientras tanto dejó el 1:000\$000 en cima de una mesa, y salió del palacio de Clemencia; esta mujer que todo lo habia comprendido, « bah, dijo, no es una limosna lo que ha de aliviar la desgracia de Perez, únicamente es un favor; este yo lo haré. » Á fuerza de plata compró la noble jóven el empleo que antes de su desgracia tenia el portugués, naturalizado brasilero desde 22 años atrás, y despues usó del modo que sigue: Hizo que parase en poder de Perez una carta que contenia estas palabras:

« Un principiante que carece de capacidad suficiente para cumplir un encargo que el gobierno ha « tenido á bien ordenar, su deseo es cumplir exactamente, pero con el interés que merece, sin embargo, sin un apoyo vacila él y no se atreve á comprometer su nombre, y por eso apela á Vd. que tambien « desempeñó su empleo durante 16 años, y despues « por su desgracia le quitaron ; si viene á decir eso, « es únicamente para hacerle presente la necesidad « que tiene de su práctica respecto á esas materias ; « por lo mismo Vd. para mi es el primer sujeto que « me puede ser útil ; él, ignorante con sus pocas semanas de empleo, no puede comprometerse á cumplir los trabajos con exactitud, á no ser que Vd. se « digne conducirlo con sus consejos : en este caso él « desempeñaria muy bien el empleo y en cuanto al « salario que ahora felizmente está aumentado, se « repartiria entre ambos. »

El que habia desempeñado este encargo era un pobre muchacho hijo de una viuda ; no tenia mas recurso su pobre madre, que lo que le daba su hijo para sostener 5 hijos chicos, y esta familia era protegida por Clemencia , pero con tanto secreto que hasta ellos mismos lo ignoraban : ahora bien, fácil es comprender, que desde luego aceptó la proposicion el pobre Perez, y bendijo el dia aquel que para él fué verdaderamente dichoso, y con todo permaneció durante su vida ignorante de aquella noble subrepcion, hija de la buena Clemencia, mujer verdaderamente filantrópica ; no obstante no fué libre de envidias esta bella matrona. Pues, como decia antes de citar este acto natural por la generosidad de esa mujer.

Cierto día que cumplía años, Clemencia, pareciéndole propio dar un banquete, lo dió, por cierto muy espléndido y al tiempo que los convidados estaban á la mesa, obsequiándose unos con otros, del modo mas opíparo y mientras tanto la música tocaba un himno nacional, cuando súbitamente interrumpieron esta alegre escena tres ó cuatro criados que consternados se presentaron en el salon, donde comian regalemente aquellos personajes, alarmándolos todos con estos gritos : ¡Señores, en el salon de baile hay fuego ! Todos, hombres y mujeres, dejaron su lugar y con velocidad corrieron al salon de baile y efectivamente vieron las llamas que rápidamente quemaban los objetos de lujo que estaban esparcidos por allí ; todo lo sumía la electricidad de aquel nuevo Vesubio. Clemencia que era omnívora, desde luego comprendió de donde emanaba aquel fuego ; habia visto en su casa, sin haberlo convidado, á uno de sus mayores enemigos, y tambien habia reparado que no se habia sentado á la mesa, de manera que él, atrevido, duende perverso, que la fuerza de la envidia le hizo delinquir, pues este era quien habia derramado la pólvora, y despues la habia encendido principiando por el cortinaje.

Clemencia sin manifestar alharaca, callada permaneció, sin embargo recordó que tenia en su cama una niña que dormia, y mas que de prisa la fué á salvar ; tampoco olvidó un pobre ciego que ella tenia en su casa por caridad, y tambien le salvó con la rapidez de un ángel. Por último, ofendida Clemencia por algunas ofensas, dejó la ciudad de la Bahía y fué á vivir á Rio-Janeiro ; poco despues supo que un sugeto sabedor del crimen cometido en su casa, habia delatado el malvado

á la justicia; lo prendieron, y le encontraron causa y lo castigaron terriblemente; sin embargo, como Clemencia ya habia mandado construir este palacio que fué de su gusto, nunca jamás lo dejó; solamente cuando murió, y para reemplazar su falta existe su retrato hecho por un gran artista, que parece sobrevive el original, y á más tantas estatuas hay perfectamente sólidas que representan su figura; no dudo dejarán un recuerdo perpétuo de esa elegante matrona, que dejó tres hijos varones, los cuales rindieron los mayores homenajes al hacer los funerales á los restos amados de su madre. Por último, en este palacio hay preciosas curiosidades, retratos magníficos, sobre todo el de Pedro Alves Cabral.

— ¿Ese personaje que fué descubridor?

— Yo lo creo, y qué grande hombre, ¡Jesus, qué valor!

— Pues bien, yo deseo saber algo respecto de ese personaje histórico que ha existido en un punto brasileiro. A propósito, y disculpe Vd. que interrumpa ese asunto por otre no menos interesante; dicen que es inmenso este terreno brasileiro y que hay tantos indios, y que los del interior á pesar de ser salvajes, son muy adictos al Monarca.

— ¡Ya lo creo!

— Ahora recuerdo cierto caso que apoya lo que he dicho. Habrá unos ocho años que llegaron á la córte del Brazil unas familias indias, y que nada menos llevaban de continuado viaje, tres años, y su peregrinacion únicamente era para llegar á la córte y ver el Emperador y la augusta Emperatriz que es tan buena, que el mérito de su bondad, hasta ha conmovido los indios á admiracion y respeto.

— Sí, á mi tambien me recuerda perfectamente este caso, y por cierto llegaron estos indios pobres, y cuando se volvieron para sus montes, que fué despues de una corta permanencia en la córte, fueron con cuatro pares de mulas jóvenes, á propósito para resistir al gran peso de sus cargas todas de ricos géneros y talegos de dinero que la familia real habia dado por limosna, y mas algunas cosas que debian á la caridad agena.

— Bah, insensiblemente nos hemos apartado del descubridor.

— Nó, voy ya á principiar la historia, ó por mejor decir, á recordar algo á ese respecto. En cierto punto del Brazil, en los desiertos, en las riberas del mar, en cierta ocasion descansaban unos indios, y atentos observaban el Oceano que estaba horriblemente agitado por una terrible tempestad; las olas eran tan altas y al mismo tiempo bravas, que con fuerza levantaban un buque que luchava y que fatalmente el mar lo vencía, porque ya se veía sumergir ó levantar, pero nunca salir del peligro; y por último, despues de una terrible lucha entre las ciencias náuticas de los pilotos que habia á bordo de aquel fuerte buque que peleaba contra las olas del mar, y él, que probablemente se hubiera salvado, á no caer desgraciadamente el buque con fuerza entre las rocas, y en ellas se estrelló.

Como aquellas rocas estaban á pleamar, y sobre todo, á la resistencia de un furioso temporal, bravas como los diablos, aumentaron la desgracia haciendo que con brevedad todo desapareciese.

Sin embargo, poco despues apareció un ramal, y que formaba como un círculo, á cada uno de los cabos estaba amarrado un jóven, que ambos avanzaban á la

ribera de aquel desierto á fin de salvarse ; por último surge uno, y luego el otro ; al verse con los piés firmes se creyeron salvados, y con alegría ambos se abrazaron.

Estos jóvenes eran portugueses ; el mas alto, era muy guapo, arrogante y con trazas de caballero, llamado Pedro Alves Cabral, y el otro, que era notable por su viveza y aspecto simpático, se llamaba Diego. Mas tarde los indios le daban el nombre de Caramuvuí ; ahora bien, cuando los jóvenes repararon en los indios que les estaban observando, pero sin temor á ellos se acercaron.

Como aquellos indios habian presenciado el naufragio, estaban conmovidos, y desde luego aquellos salvajes encontraron simpatías en los vivos ojos de Diego ; de suerte, que los dos portugueses fueron conducidos á las cuevas de los indios.

Alli permanecieron sujetándose á las circunstancias, y eso no fué por poco tiempo ; esto sí, fué mas que suficiente, para enterarse de los costumbres de los indios, y de la sustancia de aquellos terrenos. Sus ocupaciones eran, por ejemplo, la caza ; mataban aves, y despues de asadas las comian. Á veces aquellos cazadores eran mas felizes, porque mataban fieras y aprovechaban las pieles, así es, que abundaban de ricas pieles de tigre, y preciosas plumas de ave.

Una cosa admiraban los portugueses : esto era el modo casi delicado con que aquellos indios obsequiaban á las mujeres y á los chicos, sienpre procurando lo mejor para aquellos ídolos adorados con el mayor entusiasmo. Los jóvenes portugueses, con el tiempo fueron tomando mucho interés por los salvajes, así es, que les enseñaron la Doctrina cristiana.

Resultó que una jóven india se enamoró de Diego, y desde aquel dia despreció á todos los indios, y únicamente estaba loca de pasion por el simpático Diego.

En cierta ocasion que la india y Diego estaban holgadamente sentados á la ribera del mar, gozando de un vientecito galerno, y viendo Diego con alegria, pasar á cierta distancia lejana un buque, luego el jóven se levantó é hizo señas; mas los que en el buque estaban no le hicieron caso; tal vez desconfiarían; porque con evidencia sabian que aquellos lugares pertenecian á los indios, y en aquella ocasion tenian fama de bárbaros, y eran temidos por todas las naciones.

Ahora bien, Diego, que tan vivo era, y que no carecía de ingenio, en sus horas ociosas, habia hecho con toda perfeccion una barquilla de cañas bien juntas, la cual la tenia en las aguas, y siempre fué respetada por los indios; pues bien, en aquella ocasion que me refiero, acto continuo desató su barquilla, que amarrada estava, y bogando fué en direccion al buque que andaba á toda vela.

La india que eso presenció, lloraba sola y decia:

— No me dejes, vén, y despues llévame contigo, mi buen Caramuvuí, de lo contrario yo me arrojé en el mar.

Diego no contestó á las tristes palabras de la india, porque únicamente atendia en el rumbo del buque, porque él queria á todo trance alcanzar, y en efecto, felizmente consiguió ser recibido á bordo de la fragata *María Dolores*, de nacion española.





VIAJE POÉTICO Á PETROPOLIS

CAPITULO X.

La vuelta de Diego.

Unos seis meses despues de estos acontecidos, se vió, en una mañana apacible, una escuadra portuguesa ; al parecer la intencion de los gobernadores de la escuadra era dar fondo á los lugares que he mencionado, y que ya eran frecuentados por el almirante.

Efectivamente, en aquellos puntos de las costas brazileras, se vieron una infinidad de lanchas, que los de las fragatas habian echado en el mar; entonces á fuerza de remos se acercaron á la tierra.

Ahora bien ; el gefe de esta escuadra era Diego, que como vemos, no habia olvidado el sitio que seis meses antes habia abandonado, embarcándose en su pobre canoa de cañas, y que sin embargo, tan sólidamente le condució á cierta distancia lejana.

Diego antes de partir, habia quedado acorde con Pedro, es decir, ambos estaban ojo alerta y dispuestos á aprovechar la barquilla á la vista de una ocasion. Pedro cuando percibió la ausencia de su compañero, y la falta de la barquilla, no dudó de lo que habia sucedido, y así es, que tiempo despues Pedro estaba alerta espe-

rando un dia feliz, y desde el amanecer hasta el anochecer no se apartaba de las orillas del mar, no tan solamente eso, si que tambien subia los montes mas elevados para el objeto de descubrir de lejos cuando Pedro descubrió la escuadra, y que se acercaba por grados, viendo ya perfectamente todas las vergas y palos adornados por banderas, y á lo alto del tope vió izar una de blanca con una cruz ; al verla sintió tanta alegria, que sin contenerse rebosó, y con fuerza de entusiasmo gritó agitando, nó su pañuelo, porque de esto y mas cosas carecia, pero encontró á la mano una palma tierna, que en seguida arrancó, y desde el monte en que estaba, daba sus saludos á sus compañeros diciendo :

¡ Viva !... ¡ Viva !...

Y el eco repetia par●iendo muchas voces, no siendo mas que una.

Desde el lugar que observaba Pedro, vió cuando las lanchas se acercaban á las rocas, y despues, felizmente, vió saltar á tierra gefes, oficiales y demás ; entonces Pedro, alentado por el placer, se sintió el mortal mas dichoso, y como cristiano consagró sus primeros impulsos de agradecimiento á Dios y se arrodilló. Bah, nos formaremos una idéa, aunque no sea exacta, de la espresion viva de su ademán. ¡ Oh ! juntaria sus manos y elevaria su valiente corazon, y oraria con fervor ; despues, desde la cumbre del alto monte, bendijo la tierra y los montes, y con júbilo esclamaba :

« ¡ Dios bendiga el Brazil, que muchas riquezas posee, y no obstante no se apreciaban con arreglo á su mérito, porque se ignoraba todo eso tan bello, mas desde ahora será tierra bendecida y la maravilla del mundo. Acto continuo, como si por milagro fuese oida la salutacion de Pedro, los cañones de á

bordo de la capitana saludaron las costas brazileras ; mientras tanto Pedro apresuradamente, como si poseyese el encanto de llevar en aquel acto presuroso alípedes, que le daban facultad de volar por aquellos barrancos, porque luego se encontró en el sitio que habian tomado por desembarcadero.

El primero que vió Pedro fue á Diego que vestía su rico uniforme de almirante y hermosas condecoraciones de muchos países brillaban en su pecho, pruebas evidentes del mérito de aquel jóven; claro es que eran honores de antes del naufragio ; mas luego que vió á Pedro fué á caer en sus brazos que él ya tenia estendidos para en ellos estrecharlo.

Ahora bien, con grande algazara y al mismo tiempo alegría, se oyó el grito de :

¡ Viva, viva Pedro el descubridor !...

— ¿ Cómo es eso? dije yo interrumpiendo el narrador, el descubridor ¿ no era Diego, el gefe de la escuadra ?

— Nô, el descubridor fué Pedro, que ante todo habia descubierto el Brazil antes de naufragar su buque.

¡ Ah, sí, ya recuerdo.

Mas, como decia, tantos vivas repetidos, y voces de bronce de los cañones de las fragatas alarmaron á los indios, mas como eran buenos, ni siquiera pensaron en ser agresores ; algo inquietos permanecieron, pero se apaciguaron cuando oyeron un discurso hecho por Pedro, de suerte que algunos de ellos yá familiarizados con su lenguaje, se arrodillaron agradeciendo las proposiciones discretas de Pedro.

Todavía falta mas una esplicacion, y voy á hacerla en seguida.

La India Astucias.

Diego, grande valiente, y el mas bravo entre los hombres, y con todo muy amable con las mujeres, en su espedicion á Portugal no olvidó la india llamada Astucias. la cual era una jóven de cierta guapeza bizarra y tipo salvaje; digo eso, porque he visto su retrato; existe en el palacio de Clemencia: dicen que Astucias era el idolo de una multitud de adoradores, y que poseia cierto encanto, que apreció Diego. Este atractivo era cierta idoneidad; el jóven portugués, por la india sentia algo semejante al erotismo; asi es, que luego de haber cumplido con las ceremonias que requerian las circunstancias, el jóven fué en busca de la india.

En los montes, no la encontró; desconfió si seria muerta, y preguntó á un indio conocido, por ella. Este contestó, que la pobre jóven habia mucho tiempo que no salia de la cueva de su padre.

Diego, á pasos redoblados fué allí; la india no tenia madre, y estaba sola en la grande cueva, que mucha parte de ella era oscura, y en un rincon circunferencialmente reducida, encontró á la india acostada en un cadalecho compuesto de guano y hojas secas de maiz, y cubierto su cuerpo con pieles de armiño y de tigre: un guacamayo estaba en la cueva, muy cerca de la india, que tenia esta ave por compañera; tambien tenia un mono alto que le servia de criado; por su inteligencia mereció el nombre de Simon; así es como

le llamaba Diego. Astucias permanecía como aletargada por un extraordinario efecto de licantropía. Diego cuando vió tal abatimiento, tomó los brazos de la joven y los sacudió con fuerza, y con el mayor interés le decia :

— Dime, mi amiga, ¿qué es eso? ¿Será acaso guáchara?

— ¿Eh? di, bah, parece que estás durmiendo, vamos perezosa, levántate, ¿para qué sirve esta cuita que tanto te aflige? Cuando yo vengo á visitarte, di Astucias, ¿no estabas anhelante por verme? pues bien, aquí estoy, no quiero verte asi; anda, ámate, anda por los montes y procura á tus amigas, los aires puros te harán bien, hoy es dia de júbilo, y es preciso festejarlo, bah, anda, tú no tienes calentura, lo único que tienes es tristeza; sal de la cueva y eso pasará, y mañana, si Dios quiere, ya estarás dispuesta para bailar la cumbé con tus compañeras.

Esto diciendo Diego, se dirigió á Simon diciéndole:

— Anda tú, trae alguna cosa para tu señora.

El mono obedeció luego, trayendo un coco vacío que servia de taza y derramando allí zumo de ananaz y el liquido de cañas dulces, lo ofreció á su enferma señora; entonces Astucias se levantó como sobresañada, pasó la mano por sus ojos, yá convencida de lo que pasaba, no fué dueña de contener sus impulsos; un vértigo mas que dichoso se apoderó de ella, y mirando como una loca de amor, el brillante uniforme del almirante, exclamó:

— ¡Oh! ¿Será verdad que aquí está Caramurú? ¿no es un sueño? ¡Ah! eso, ¡cuando yo pensaba que él me habia olvidado!

— Nó, no te olvidé, mi buena amiga, así es que por

tí, he traído de Portugal trajes muy bonitos para tu vestirte como las damas de mi país.

— ¡ Oh ! ¿ En dónde están ellos ?

Diego salió de la cueva y dió un alto y prolongado silvido ; un cuarto de hora despues, aparecieron 8 hombres con blusas y sombreros de marineros, y entraron en la cueva dejando unas cajas ; despues vieron que no los necesitaban, é inclinándose respetuosamente, salieron. Entonces Diego abrió una de las cajas y sacó un precioso vestido de tisú y todo lo demás propio para completar un magnífico atavío mujerial ; nada habia olvidado el jóven ; ropas blancas, chinelas de raso con una estrella de oro para adorno, ricas alhajas y, por fin, todo un ajuar completo. Mientras tanto Astucias admiraba todo eso, Diego salió de la cueva dando libertad á la jóven para vestirse.

Aunque no estaba habituada Astucias con aquellas cosas, se arregló perfectamente : escogió un rico vestido, una camisoliña de batista con encajes, la cerró con dos botones de brillantes ; enaguas de raso carmesi, el vestido escogido, como ya he dicho, que era de tisú, y despues dejó caer un velo en su cabeza : entonces salió de la cueva.

Á la sombra de una palmera encontró á Diego ; este, cuando vió la india tan débil la mandó sentar ; Astucias sin hacer caso de su lujo supersticioso, se sentó en las yerbas estendiendo su vestido blanco y de tan rica tela que brillaba ! Entonces habló :

— Cuando te vi entrar en la cueva desconfié de tí ; tu lenguaje me tranquilizó ; ahora te pido perdon. Cuando te vi partir con tu canóa pensé morir de dolor : mi desespero fué tan cruel y me inspiró tanto horror la vida, que desée la muerte, y para que ella fuese breve,

me acerqué á la sombra del manzanillo, á respirar las venenosas flores, y así introducir la muerte ; mi padre que eso vió, lo impidió. Ahora soy tan feliz, como desgraciada antes.

Entre nosotros reinó un silencio, como si todavía se esperase la continuacion del cuento ; adivinándolo el narrador, cortó el silencio, diciendo :

Pues sí, he concluido mi cuento histórico, sin dejar ni un ápice.

— Todavía me falta saber ¿qué clase de personajes eran los que han figurado en particular ?

— El descubridor, creo he dicho, era un grande personaje distinguido por su inteligencia, En cuanto á Diego, ya lo he dicho. Astucias la india era hija única del rey de los indios.

— ¿Cómo es eso ? ¿ Acaso tienen rey los salvajes ?

— ¡ Oh ! sí, y que bien le respetan rindiendo una rodilla estando á su presencia, y permanecen con la cabeza descubierta y baja, hasta tocar la tierra, y en sumisa actitud.

— ¿Cómo se llamava este indio ?

— Dalgo, y era bueno por naturaleza, noble sobre todo. Cuando los indios en los montes cazaban y eran felices, ofrecian lo mejor, á su rey, por ejemplo, un oso, jabali ó ciervo, mas él agradecia sin aceptar.

— ¿ Y porqué, eso, por orgullo acaso ?

— No sé, seria una de sus idéas salvajes.

— Bien : lo que deseo saber ahora es ¿ qué hicieron los portugueses en los desiertos ? y tambien falta saber, ¿ de qué se valian los indios para matar las ciervas antes del desembarque de los portugueses ?

— Claro es que seria de su lanzon ó *patupatu* y flechas, y cierto es que los portugueses formaron una ciu-

dad, y en una de sus escavaciones encontraron oro; y como los indios conocian los brillantes, encontrando uno tan grande que lo regalaron á Pedro, cuyo brillante él lo mandó á Portugal y fué tan apreciado, que se colocó en el centro de la corona real. Con toda mi atencion á lo que dicho tengo, no dejé de ver que brillaba en el cielo el véspero, de manera que la tardecita ya se despedia, porque daba entrada á la noche: los árboles, colonias y mas huertas se veian confundidas.

Por último, el crepúsculo reinó; esta opaca luz que vá acercando por grados prudentes la noche, es la hora mas triste y misteriosa del dia; se despide el dia, y todavia no ha entrado la noche, falta la viva luz natural y falta tambien la artificial, porque todavia no han encendido las farolas; permanecemos por pocos instantes envueltos en los misterios de la vida. Sin embargo, aunque tristes. ¿no nos és horrible aquella oscuridad que tan fácilmente se corta por método de gaz ó velas ú otros chismes?

Estas horas que religiosamente recuerdan el misterio abierto por una Doncella virtuosa y Santa llamada Maria, que con fervorosa oracion, en su retiro pedia al Eterno la salvacion del prójimo, de las almas que tan caras costaron á Cristo cuando antes de eso estaban condenadas á sufrir males enormes, estando el Eterno ofendido por causa de los pecados cometidos en la familia de Adan.

¡Ah! suaves, dulces y misteriosas son aquellas horas que encierran el dia y las campanas de las torres de los templos cristianos tocan el signo de las Ave-Marias. ¿Quién resiste á un recuerdo indeleble y que será por lo regular perpétuo en los cristianos, por ejemplo, la salutacion del ángel San Gabriel,

este anuncio de paz entre el Cielo y la tierra? ; Oh! ; benditas horas esas que dieron lugar al anuncio de que en el mundo vendría un hombre tan sublime!

Pues sí; ante todo eso, triste lloraba la Doncella María recordando que con razon el Cielo estaba ultrajado por las ofensas de los hombres, y las feas debilidades de las ambiciosas mujeres, habiendo todo pasado de los limites lícitos, siendo el mundo un desórden.

Como el talento de la Doncella era tan selecto, pensando y meditando en la profundidad de su meditacion comprendiente á todos los arcanos del Cielo, recordó los castigos ya experimentados en muchas partes, por ejemplo la destruccion de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y tantos paises incendiados para escarmiento, y sobre todo, lo peor sería el diluvio que dicen muchos que fué universal. ; Oh, todo eso recordaba la Doncella como terribles castigos mandados al mundo por el Eterno.

De suerte, que con solicitud original, movida por la emocion, suplicaba al Señor que no castigase el prójimo, que fuese clemente como era sublime; y, si preciso era una víctima como sacrificio para espigar faltas del pueblo rebelde, siendo mas ignorantes que malos y sobre todo, que tuviese piedad; piedad pedia al Cielo María, la Estrella del alba, Torre de marfil, Arca de alianza, Puerta del Cielo, y siempre nuestra buena madre. Pues sí; tanto era el interés que tomó por el prójimo, que no cesaba de pedir al Eterno que aceptase para aplacar la justicia Divina, su cuerpo virginal como sacrificio del pueblo.

Este humilde método fervoroso de orar, comprendido el misterio como nadie comprendió, exactamente fué la mujer llena de gracia, pedida del Cielo, y asi

es, el Criador mandó el mensajero ángel anunciando á la Doncella que estaba escogida por el Eterno para ser la Madre Virgen, del Hijo del Cielo.

Vamos ahora á esplicar con mas estension este asunto importante que yo he tomado para un recuerdo religioso.

Bien sabemos, mi amada y muy paciente lectora, hija mia, que en ciertos tiempos antiguos, antes de la venida de Cristo Nuestro Redentor, hablando teológicamente, las tendencias que abrigaban los hombres antiguos aunque religiosas, eran muy diferentes de las actuales. Por consiguiente, no estrañemos las leyes de la época antigua que emanaban de hombres bárbaros que carecian de toda ilustracion, falta de experiencia y justicia, sobre todo el poder estaba en la fuerza, nó en la razon. Como la fuerza la tiene el hombre, la mujer nada era.

No soy teórica, sin embargo, comprendo la gran distancia que separa las tendencias modernas de las antiguas, en la actualidad las leyes son tan dulces, tan justas, que con evidencia es un gusto observarlas; de suerte, de la base que emanan, no pueden fallar de ser buenas; los que forman la ley, son sábios, ilustrados por los estudios de muchas ciencias y fuerza de experiencia; y así es, son fuertes por los débiles, protegen el sexo femenino tan al contrario de la época antigua, que miraban en la mujer una esclava.

Así es, que las doncellas, con toda su pureza, eran el objeto de interés público; por ejemplo, Hena, la virgen de Sen: pobre jóven, por su belleza, por ser ella la primera beldad, á los 15 años de edad fué escogida por su pueblo para hacer de ella, tan preciosa criatura, el mayor sacrificio de la patria que estaba en princi-

pios de guerra con los extranjeros, es decir galos contra francos.

Decia la voz del pueblo, que los sacrificios de la hermosura, la pureza virginal, sangre derramado en el altar sagrado, era lo suficiente para aplacar la ira del Eterno.

¡Jesus mio, y qué máximas tan bárbaras tenian aquellos hombres antiguos ! Bah, serían unos badulaques diciendo que el Eterno estaba airado. ¿Quién cree eso? ¡Oh! nunca, jamás, en el Cielo entró la ira; verbi-gracia, como decia, que las vírgenes que escogia el pueblo como he dicho que era por distincion de hermosura y virtud, sin embargo de ser sacrificadas en el altar de la pátria, á cuyo acto le daban toda la solemnidad, no dejaba de orgullecer el sacrificio de la víctima y aquella muerte era hija de la vanidad, y sin embargo hacian alarde de lo que tal vez no existia: esto es, aquella perfecta virtud que habia de obligar por la sublimidad á franquear las puertas del Cielo: mas aquellas doncellas no comprendian su sacrificio; carecian de esta disposicion tan exacta por una comprension sublime.

Sin embargo, sacrificaban su vida, pobres doncellitas, por complacencia del pueblo, y, por desgracia los sacrificios no tenian suficiente valor por los requerimientos que exigian, aunque misteriosos, no dejaban de manifestar su grande elevacion perteneciente á los Cielos. Ahora bien, en cuanto á asuntos terrenales, los sacrificios de las doncellas eran tomados por actos de valor guerrero, y esto no andaria acorde con los misterios humildes de la religion.

Mas esta única Doncella María Santisima, de rodillas oraba con su alma sublime retirada en su modesta

habitacion, esto era cuando el velo de la noche se despliega para estenderse.

¡ Oh ! ¡ Cuán pura, cuán noble, fué María Santísima ! exactamente comprendió los decretos celestiales, porque su alma estudió lo mas sublime, y con el mismo sentido acorde con los decretos divinos ofreció su sacrificio, y fué aceptado. ¡ Ah ! estaba destinado por el Eterno que ella habia de beber el cáliz que contenia el néctar angélico.

¡ Oh ! este generoso acto de parte de María Santísima, reitero, fué cuando el lucero mas brillante se descubre en el firmamento.

Como recuerdo de esto, ya antedicho, tambien consagro yo un recuerdo indeleble á mi madre, que tenia la devocion, cuando oia el toque de las campanas de la tardecita, me mandaba á mi arrodillar, y ambas rezábamos tres Ave-Marias, acompañando con ciertas palabras latinas. ¡ Oh ! ¡ benditas horas esas ! ¡ qué dulcemente me recuerdan la pátria, mi madre, y la Virgen del Cielo !



TERMINACION.

La noche triste, cubierta por su velo tupido, triste es para los viajeros, porque les priva del placer de ver la campiña, tan risueña de dia como triste de noche, si, por desgracia, es esta sin luna; mas ya nada reparé, porque, sobre todo, estaba yá como una estátua; mi pescuezo imposibilitado de virarlo, habia perdido el movimiento de tanto como habia trabajado; retiro esta palabra porque es una mentira; la verdad es que la curiosidad era tan superior, que á ella todo lo sacrificué, siendo continuamente que viraba el rostro de un lado para otro, sin parar un momento, de manera que no era extraño que estuviese con los nervios del pescuezo doloridos, y á cierto punto lastimados y lo peor, lastontaspiernas, sosas, sin ningun movimiento, como estaba sentada habia muchas horas en el tren, ya lo creo que se habian puesto como palos, de modo de incomodar mas que del punto regular; de manera que yo así, y el horizonte oscuro, era una *masada* muy capaz de aborrecer; recordaba mis chiquitos hijitos, ¿cómo, Dios mio, los encontraria?

Ví mis compañeros de viaje tambien cansados, y con razon permanecian todos cabisbajos y esperando con ávido deseo llegar.

Gracias á Dios llegamos á la estacion de D. Pedro II; estaba llena de transeuntes, mas á nadie miré, tan distraida estaba; así es, que tan luego de apeada del tren, inmediatamente me fui para casa; felizmente á ella lle-

gué, encontré mis hijos en la escalera, y en seguida abracé aquellos pedacitos de mi corazon. Entré á mi habitacion, y como ya era tarde, mi conversacion de plantas, flores y pájaros les causó somnífero y se durmieron en mis brazos.

.....

Mi amada hija : Voy á decirte dos palabras mas, antes de concluir :

Como supongo, habrás leído esta mi obrita, y convencida de la sinceridad, emanada ya desde mi advertencia del principio, de manera que no habrás estrañado nada ; creo tambien que nuestra parcialidad, mas que suficiente para tú, mi buena hija, perdonarme, siendo eso el pobre consuelo que me queda ; mas tengo la conciencia tranquila porque no te engañé ; mas me falta advertirte las faltas añadidas de parte de la imprenta.

Como tu ya habrás leído, en la página 7 que dice —quando—, y mas abajo dice —posea—, léase —cuando—, —posee— ; página 10 dice —quando—, léase —cuando— ; página 51 dice —conduzir—, léase —conducir— ; página 82 dice —distrahirá—, léase —distraerá— ; página 87, línea 21 dice —espera—, léase —espesa— ; página 100 dice —embainada—, cuando ha de decir —envainada— ; página 134 dice —Versailles—, como escribo en español se ha de leer —Versalles— ; página 161 dice —izquierdo—, ha de decir —izquierdo— ; tambien dice —com—, y es —con— ; página 162 dice —esquince—, ha de decir —esguince— ; dice —quando—, y es —cuando— ; página 165 dice —babian—, ha de decir —habian— ; dice —comprehendi—, ha de ser —comprendi— ; pá-

gina 166 dice —gusto—, léase —gusto—; página 171 dice —prepio—, ha de decir —propio—; página 174 dice —Caramuvui—, ha de decir —Caramurú—. Por último, tal vez mas algunas faltas hay que yo no reparé. Sin embargo, la confianza que me inspira la sabiduria, la bondad y la delicadeza de las personas á quien yo tengo especial gusto de regalar un ejemplar de esta obrita, siendo eso suficiente para tolerar mis faltas, de que yo, pobre mujer, soy la única responsable.

No quiero, sin embargo, cerrar el libro, sin darte un esclarecimiento que casualmente cogi, á respecto de un caso de que en él se habla.

Un domingo salí á paseo acompañada de mi esposo, Sebastian y Guillermo tus hermanitos, y mas un jóven español recién llegado de Europa, el cual es capitán de buque mercante. Visitamos el Museo de esta córte, ví todas aquellas curiosidades; lo mejor que ví fué un lindísimo buque de marfil. Despues de haber visto las artes y mas cosas de mérito, pasamos á ver los animales cuadrúpedos; solo de vivos habia dos: un leon escapado de una leonera de la Tijuca y un rinoceronte.

D. Antonio, nuestro compañero de paseo, cuando vió el tal animal, mirándolo con interés dijo:

—¡Ah! ¿Con que estás preso aquí, grande tunante?

—¿Está Vd. loco, capitán? dije yo.

—¿Por qué, mujer?

—Porque habla con este feo monstruo y hasta le demuestra cariño.

—¡Jesus! ¿yo cariño á ese tunante? no soy tan bobo, pero como lo conozco, me admira verlo en el Museo.

—¿Y cómo es que Vd. conoce este rinoceronte?

—Porque yo lo compré en Barcelona, espresamente

para traerlo á un amigo que me lo encargò para él tenerlo en su leonera, y el caso fué que en la traslacion desde mi bergantin á la quinta, el picaro se escapó de la jaula en que estaba. Cierito que yo no pensaba ver en el museo tal póliza.

— ¿ Mas cómo conoce Vd. que sea el mismo?

— Por una marca hecha por mi ; vea Vd. la oreja izquierda.

— Si, veo que la tiene un poco cortada.

— Mamá, este animal feo, es tal y cual aquel que tenia amarrado á un árbol el criollo que fué tan buen cazador que mató la culebra á la vera del rio Parahyba.

— Puede ser, hijo mio, como él dijo que lo habia de llevar al Museo, y tambien era rinoceronte, puede que sea.

— Si, si, es el mismo del capitan, aquel es este, yo ya habia reparado que tiene una marca.

Aquí hago punto final, y adios, hija mia.



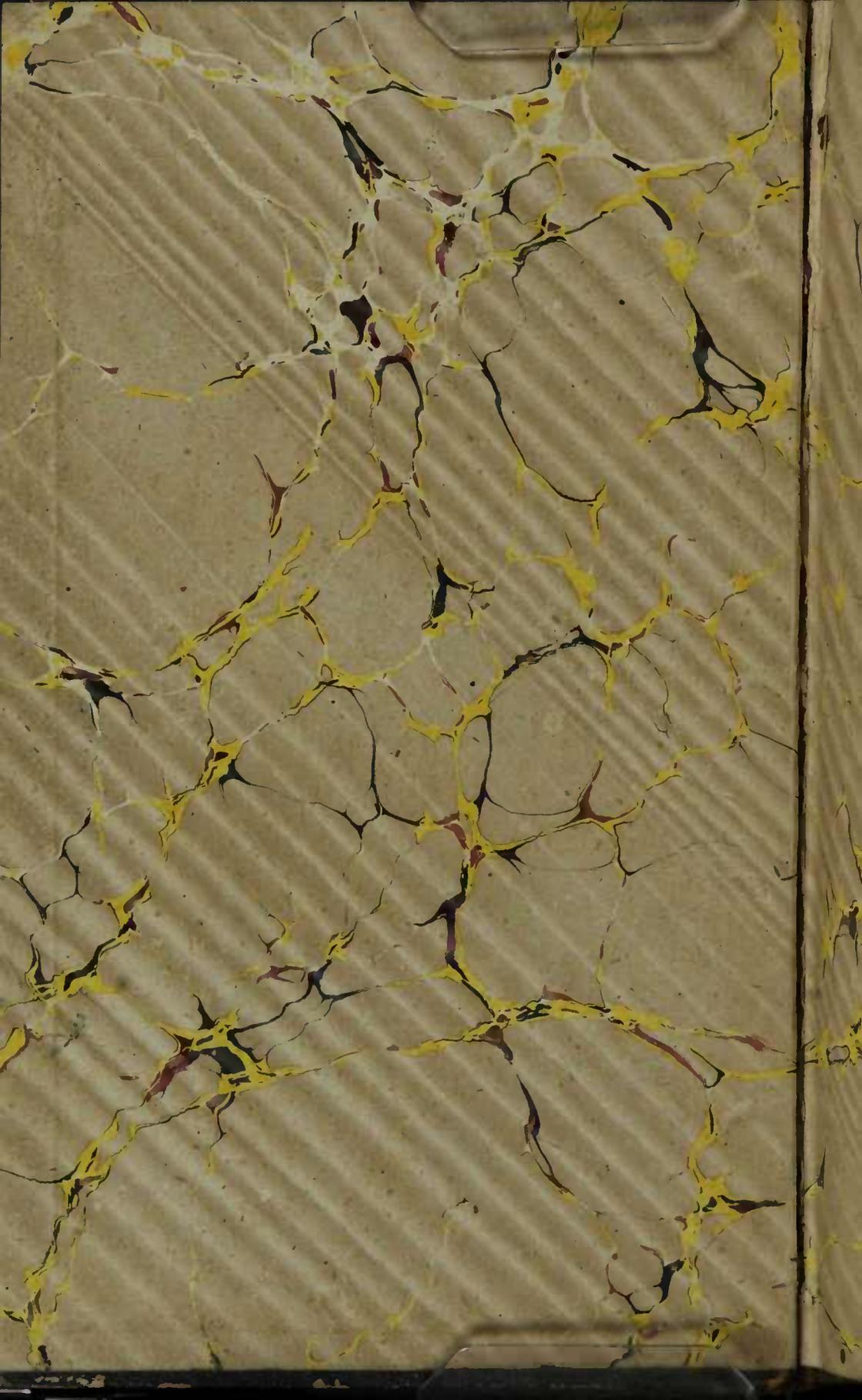
10000000

13/11

1/10 Mindlin -

a/c Stefan -

SP



BRASILIANA DIGITAL

ORIENTAÇÕES PARA O USO

Esta é uma cópia digital de um documento (ou parte dele) que pertence a um dos acervos que participam do projeto BRASILIANA USP. Trata-se de uma referência, a mais fiel possível, a um documento original. Neste sentido, procuramos manter a integridade e a autenticidade da fonte, não realizando alterações no ambiente digital - com exceção de ajustes de cor, contraste e definição.

1. Você apenas deve utilizar esta obra para fins não comerciais. Os livros, textos e imagens que publicamos na Brasiliiana Digital são todos de domínio público, no entanto, é proibido o uso comercial das nossas imagens.

2. Atribuição. Quando utilizar este documento em outro contexto, você deve dar crédito ao autor (ou autores), à Brasiliiana Digital e ao acervo original, da forma como aparece na ficha catalográfica (metadados) do repositório digital. Pedimos que você não republique este conteúdo na rede mundial de computadores (internet) sem a nossa expressa autorização.

3. Direitos do autor. No Brasil, os direitos do autor são regulados pela Lei n.º 9.610, de 19 de Fevereiro de 1998. Os direitos do autor estão também respaldados na Convenção de Berna, de 1971. Sabemos das dificuldades existentes para a verificação se um obra realmente encontra-se em domínio público. Neste sentido, se você acreditar que algum documento publicado na Brasiliiana Digital esteja violando direitos autorais de tradução, versão, exibição, reprodução ou quaisquer outros, solicitamos que nos informe imediatamente (brasiliiana@usp.br).